PIERRE LOTI

LA TERCERA JUVENTUD DE MADAMA ENDRINA

ESTRELLA

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria
387

LOS GRANDES ESCRITORES MODERNOS

1163365
DR
387

LIBRERÍA HISPANIA
Diputación, 254
BARCELONA

IMP. FÉLIX MOLINER
LEGANITOS, 54, MADRID

PIERRE LOTI

LA TERCERA JUVENTUD DE MADAMA ENDRINA

TRADUCCIÓN DE
J. CAMINO NESSI

MADRID
MCMXX

COPYRIGHT BY ESTRELLA, S. A. E., 1920

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28.—MADRID

PREFACIO

A mis queridos compañeros del Temible, *en recuerdo de su excelente camaradería durante nuestros veintidós meses de campaña, dedico este libro, donde he querido consignar solamente algunas de las cosas que nos han hecho pasar el rato, sin insistir nunca sobre nuestras penas y fatigas.*

No se trata más que de un pasatiempo, escrito día por día. Pronto hará tres años, cuando los japoneses no habían comenzado aún a regar con su sangre las llanuras de la Mandchuria. Hoy, a pesar de la brutalidad de su primera agresión, su valentía merece incontestablemente que se la reverencie, y por eso quiero saludar aquí, con un saludo profundo y grave, a los heroicos soldaditos amarillos que cayeron ante Puerto Arturo o en Mukden. Pero me parece que el respeto debido a tantos muertos no me obliga a alterar la imagen que conservo de su país.

P. Loti.

Enero, 1905.

LA TERCERA JUVENTUD DE MADAMA ENDRINA

I

SÁBADO, 8 DICIEMBRE 1900

El horror de una noche de invierno, bajo el azote de la ventisca y de la tormenta de nieve, sin refugio en la inmensidad del mar embravecido, en plena marejada tenebrosa. Una batalla, una confusión de aguas densas y frías contra el bárbaro soplo, que, aullando, las bate; un desconcierto de montañas líquidas exaltadas, desquiciadas, azotadas, que huyen en plena oscuridad y se entrechocan espumarajeando de rabia. Una ciega furia de cosas —como antes de la creación de los seres en las tinieblas originales—; un caos que se agita con una especie de ebullición helada...

Y está uno allí en medio, sacudido en la batahola de aquellas masas, terriblemente movedizas y devoradoras, lanzado de una a otra con una violencia como para hacerse añicos; está uno allí en medio, sin recurso posible, entregado a todo aquello, sumergiéndose de minuto en minuto en

abismos más oscuros que la noche, que se hallan también en movimiento como las montañas, que se encuentran en loca huída y que cada vez amenazan con cerrarse sobre uno.

Se han aventurado allá dentro algunos centenares de hombres reunidos en una máquina de hierro, un acorazado monstruo, el cual parecía tan enorme y tan fuerte, que, en tiempo de más calma, daba casi la ilusión de la estabilidad; se han instalado en él hasta con confianza, con cuartos, salones, muebles, olvidando que todo esto no reposaría siempre más que en un medio pérfido y falso, dispuesto a echarle la uña a uno y a engullírselo... Pero esta noche, ¡cómo se experimenta la instintiva inquietud y el vértigo de hallarse en una casa que no se sostiene, que carece de base!... Nada por ningún sitio, en la inmensidad de alrededor; nada seguro, nada firme donde refugiarse ni donde aferrarse de nuevo: todo es inconsistente, movedizo y traidor. ¡Y abajo —¡oh!, abajo— os acechan los abismos sin fondo, donde se siente uno sumergirse ya entre las crestas del oleaje, y donde la gran inmersión definitiva sería tan terriblemente fácil y rápida!

En la parte habitada y cerrada del navío —donde, como es natural, los objetos usuales chocan brutalmente unos contra otros en lamentable desorden, con empujones locos—se estuvo hasta hace poco a cubierto del asalto de las olas; y el estrépito de afuera, atenuado por el espesor de las paredes de hierro, no bordoneaba más que sordamente, con siniestra monotonía.

Pero he aquí, en el mismo corazón de este menguado asilo, tan rodeado de agitación y de furor, un ruido repentino, muy diferente de la terrible sinfonía ambiente; un ruido que detona como un cañonazo y que va acompañado en el acto por un desbordamiento de catarata: un portillo acaba de ser desplazado por el mar y el agua oscura, el agua fría, entra a torrentes en nuestros departamentos.

Poco importa, por nosotros; pero en la misma popa del acorazado, nuestro pobre almirante se halla esta noche entre la vida y la muerte. Tras las largas fatigas sufridas en el golfo de Petchili durante el desembarque del Cuerpo expedicionario, se le conduce al Japón, en busca de un poco de reposo, en un clima más dulce; y el agua negra, el agua fría, invade también el camarote donde el almirante casi agoniza.

Hacia la una de la madrugada, allá lejos, lejos, aparece una lucecita, la cual se diría que está inmóvil, que no danza la danza macabra como todas las cosas que nos circundan; está muy lejos todavía; a través de las cegadoras ráfagas de viento y nieve, se la distingue apenas; pero basta para testimoniar que en su dirección existe tierra, tierra firme, rocas, un trozo del esqueleto del mundo. Y nos enteramos de que se trata de un cabo de la isla japonesa de Kiu-Siu, donde pronto encontraremos refugio.

Con la absoluta confianza que se tiene hoy día en esas lucecillas, inmutables y casi eternas como las estrellas, que los hombres de nuestros tiempos

mantienen encendidas al borde de todas las costas, nos dirigimos hacia el faro en medio de la tormenta, donde los ojos no ven más que el faro aquél. Con estos únicos indicios sorteamos cabos peligrosos que existen, pero que nada los acusa por la oscuridad tan grande que hace, e islotes y disimuladas rocas que nos pulverizarían como si fuéramos de cristal.

Casi súbitamente henos al abrigo del furor del oleaje; la paz se impone sobre las aguas, y sin darnos cuenta hemos entrado en la gran bahía de Nagasaki. Inmediatamente recuperan su estabilidad las cosas, con la noción de la vertical, que habían perdido tan por completo; se puede estar firme, se puede andar derecho sobre las tarimas, que ya no se esquivan a los pies; la extenuante danza ha tocado a su fin... Se olvida uno de aquellos abismos oscuros de los cuales nos dábamos, hace poco, tan perfecta cuenta.

A ciegas, el gran acorazado avanza siempre en medio de tinieblas bajo el viento de invierno, que silba, y entre torbellinos de nieve; transidos de frío y de humedad, debemos estar ahora a mitad de camino de ese inmenso desfiladero de montañas que conduce a la villa de la señora Crisantemo.

En efecto: comienzan a titilar por millares otras luces, a derecha y a izquierda, en las dos márgenes; es Nagasaki, dispuesto allí en anfiteatro... Nagasaki, singularmente ensanchado, por lo que se me figura, después de quince años que no había vuelto a él.

El ruido y la sacudida del ancla que cae al fondo, y la desaparición de la enorme cadena de hierro destinada a sostenernos. Se acabó· hemos llegado; durmamos en paz hasta mañana.

Así, pues, mañana al despertar, cuando se entre el día, va a mostrárseme de nuevo el Japón, después de quince años, a mi alrededor y muy cerca de mí. Pero yo lo conozco bien desde su aspecto más real; no llego a imaginármelo recubierto de nieve, con este frío y estas tinieblas de Diciembre. Cuando llegué aquí la otra vez, no me dejó más que recuerdos de un estío voluptuoso, de tibia languidez: todo el tiempo de las cigarras locamente zumbadoras, una sombra exquisita, una noche verde traspasada por los rayos del sol, admirables frondas por doquier suspendidas y colgando desde las altas rocas hasta el mar...

II

DOMINGO, 9 DICIEMBRE 1900

Me despierto tarde, después de semejante noche de agitación, y abro mi tragaluz para saludar al Japón.

Y está allí, siempre el mismo, al menos a primera vista, pero uniformemente cubierto de nieve bajo un sol pálido que me desorienta y que no sospechaba antes, de ningún modo.

Los árboles verdes que cubren aún las montañas como en otro tiempo, cedros, camelias y bambúes, están espolvoreados de blanco; y los techos de las casitas de arrabal que trepan hacia las mesetas de las lomas, parecen a lo lejos millares de mesitas blancas.

No experimento ninguna melancolía de añoranza al volver a ver todo esto, que sigue siendo bonito, no obstante, bajo el sudario invernal: los países donde no se ha amado ni sufrido no os dejan ninguna impresión de particular. Pero, cosa rara: a la sola presencia de esta bahía, se presentan de nuevo a mi espíritu una porción de cosas y de

personajes olvidados: ciertos rincones de la población, ciertas mansiones, y caras de Nipones y Niponas, expresiones de ojos o de sonrisas. Al mismo tiempo, algunas palabras de esta lengua. que parecía desterrada para siempre de mi memoria, me asaltan de súbito: verdaderamente, creo que una vez que haya descendido a tierra sabré hablar todavía el japonés.

A las dos de la tarde la nieve se ha derretido en todas partes bajo el beso del sol, y entonces se ven mejor todas las transformaciones que se disimulaban esta mañana bajo la alba capa de nieve.

Aquí y allá se congregan coquetonamente las chimeneas de las fábricas, y ennegrecen con sus alientos los alrededores.

Allá, lejos, lejos, en lo más distante de la bahía, el viejo Nagasaki de los templos y de las sepulturas parece haber permanecido invariable, así como el arrabal que llaman de Dioudjeudji, donde yo habitaba, a mitad de la montaña. Pero en el barrio europeo y en los nuevos muelles, ¡qué de construcciones modernas en Dios sabe qué estilo! ¡Qué de fábricas humeantes, qué de almacenes y de tabernas!

Y luego, ¿dónde están las embarcaciones de juncos tan hermosas, con viguetas de pájaro, que tenían la gracia de los cisnes? La bahía de Nagasaki estaba poblada de ellas en otro tiempo: majestuosas, con su popa de trirremes, ligeras, esbeltas, se las veía ir y venir bajo todos los vientos; pequeños atletas amarillos, desnudos como los antiguos, maniobraban diestramente los velámenes

de mil pliegues, y las embarcaciones se deslizaban en silencio entre el verdor de las orillas. Es verdad que quedan aún algunas, pero caducas, desechadas, y de las que podría decirse que están perdidas hoy entre la multitud de horrorosos bateles de hierro, remolcadores, chalanas y canoas, parecidos a los del Havre o a los de Portsmouth. Y he aquí corpulentos acorazados, disformes «destroyers» que están pintados de ese gris sucio, al que son tan aficionadas las escuadras modernas, y sobre los cuales flota el pabellón japonés, blanco y adornado con un sol rojo.

Y a orillas del mar, ¡qué destrozo! El manto de vegetación, que antaño descendía hasta el agua, que recubría las rocas, hasta las más abruptas, y daba a esta bahía profunda un encanto de paraíso, lo han cortado a raíz los hombres; su trabajo de hormigas malhechoras se revela en todos los sitios de la costa: han cercenado, han arañado, han picado la piedra para establecer una especie de camino circunvalatorio que bordean hoy las fábricas y negros depósitos de carbón.

Y muy lejos, en lo más alto de la montaña, ¿qué es lo que persiste de blanco después de que se ha liquidado la nieve? ¡Ah, letras—japonesas, es cierto—, letras blancas de lo menos diez metros de largas, formando palabras que se leen desde una legua: un sistema de anuncio americano, un reclamo de productos alimenticios!

III

MARTES, 11 DICIEMBRE

Un sol de las postrimerías de otoño, cálido sin exceso, luminoso como con nostalgia, tal cual es en la presente estación el sol de España al mediodía: un sol ideal que se retarda en dorar las viejas pagodas y en madurar las naranjas y las mandarinas de los coquetones jardincillos.

Por temor de llevarme demasiada decepción, he preferido esperar este buen tiempo para abandonar mi navío y hacer mi primera visita al Japón.

Por esta razón, solamente hoy, dos días después de mi llegada, ando errante en medio de las casitas de madera y de papel, un poco desorientado por tantos cambios experimentados en los barrios próximos al mar, y después, recordando un poco más, junto a los grandes templos, en el clásico núcleo del viejo Nagasaki, puramente japonés.

A pesar de todo cuanto se ha dicho, ¡ya lo creo que existe siempre este Japón lejano, no obstante la racha de locura que le impulsa a transformarse, a destruirse! En cuanto a la musmé, la encuentro

siempre la misma, con su hermoso moño de ébano reluciente, su cinturón de grandes lazos, su reverencia y sus ojillos tan oblicuos, que casi no pueden abrirse: lo único que ha cambiado es su sombrilla: en lugar de ser de mil radios y de papel pintado, ¡ay!, es de seda de un color oscuro y está montada en acero, según la moda occidental. Pero aún existe la musmé igualmente emperifollada, tan gentilmente cómica, poblando las calles con su gracia traviesa y con sus risas. En cuanto a los hombres, los airosos sombreros hongos y los ternos de occidente no son sensiblemente más numerosos que tiempo atrás: hasta se decía que ha pasado la moda de ellos.

Tiene gracia la cosa: yo fuí uno de tantos en Nagasaki: sí, yo, hace mucho, mucho tiempo; ¡hace muchos años! Casi lo había olvidado, pero me voy acordando cada vez más, a medida que me introduzco en esta ciudad extraña. Y mil cosas parecen ofrecerme a mi paso una melancólica salutación, con un puñado de recuerdos... Mil cosas: los cedros centenarios inclinados en torno a las pagodas, los monstruos de granito que envejecen en los umbrales desde hace siglos y los viejos puentes arqueados de piedras roídas por el musgo.

Salutaciones melancólicas, os iba diciendo... Melancolía de los quince años transcurridos desde que nos perdimos de vista, y eso es todo. Por lo demás, no más emoción que el día de la llegada: no en balde lo pasé en este país sin amor y sin sufrimiento.

Sin embargo, esos quince años no pesan casi sobre mis hombros. Vuelvo al país de las musmés con la ilusión de ser casi tan joven como la vez primera y, lo que yo no hubiera podido prever, mucho menos preocupado por la angustia de los días que huyen; sin duda he ganado tanto en desprendimiento, que, más cerca ya del gran viaje, vivo como si, por el contrario, me quedasen aún muchos días más por venir. La verdad es que me siento dispuesto a pasar alegremente nuestra estancia imprevista en esta bahía, que, por lo que parece, sigue siendo uno de los mas peregrinos rincones del mundo.

La noche de este mismo día, casi sin quererlo, he dado con mis huesos en Dioudjeudji, el barrio donde yo vivía: tal vez la costumbre o bien alguna atracción inconfesada de las sonrisas de madama Endrina... Subo y subo, figurándome que voy a llegar todo seguido. Pero ¿quién lo creería? En estos jardincillos, ayer tan familiares, me hago un lío, como en un laberinto, y aquí me tienen ustedes dando vueltas de un lado para otro incapaz de reconocer mi domicilio,

¡Tanto peor! Tal vez será otro día. Y además ¡me importa tan poco!

IV

JUEVES, 13 DICIEMBRE

He tenido el gusto de encontrar esta mañana en el mercado a mi suegra la señora No me olvides, apenas cambiada: estos quince años no han alterado, por decirlo así, las bellas reminiscencias que conocí en ella, y nos hemos saludado sin la menor vacilación.

No se puede estar más amable de lo que ha estado y me ha convidado a un opíparo almuerzo, donde debo volver a ver una porción de cuñadas, primas y sobrinas. Además, me ha notificado que su hija, la señora Crisantemo, estaba establecida muy ventajosamente en una población próxima, casada en justas nupcias con un tal Colibrí, fabricante de faroles en gran escala; de todos modos, el cielo se niega, ¡ay!, a bendecir esta unión, que continúa obstinadamente estéril y es la única nube que empaña su ventura.

La comida de familia, a la cual no he creído deber rehusar el tomar parte, promete ser numerosa y cordial. Mi fiel criado Osman, al cual he

presentado como un joven primo mío, asistirá también. Pero mi suegra, que en las más delicadas situaciones no pierde nunca el sentimiento de los matices, ha juzgado conveniente que el señor Colibrí y su señora no fuesen invitados de ningún modo.

V

SÁBADO, 15 DICIEMBRE

Me aburría hoy en Moto Kagomachi, que es la calle elegante y un poco modernizada de la localidad, la calle donde algunas tiendas tratan de tener escaparates y anaquelerías a la europea: me aburría y me ha asaltado la idea de recurrir a las guechas, como hacíamos tiempo atrás.

De seguro que aún debía de haber guechas, aunque es verdad que en el Japón todo va desapareciendo. Y me he sincerado con un hombre, de oficio remolcador, que a los pocos instantes me arrastraba en coche con toda la velocidad que le permitían sus piernas musculosas y regordetas.

—Señor —me ha respondido—, voy a conduciros a una de nuestras más elegantes casas de té, que se llama la «Casa de la Grulla», y donde se desvivirán por satisfacer vuestro capricho.

Ruego que no se hagan conjeturas equívocas en esta apelación: la palabra grulla (o *tsuru)* no es nombre de una mujer, sino el de un pájaro.

Está a dos pasos de Moto Kagomachi, en una

calleja: se entra por un pequeño pórtico de conveniente apariencia: se pasa por una morada de jardinillo donde hay montañas enanas, peñascos de juguete y viejos árboles en miniatura: la «Casa de la Grulla» está al fondo, muy hospitalaria y discreta. Como apenas la frecuentan los europeos, ha conservado su minucioso carácter japones; me descalzo al entrar y dos sirvientes, a mi aparición, caen en cuatro patas, la nariz tocando el suelo, siguiendo la pura etiqueta de otras veces, que yo creí desaparecida. En una gran estancia blanca del primer piso, que está desierta y sonora, se me instala en el suelo, sobre almohadones de terciopelo negro, y se prosternan de nuevo para esperar mis órdenes.

Ahí van. Deseo alquilar por una hora una guecha, es decir, una tañedora, y una maiko, es decir, una danzarina.

Está muy bien: van a avisar a esas dos damiselas que viven en el barrio y trabajan por lo común para la casa.

Mientras espero que lleguen, se me sirve la obligatoria comidilla con mil melindres, colocada en unas primorosas bandejas... Decididamente, aún existe mi Japón de antaño, el de tiempos de Crisantemo y de mi juventud: reconozco todo eso, las tazas minúsculas, los palillos que hacen las veces de tenedor, el braserillo de bronce, cuyas asas figuran cabezas de monstruos..., y sobre todo las reverencias, las risitas atrayentes, las incesantes carantoñas de las criadas.

Pero yo conocí estas cosas en el esplendor del

verano; y ahora las vuelvo a ver en diciembre; y el invierno del año —acaso también el invierno de mi vida— me hacen considerar su fragilidad, demasiado triste, intolerablemente triste...

Que se apresuren a traerme las madamas. Me hielo y me aburro aquí, solo, con los pies descalzos sobre estas esterillas blancas. Un vientecillo, refrescado por la nieve, pasa gimiendo entre los tabiques de papel que hacen las veces de paredes: aparte de mi comida, servida en el suelo, y mis almohadones de terciopelo negro, no hay nada en esta vasta habitación si no es un delicado ramo de flores allá, en un jarrón, sobre un trípode de laca..., un ramo de un gusto exquisito, lo reconozco; pero es igual: esta desnudez absoluta es como para dejarme más helado todavía. Tengo frío, frío hasta en el alma: me siento ridículo y digno de compasión, hecho un ovillo en medio de esta habitación, que es un desierto. ¡Vaya, que me traigan pronto esas damas, o me voy!

—Paciencia, señor, me dicen con voz mimosa, paciencia. ¡Están peinándolas, están acicalándose!

Para hacerme llevadera la lentitud de este acicalamiento, me traen uno a uno diversos objetos: primero una guitarra de largo cuello, envuelta en una funda de crespón encarnado, y la espátula de marfil para rasguear en las cuerdas; al poco rato un cofrecillo —de laca, ni que decir tiene—, conteniendo las varias caretas de la danzarina, sus flores de papel de arroz, sus banderolas de seda; todo su pequeño bagaje de saltimbanqui refinada, exótica, extra-lejana.

Al fin, se oye un frufruteo en la escalera, risas infantiles, leves pasos que suben:

—¡Aquí están, señor, aquí están!

Ya era hora, pues iba a levantarme para irme.

Entra en primer lugar una frágil criatura, un diminutivo de muchacha, con un vestido largo de crespón color gris de ratón, con una banda a la cintura, color flor de melocotonero, anudada por detrás, y cuyas caídas del lazo se asemejan a las alas de una mariposa gigantesca que se hubiera posado allí. Es la señorita Matsuko, la tañedora, que se prosterna: la suerte me ha favorecido con creces, porque es fina y bonita.

Al punto, aparece el ser más raro de cuantos he visto en mi vida en mis correrías por el mundo, mitad muñeca y mitad gato, uno de esos rostros que desde el primer momento se quedan grabados en la memoria, efecto de su misma originalidad y que ya no se olvidan.

Se adelanta, sonriendo con el rabillo de sus ojos entornados; su cabeza, del tamaño de un puño, se yergue inverosímilmente sobre un cuello de niño, un cuello demasiado largo y hasta delgado, y la nada de su cuerpecillo se pierde entre los pliegues de un vestido extravagante, de grandes rameados, de grandes crisantemos de oro. Es la señorita Lluvia de Abril, la danzarina, que se arrodilla también.

Confiesa tener trece años; pero es tan pequeña, tan menuda, tan endeble, que sólo se la supondrían unos ocho escasos, si no fuera por la expresión circunstancial de sus ojos retozones y zala-

meros, donde pasa furtivamente, entre dos sonrisas muy infantiles, un poco de feminidad precoz y un poco de amargura.

Tal cual es da delicia verla con su faralá del Asia Extrema, desconcertante, no pareciéndose a nada, indefinible y ambigua.

Ya no me aburro, ya no estoy solo: he encontrado el juguete que tal vez había deseado vagamente toda mi vida: un gatito que habla.

Antes de que empiece la representación, debo hacer los honores de mi refrigerio a mis inapreciables y menudas convidadas; así que, sabiendo desde hace tiempo las cumplidas costumbres japonesas, enjuago yo mismo en un lavamanos de agua caliente, servido con este objeto, la minúscula taza donde he bebido, escancio algunas gotas de saki y las ofrezco sucesivamente a las dos musmés: hacen ademán de beber, yo lo hago de vaciar la copa después que ellas, y cambiamos ceremoniosas reverencias: la etiqueta está salvada.

Ahora, la guitarra preludia. El gatito se ha levantado, entre los pliegues de su traje mirífico; del fondo de su caja de laca separa unas caretas, escoge una de ellas, que no enseña, la sujeta sobre su graciosa carilla, volviéndome la espalda, y luego se vuelve bruscamente. ¡Oh, qué sorpresa! ¿Dónde está mi gatito? Se ha trocado en una buena mujer regordeta, de aspecto tan espantado, tan simplón y tan bobo, que no puede uno por menos de echarse a reir. Y danza con una torpeza premeditada que es verdaderamente arte por todo lo alto.

Nueva media vuelta, nueva exploración en la caja de sorpresas, elección de una careta distinta sujetada prestamente, y reaparición en catadura como para hacerle a uno estremecer... Ahora es una arpía muy vieja, muy vieja, de palidez cadavérica, con ojos muertos y devoradores a la vez, cuya expresión es insoportable. Este personaje danza completamente encorvado como si subiera una cuesta; conserva brazos de doncella, que todo el tiempo parece como si segaran en el aire, igual que alas de murciélago. Y la guitarra gime en el bordón un trémolo siniestro.

En cuanto la musmé, una vez terminada su danza, se quita su horrible careta para hacer una cortesía, se encuentra por contraste mucho más exquisito el primor de su faz menuda.

Es la primera vez que me encuentro en el Japón como bajo el influjo de un encantamiento... He de volver con frecuencia a la «Casa de la Grulla».

VI

18 DICIEMBRE

Hoy volví a ver el jardinillo de la señora No me olvides, mi suegra, cuyo solo aspecto bastaba hace años para darme *spleen*.

Y he vuelto a verlo completamente igual, tan malsano, en su penumbra, entre sus viejas bardas. Sus árboles enanos, que parecían ya centenarios, no han cambiado ni crecido una pulgada. Aquel grupo de cedros pequeñitos, de los cuales me acuerdo tan bien, los cedros pequeñitos que no tienen ni dos pies de altura, sigue aún mirándose en el lago minúsculo, cuya superficie está empañada de polvo. El mismo tono, como mohoso y verduzco, ha quedado en los peñascos nostálgicos, en los rinconcillos sin sol...

En países muy lejanos, y después de largos años que habéis pasado llenos de agitaciones y de andanzas por el mundo, siempre produce asombro volver a hallar cosas insignificantes y humildes que han permanecido impertérritas, ínfimos arbolillos que continúan vegetando en los mismos sitios de antes.

VII

20 DICIEMBRE

DURANTE mi anterior permanencia, hace quince años, no se veían en el Japón más borrachos que los marineros de Europa. Ahora los marineros japoneses se han entregado al alcohol: poco más o menos, son igual que nuestros marinos, salvo su cara aplastada y amarilla; llevan el mismo cuello azul y la misma gorra, van cogidos del brazo, cantando y haciendo eses por las calles. Una porción de personas más, vestidas con traje japonés, se achispan también los domingos y se pelean en las tabernas.

En lo tocante a las casas de té, sólo aquellas que son muy elegantes y herméticas, que no admiten más que japoneses netos y algunos extranjeros de alto copete, son las únicas que han conservado la tradición: una minuciosa limpieza inmaculada, grandes salas donde no hay nada, un refinamiento extremado en la sencillez más absoluta.

Pero las demás, abiertas a todo aquel que quiere entrar, se han vuelto sucias y apestan a ajenjo.

Allí se le admite a uno sin que se descalce, con los zapatazos llenos de barro; nada de esterillas impecables por el suelo, nada de cojines para sentarse: sillas y mesas de taberna; en los vasares, en lugar de gentiles porcelanas para servir la comidita de muñecas, se ven hoy filas de botellas con whisky, ginebra, ajenjo: todos los venenos de Inglaterra y de América, desembarcados día tras día, por barcos atestados de ellos, en el viejo Imperio del Sol Naciente.

Y, a pesar de los pesares, el Japón existe todavía. A ciertas horas, en ciertos lugares, se le encuentra tan intacto y tan japonés, que parece no haber sufrido más que una superficial transformación. Esta singular y enorme bahía donde estamos, entre sus altas montañas de excesivas recortaduras, no cesa de ser un receptáculo de rarezas inexplicables.

Nagasaki, a pesar de sus bombillas eléctricas y la humareda de sus fábricas, es aún, en el fondo, una ciudad muy lejana, separada de nosotros por miles de leguas y por el tiempo.

Si su puerto está abierto a todos los navíos y a todas las importaciones de Occidente, en la parte de la montaña ha conservado sus callejas de los pasados siglos, su anfiteatro de viejos templos y de viejos sepulcros. Las verdes lomas que la rodean están frecuentadas por miles de almas ancestrales, en honor de las cuales se quema cada día tanto incienso; no han dejado de ser el tranquilo reino de los muertos: los símbolos misteriosos, las aras de granito, los budas en oración se

amontonan de arriba abajo entre los cedros y los bambúes. Y todo este inmenso lugar de recogimiento y de adoración, como suspendido encima de la ciudad, proyecta su sombra sobre las irrisorias miseriucas que abajo ocurren. En Nagasaki, por cualquier sitio que se pasee o se divierta uno, siempre se siente encima este amontonamiento de pagodas y de cementerios, situados entre las frondas; cada calle que se aleja de la playa, cada calle que sube, acaba siempre por desembocar en ellos; y frecuentemente se encuentra uno con cortejos extraordinarios que allí se dirigen, acompañando a algún nipón difunto, a quien se conduce allá arriba, muy arriba, en una linda silla de manos.

VIII

23 DICIEMBRE

Me he encontrado con madama Endrina y la he hallado viuda y libre!... Esa sí que ha sido una emoción...

Había subido por casualidad con dirección a Dioudjeudji, sin sombra de mala intención, cuando de pronto, un recodo del camino, un árbol viejo, una piedra, me han hecho reconocer el sitio, al pasar, de una manera conmovedora. Todas esas cosas habían sido reflejadas en mis ojos, día por día, tiempo atrás; estaba a dos pasos de mi antiguo domicilio.

Me he dirigido a él, todo seguido, y he vuelto a verlo siempre el mismo, a pesar de un aspecto de vetustez que no tenía aún cuando yo lo habitaba. Sin vacilar, deslizando la mano entre los hierros de la verja, he hecho girar la cerradura secreta para entrar en el jardín. Allí estaba madama Endrina en un abandono que le ha causado pesadumbre; allí estaba la pobre infeliz, a quien no hubiera debido sorprender, con el moño medio

colgando, atareada en algunas menudencias del arreglo de la casa. Y tal ha sido su turbación al verme, que ya no me es posible poner en duda la persistencia de su inclinación hacia mí.

Hace tres años, según parece, que el caballero Azúcar ha pagado su tributo a la naturaleza; reposa en uno de los cementerios de la montaña, a unos cien metros sobre el nivel de su casa. La viuda conserva piadosamente las reliquias del marido que supo expresar en su arte tanto desinterés y filosofía: el tintero de jaspe, que he reconocido en el acto, representando una rana y sus tiernas crías; las gafas redondas, y por último el postrer estudio, inconcluso, que surgió de aquel hábil pincel: un grupo de cigüeñas, ni que decir tiene.

En cuanto a la señorita Oyuki, está casada desde hace más de diez años, establecida en el campo, y es madre de una descendencia encantadora.

Y madama Endrina, bajando los ojos, ha insistido sobre esta libertad y esta soledad del corazón en que la deja su nuevo estado...

IX

25 DICIEMBRE

Aquellos que tienen simpatía por los gatos podrán seguirme y comprenderme en el desarrollo de mi pasión por la minúscula damisela Lluvia de Abril, profesional de la danza japonesa.

Se tiene simpatía por los gatos, o no se tiene: no cabe razonar sobre la cuestión. He visto a algunas personas que, por lo demás, no daban ningún otro signo de enajenación mental, las cuales abrazaban a los gatos de un modo irresistible, con frenesí, sin que el afecto, y mucho menos aún el amor, fueran la causa de ello.

Y esas personas no eran siempre seres refinados o nerviosos, sino también, con frecuencia, seres normales y sencillos; así, por ejemplo, me acuerdo que cierta gatita gris, de seis meses, a bordo de uno de mis últimos barcos, causaba verdaderos transportes a buen número de marineros: le daban los nombres más delirantes, la colmaban de caricias, refregaban largamente los bigotes en la piel fina y suave de la gata, se la comían a

besos...; todo lo cual era capaz de hacer yo mismo cuando por ventura atrapaba a la morronguita en un rincón propicio y sin testigos indiscretos.

Inútil decir que no voy tan lejos con la señorita Lluvia de Abril, la del faralá, quien no cabe duda de que se quedaría muy extrañada de mi proceder; pero los mininos y ella me producen sensaciones del mismo género, es incontestable; y hay momentos en que me acomenten furiosos deseos de apretujarla, lo que podría hacer, por lo demás, sin más turbación íntima que si fuera la señorita Zapaquilda con su piel gris.

Voy, pues, muy a menudo a sentarme en las esterillas inmaculadas, en los grandes aposentos vacíos y resonantes de la «Casa de la Grulla». Se queda uno helado allí con estos fríos de diciembre, nunca demasiado intensos en el Japón, es verdad, pero penosos de pasar entre paredes de papel, lejos del claro sol que luce afuera y sin otro fuego que unas ascuas en un braserillo minúsculo.

Y luego la señorita Lluvia de Abril no acaba nunca de componerse. Así que llego, corren a avisarla; pero es preciso contar, cada vez, con que transcurrirá una hora antes de que aparezca, una hora de aburrirse de lo lindo delante de las comiditas servidas en el suelo, y de cambiar frases estúpidas con dos o tres criadas caídas de hinojos.

Cuando al fin entra compuesta mi gatita, siempre me llevo la sorpresa de nuevos atavíos, de un dibujo extravagante y de un colorido quimérico.

Desde el fondo de la enorme sala, medio en penumbras, avanza radiante, con una majestad de marioneta: es casi una enanita, pero sobre todo es un hada sutil; y el cuerpo, de por sí tan al desgaire, se anega entre los pliegues del vestido, que está guarnecido por abajo con un cordoncillo de plomo muy tenso para que la falda caiga bien y pomposamente por todos lados.

Lo que sobre todo da más inverosimilitud al personaje —estoy seguro—, es la longitud del cuello y la extremada pequeñez de la cabeza. Pero el encanto, el aspecto verdaderamente gatuno, está en los ojos: ojos entornados, oblicuos, mimosos, espirituales y a la vez llenos de astucia.

La señorita Matsuko, la guecha, sigue algunos pasos detrás, muy linda también, pero enfurruñada, con una mueca de dignidad ofendida, al haber comprendido demasiado bien que no voy por ella ni mucho menos, y afectando cada vez más vestirse sin rebuscamientos, con tonos apagados.

No solamente danza la señorita Lluvia de Abril, sino que canta también, o declama marcando los pasos que la señorita Matsuko toca en su larga mandolina.

Y se inicia una serie de leves maullidos completamente felinos, pero apenas perceptibles, con unas voces inapreciables, exhaladas de lo más hondo de su garganta de vez en cuando, bajando la cabeza y repitiendo las notas graves como cuando los mininos están muy enfurecidos.

Hoy me ha ejecutado la «danza de las ruedas de

flores», que exige una colección de varios arillos recubiertos de camelias encarnadas, y «el paso del arroyo» con dos bandas de seda blanca, que conseguía agitar con un movimiento de ondulación continuo e inexplicable recordando el agua de los torrentes.

X

27 DICIEMBRE

A PESAR de la perfecta discreción con que me ha sido insinuada la cosa, he tenido hoy la certidumbre de que la señora No me olvides no vería con desagrado el que yo renovara mi título de yerno por una unión morganática con la señorita Flor de Saúco, la menor de sus hijas.

He hecho como que no oía, y mi suegra, con su tacto habitual, sin insistir más, me ha seguido favoreciendo con su simpatía. De todos modos, he creído conveniente pretextar un impedimento del servicio para la noche de su gran comida, no sintiéndome verdaderamente lo bastante de la familia para tomar parte en la fiesta.

XI

31 DICIEMBRE

La inmensa y formidable escuadra que se había reunido este verano, de todos los rincones del mundo, en el golfo de Petchili, acaba de dispersarse forzosamente a la llegada de los hielos. Los monstruos de hierro que no pueden ya resbalar en las proximidades de Pekín, han ido a refugiarse a regiones menos frías para esperar la primavera, en que se reunirán de nuevo como una bandada de aves carniceras.

Varios de esos monstruos han buscado asilo, como el nuestro, en la gran bahía de Nagasaki, templada y recogida.

Hay aquí una porción de cruceros y de acorazados, inmovilizados durante algunos meses, y a la expectativa.

Centenares de marineros, muy distintos de porte y de lenguaje, animan, pues, con sus canciones o con sus gritos, todas las tardes los barrios de la ciudad, donde se pasa bien el rato, los innumerables bares a la americana, que sustitu-

yen a las casas de té de antaño. Los nuestros fraternizan algo con los de Rusia, pero mucho más con los de Alemania, que además son dignos de atención por su buena presencia y su elegancia. Era algo imprevista esta simpatía entre marineros franceses y alemanes, que van por las calles agarrados del brazo, siempre dispuestos a emprenderla juntos a puñetazos con los marineros ingleses apenas los perciben.

En medio de toda esta gente, los marineritos japoneses, vigorosos, ágiles, pulcros, tienen buen tipo. Y los acorazados del Japón, irreprochablemente construídos, extra-modernos y terribles, parecen de primer orden.

¿Cuánto tiempo permaneceremos en esta bahía? ¿Hacia qué nación nos dirigiremos después? ¿Cuál será el fin de la aventura? Por lo pronto la guerra entre Rusia y Japón se afirma inevitable y cercana: tal vez, sin declaración alguna, corre riesgo de estallar mañana mismo por cualquier impulsiva escaramuza en las avanzadas, pues de tal modo está decidida en cada cerebro amarillo; el último ganapán habla en la calle como si hubiera comenzado la guerra, y cuenta audazmente con la victoria.

A pesar de lo incierto del porvenir, gozamos de la vida por el momento; después de nuestra estancia en aguas de la China, que fué tan austera, tan fatigosa y tan dura, esta bahía nos parece un agradable jardín, adonde nos hubieran enviado de vacaciones entre delicadas figulinas y muñecas.

Aunque el regreso sea aún tan dudoso y tan remoto, gozamos, sí, disfrutamos de la vida, en tanto que nuestro almirante, conducido aquí medio muerto, recupera sus fuerzas de día en día, con este clima casi artificial, entre estas montañas que detienen las ráfagas heladas. Un sol que parece que pasa a través de cristales, apenas templa todos los días las lomas deliciosamente plantadas de árboles, entre las cuales se circunscribe Nagasaki. En las vertientes situadas al Mediodía, maduran los naranjos; los enormes cycas de cien años, que al umbral de las viejas pagodas parecen grupos de árboles antediluvianos, bañan en la luz sus penachos verdes; junto a las tapias de los jardines florecen las camelias con las últimas rosas, y puede uno sentarse afuera, como en primavera, ante las casitas de té, que están como colgadas encima de la ciudad, a diferentes alturas, entre los templos y los miles de tumbas.

Cuando cae el día y el sol se oculta, cuando es la hora de regresar a bordo, es precisamente cuando hace ya bastante frío para que se encuentre amable y hospitalaria la salita de paredes de palastro, bien templada por el vapor, y la mesa, donde se come con unos cuantos buenos amigos.

Y hoy, último día del año y del siglo, con un tiempo tibio, suave, tranquilo, he ido a casa de los señores horticultores, que, de padres a hijos, torturan largo tiempo a los árboles, en tiestecitos, entre pequeños peñascos, para obtener vejestorios árboles enanos, que se venden a muy buen precio. Al sol de San Silvestre se calientan allí,

todo a lo largo de las sendas, hileras de macetas, donde se ven encinas, pinos, cedros seculares de facha venerable y caduca, pero no más altos que coles. Sin embargo, yo no quería más que flores cortadas, rosas tardías, ramas de camelias de rojos pétalos, con las cuales llenar dos carricoches de remolque que han atravesado la ciudad tras del que me conducía.

Esta noche, pues, estaba toda esta recolección en mi camarote del *Temible,* que parecía la tienda de una florista. Dos aguerridos marineros componían las flores bajo mi dirección, y a la hora del té se las he llevado a nuestro almirante, que hace tres semanas nos parecía que estaba a las puertas de la muerte, pero que ha recuperado el aspecto de sus buenas épocas, que ha resucitado como por milagro en medio de esta calma que le otorga el Japón.

XII

1 ENERO 1901

Me ha despertado una ruidosa diana, alerta y regocijada, que irrumpe en los flancos del enorme acorazado dormido antes de que amanezca; es el zafarrancho de la tripulación, la música para hacer levantarse a los marineros. Pero esta vez, en esta primera mañana del año o del siglo, cornetas y tambores, en la oscuridad, no se dan abasto a tocar todas las dianas de su repertorio; nunca han tenido al despertar los hombres del *Temible* semejante estrépito de fiesta.

¿Dónde estoy? He cambiado de sitio tan frecuentemente en mi vida, que más de una vez me ocurre no saberlo así, al pronto, al salir del sueño...

La luz, que he hecho encenderse maquinalmente, la luz eléctrica, me muestra un recinto estrecho forrado de terciopelo encarnado y lleno de rojas camelias; largas ramas, casi matas enteras de camelias, en jarrones de bronce. Y están sentadas junto a mí unas deidades con vestes de oro

y de expresión muy dulce; los ojos bajos, como en los templos de la Ciudad Prohibida, ciudad imperial, en el corazón de Pekín, donde habitaron durante trescientos años...

¡Ah, sí!... Mi camarote a bordo del *Temible*... He venido de China y estoy en el Japón...

Llaman discretamente a mi puerta; entran uno tras otro cuatro o cinco marineros, que acaban de levantarse para desearme un buen año y un buen siglo con sencillos cumplimientos. Luego es hoy el comienzo del siglo XX. Yo me había figurado haberlo comenzado ya el año pasado, durante la noche del primero de Enero de 1900, en la laguna índica, en tanto que una barca del Maharajah de Travancore me conducía, al claror de las estrellas, entre dos macizos sin fin de grandes palmeras negras. Pero no; estaba engañado, según afirman los cronologistas, y esta mañana es cuando únicamente veré el amanecer del nuevo siglo.

Amanecida de Enero, lenta de aparecer: transcurre aún una hora antes de que las dos diosas, guardianas de mi aposento, se bañen levemente en el claror del día.

Pero cuando, a la postre, abro mi ventana, el Japón que me aparece entonces, indeciso y como quimérico, medio gris perla y medio color de rosa, es más extraño, más remoto, más *japonés* que los paisajes de los abanicos o de las porcelanas: un Japón de antes que salga el sol, un Japón que apenas se esboza bajo el velo de la neblina en el misterio de las nubes. Muy cerca de mí brilla el agua, semejando espejos que reflejaran la

luz rosada; y luego, alejándose, la superficie de este mar tranquilo se convierte en nácar indefinido, se pierde en la imprecisión y en la palidez. Jirones de bruma, nubecillas coloreadas como hojas de hortensia recubren y disimulan toda la parte de la costa; solamente más arriba y siempre en tono rosa, en rosa muy atenuado de matices grisáceos, se bosquejan grupos de árboles suspendidos, peñascos casi imposibles: tanta es su audacia y su fantasía; y, por último, montañas, más bien reflejos de montañas, que carecen de base, nada más que con cumbres, cresterías y picos erigidos en el cielo vago. No está uno seguro de que existan esas cosas transparentes; si se soplara encima, se correría el riesgo, sin duda alguna, de cambiar toda esa decoración imaginaria. Hace un tiempo ideal; en el aire casi templado se percibe el olor del mar y un poco de perfume de esas varillas que la gente quema perpetuamente sobre las tumbas o en las aras de los muertos. He aquí ahora una gran embarcación de junco, una de las de otras veces, que pasa con su velamen arcaico y su popa de trirreme; en el paraje irreal, ante esa especie de espejismo que tiene matices de nácar y de flor, se desliza sin que se la oiga remover el agua, y la bruma circundante la agranda: se la creería un buque fantasma, si no fuera toda ella también de color rosa sobre el fondo rosado del paisaje.

Las diez; la neblina mañanera se ha fundido al sol, que hoy es templado como el sol de mayo.

El almirante me comisiona para ir con armas y

charreteras a hacer presente al gobernador japonés su felicitación por el año nuevo; y una ballenera del *Temible* me conduce, a golpe de remo, sobre el agua, que se ha vuelto muy azul.

La muchedumbre nipona en las calles está ya vestida con trajes de fiesta.

Me serán precisos dos remolcadores en mi *djinricha* para mayor velocidad, y sobre todo por la representación en mi calidad de oficial francés; pero es difícil reclutarlos un día primero de año, porque los señores remolcadores se dedican a hacer visitas y a entregar tarjetas. Cuando he hallado, no obstante, mi pareja, partimos a todo correr de sus piernas con gritos para que se aparte la gente.

¡Y es una gente tan divertida y tan graciosa! Una gente toda sonrisas y reverencias, que se apresura a cumplir mil deberes de civilización y se cumplimenta durante todo el camino con un trajín inusitado entre nosotros los días primero de año. Van en grupos las musmés, tan aprisa como lo permiten sus sandalias, atadas entre el pulgar y los demás dedos; están vestidas de claro, con suaves matices y adornos de flores artificiales, que realzan su peinado de blondas perfectas.

Chiquillos encantadores de ojos de gato corretean cogidos de la mano, con aires de importancia, llevando vestido largo de fiesta, peinados de un modo concienzudo con mechoncitos y moñetes dirigidos en diversos sentidos.

Por último, los mismos mozos de cuerda y los remolcadores están también con trajes de gala,

con vestido de algodón azul nuevecito y rígido, adornado con sendas inscripciones blancas sobre la espalda y en el pecho: llevan en la mano las tarjetas, que van a distribuir, de prisa y corriendo, entre sus brillantes relaciones.

Una casa nueva, que le falta poco para ser europea y cuyos alrededores están rebosantes con las *djinrichas* de los innumerables visitantes, es la residencia del gobernador de la ciudad, que nos recibe con el traje de etiqueta bordado y la sonrisa oficial de los prefectos de Occidente.

Después de un gran almuerzo de oficiales a la mesa del almirante, dejo sin tardar mi uniforme de marino para regresar a tierra a entremezclarme con la muchedumbre japonesa.

Nagasaki está enguirnaldado de un modo igual de un extremo a otro de sus calles. Todo a lo largo de las casitas de madera, viejas o nuevas, corre una interminable franja verde, hecha con manojos de cañas, alternando con largas hojas de helecho colgadas por el tallo. Y delante de la puerta de cada casa, en el cordón que sostiene esta franja, está sujeto un colgante siempre parecido, que se compone de un caparazón colorado de langosta, dos cáscaras de huevo y un poco de hojarasca.

Todo esto, según parece, es la decoración tradicional, simbólica e invariable del primer día de cada año.

La sonriente animación del gentío llega a su colmo, entre estas ininterrumpidas guirnaldas, bajo el sol de invierno; gentiles musmés, pálidas

y traviesas, viejas dueñas con las cejas afeitadas y dientes esmaltados de negro, se saludan y vuelven a saludarse al pasar, como si cada vez que se encontraran fuese una alegría y una sorpresa como para no salir del asombro; damas que se detienen frente por frente, dobladas en dos por profundas reverencias, como si ninguna osara erguirse la primera. En cuanto a los hombres, hasta aquellos que visten aún a la japonesa, los sombreros hongos se llevan este día con furor, y algunos elegantes de campanillas, fieles aún al traje de seda de sus antepasados, han hecho, sin embargo, una concesión al gusto moderno, cubriéndose con un sombrero de copa.

Muy apresurados, los visitantes, ellos y ellas en general, son recibidos en el vestíbulo de la casa..., el pequeño vestíbulo alfombrado con esterillas blancas, donde se ve hoy una bandeja llena de extrañas golosinas, al lado del inevitable braserillo de bronce conteniendo el rescoldo para encender las pipas minúsculas con que fuman las damas. Estos visitantes, tan cumplidos, charlotean con volubilidad sus cumplimientos, entrecortados de reverencias; cogen con la punta de los dedos, después de mil ceremonias y melindres, cualquiera de esos bomboncitos en forma de flor o de pájaro, completamente incomestible para nosotros; luego reanudan su trajín, volviéndose en la calle varias veces para saludar aún.

¡Oh! ¡Mi gatito, que también va a hacer sus visitas! ¡Mi gatito, vestido con colores casi severos, por la calle, y apresurándose, como las perso-

nas de calidad, a cumplir sus deberes de cortesía! No: quien no ha visto a la menuda señorita Lluvia de Abril sentada con dignidad en su coche de remolque, y llevando en la mano sus tarjetas liliputienses, lo mismo que ella; quien no la ha encontrado y no ha recibido al pasar un saludo ceremonioso, no podrá nunca imaginar la gracia y el encanto de una musmé de doce años, con extraordinarias facultades para la danza y la buena vida...

Tanta cómica algarabía y un sol tan claro sobre lo abigarrado de los trajes, desterraban la tristeza que cada primero de año apareja consigo; pero esta tristeza, a la cual nadie escapa en tan señalado día, flotaba en el ambiente, no andaba lejos, y no tardamos en encontrarnos de nuevo, ella y yo, como antiguos amigos, cansados de ser harto conocidos: es en medio de los barrios viejos, silenciosos hoy, que confinan con la inmensa ciudad de los muertos, y donde apenas pasa de cuando en cuando alguna musmé furtiva, destacando la brillantez de su traje de fiesta en medio de las antiguas ensambladuras y de las piedras venerables. Nagasaki termina en la abrupta montaña, que se yergue cargada de templos y de sepulturas, que forma todo alrededor como un cementerio único y verdadero, enclavado encima de la ciudad de los vivos: un cementerio un poco dominador, pero tan umbroso y tranquilo...

Al pie mismo de esta necrópolis pasa una calle abandonada, donde vive la señora Osa, viejecita cenceña, mi florista habitual. Es una calle muy

antigua: a un lado hay casitas antañonas, puestos seculares donde venden flores para las tumbas, y de rechazo, idolillos domésticos o altares de laca para los antepasados; al otro lado está la misma ladera de la montaña, la vertiente casi vertical, interrumpida de trecho en trecho por los grandes pórticos sin edad, las enormes escaleras que conducen a las pagodas, o bien por los vericuetos de cabra, cubiertos de líquenes y de musgos, que van a perderse allá arriba, donde están los señores muertos y las señoras difuntas. Yo voy con frecuencia por esta calle, no solamente a causa de la señora Osa, sino para tomar en el acto cualquiera de esos senderos trepadores y subir al inmenso y delicioso cementerio. Sobre todo, cuando hace un sol nostálgico, de una tibieza de invernadero, como el de esta tarde, no sé si existe en el mundo un lugar más adorable: es un laberinto de pequeñas terrazas superpuestas, de veredas, de escaloncitos entre el musgo, el liquen y los más finos capilares con sutiles tallos como de crin negra.

A medida que se sube, no tarda en dominarse todas las antiguas pagodas, colocadas en hilera en la base de esta montaña como para servir de atrio a las regiones etéreas, donde duermen las generaciones pasadas: la vista se hunde entonces en los techos complicados, en los patios de losas tétricas, en sus símbolos, en sus monstruos. Más allá, toda esta ciudad de Nagasaki, contemplada a vista de pájaro, dispone sus miles de airosas casitas, color de madera vieja y de polvo; más allá aún, vienen las riberas exuberantes de verdor, la pro-

funda bahía, la mar como un gran manto azul, la tormenta geológica de los alrededores, lo escarpado de las cimas, todo ello lejano y como difuminado por la distancia. La paz, el sosiego, es sobre todo lo que siente uno penetrar dentro de sí cuanto más se está y más se asciende a este lugar; pero para nosotros es una cosa muy rara la paz que exhala esta ciudad mortuoria con el olor de sus cedros y el humo de sus pebetes de incienso: paz de estos millares de almas ya idas que contemplaron el mundo y la vida a través de sus ojillos rasgados, y cuya visión de la vida fué tan diferente de la nuestra. Son innumerables los seres cuyas cenizas se mezclan aquí con la tierra; las losas sepulcrales, inscritas con caracteres desconocidos, se agrupan por familias, se amontonan sobre el flanco de la montaña como una multitud reunida para un espectáculo; las hay tan viejas, tan gastadas, que ya no tienen forma. Y toda esta vertiente mira al Oeste y al Sur; de suerte que se está constantemente bañado por los rayos del sol, sobre todo a la tarde áurea y templada, hasta que declina el sol de invierno como en este instante. A lo largo de los angostos senderos, sembrados hoy de hojas secas que trepan hacia las cimas, se pasa a veces ante hileras de seres fantásticos sentados bajo el desbordamiento de los helechos: budas de granito de la altura de un niño, la mayoría mutilados por los siglos, pero teniendo cada uno al cuello un lazo de tela encarnada anudado por la solicitud de alguna mano piadosa. El caso es que no se encuentran casi seres vivientes: de

vez en cuando un leñador, un soñador, una musmé que da la casualidad de que no se ríe o una vieja dama que lleva crisantemos o que quema sobre una tumba un puñado de esos fragantes pebetes, que dan al aire de aquí un olor de iglesia. Existen camelias de cien años que se han convertido en grandes arboles; hay cedros que cuelgan por encima del abismo sus enormes ramas nudosas como brazos de anciano.

Capilares de toda fantasía, largos y frágiles, forman masas de encaje verde en los rincones, que tienen la grata temperatura y la humedad de los invernaderos. Pero lo que invade, sobre todo, las tumbas y las terrazas de los muertos, es cierta planta trepadora que recubre un muro rápidamente como la yedra de nuestros países, una planta encantadora de hojas pequeñitas que es la amiga inseparable de todas las piedras japonesas.

En este instante caen de plano los rayos rojizos del atardecer en los altos cementerios tranquilos; las hojas muertas a lo largo de los caminos parecen una alcatifa de oro, esperando que se descompongan para fecundar los musgos y todo el sutil y delicado mundo de los helechos. Apenas llegan hasta aquí los ruidos de abajo; la ciudad que se advierte en un abismo por debajo de sus pagodas y de sus tumbas, no envía su clamor hacia la barriada de sus muertos; en esta calma ideal, en esta tibieza como artificial derramada por el sol de invierno, las almas de los antepasados, hasta las más diluídas por el tiempo, deben recuperar algo de conciencia y de memoria.

En cuanto a mí, que he nacido al otro lado del mundo, en medio de este ambiente extraño pienso melancólicamente en mi país, en el año que acaba de morir, en el siglo caído esta mañana a los abismos y que fué el siglo de mi juventud.

Ahora suena una campana, abajo, en una pagoda —una de esas enormes campanas que están cubiertas de inscripciones misteriosas o de figuras de monstruo y que se hacen vibrar al golpe de una tranca suspendida—, una campana formidable y lenta que suena a intervalos muy largos como entre nosotros para el toque de agonía. No turba nada este exótico silencio, antes bien, lo acentúa y lo subraya. Oyéndolo, me siento más lejos aún de la tierra natal; miro con más tristeza el ocaso del sol rojo, que a esta misma hora se levanta, allá lejos, para alumbrar una mañana, helada sin duda, sobre mi casa familiar...

XIII

2 ENERO

Un señor japonés de pura cepa, que se acuerda aún de haber sido en los días de su adolescencia un samurai de dos sables, pero que lleva hoy casaca de coronel y gorra galoneada a la rusa, nos ha convidado esta noche a ir de jarana con él a la casa de té más elegante y menos accesible de la ciudad, donde se servirán recibirnos si somos sus huéspedes.

Está en lo más hondo del viejo Nagasaki, cerca de la gran pagoda del «Caballo de Jaspe», y nos dirijimos allá en *djinricha,* hacia las nueve de la noche de una noche fría y pura, iluminada con una hermosa luna de invierno.

En este barrio, donde apenas brillan algunos farolillos, la casa que nos espera, conocida por las entrevistas de noble compañía, es sombría, cerrada, silenciosa, inmensa: tiene dos pisos muy altos de techo y parece recostarse tristemente sobre el cielo estrellado. Nuestros remolcadores nos dejan a la puerta, al pie de una escalera, en un vestíbu-

lo minuciosamente ordenado, donde debemos por lo pronto descalzarnos.

Al punto las musmés, que sin duda nos atisban a través de las mamparas de papel fino, se precipitan desde lo alto de la escalera hacia nosotros, abatiéndose como un vuelo de menudas y rutilantes hadas. Hay precisamente tantas como invitados; y maldito sea quien piense mal, porque todo ha de suceder como entre la buena sociedad; estas damas, guechas de renombre, que el señor de los dos sables nos ofrece para pasar la velada, solamente han aceptado el encargo de distraernos, de compartir nuestra comidica, de deleitar nuestros ojos; y nada más.

Cada uno de nosotros tendrá la suya; cada uno de nosotros, desde el mismo instante en que se descalza, está acaparado por una de esas gentiles criaturas que no se separará ya de él; desde el primer momento se forman las parejas, entre el guirigay de la llegada, casi sin elegir, como al azar; y es de dos en dos, cogidos de las manos, como subimos la escalera, con una música de risitas fingidas, pueriles, aunque sin demasiada ingenuidad, pero bellas por lo menos.

La sala de recepción del primer piso, donde somos exactamente doce contando las guechas, podría contener fácilmente doscientos convidados; estamos como extasiados en medio de la inmaculada blancura del papel mural y de las esterillas que cubren el suelo. Nada hay aquí que ornamente esta blanca soledad: eso sería una falta de elegancia; nada más que un gran ramo esbelto que

se desborda de un jarrón antiguo y raro colocado sobre un alto zócalo de ébano; todo el lujo del lugar consiste en las vastas proporciones, en el espacio; y también en la delicadeza de las maderas, en la impecable pulcritud de las cosas.

El señor, para recibirnos, ha recuperado sus largos vestidos de seda; si no tuviera el pelo cortado, se habría convertido de nuevo en un japonés de antaño. En cuanto a la decoración, es también muy típica, salvo la luz eléctrica, la luz demasiado moderna, que se difunde aquí y allá en el techo, pero de una manera discreta, sin embargo, y velada con cristal esmerilado.

Cuando estamos todos sentados en el suelo, bien en fila, en lo hondo de la sala sobre cojines de terciopelo negro, seis sirvientes análogamente vestidas aparecen en la puerta, horizonte de este pequeño desierto de esterillas y de papel; se prosternan y hacen una primera entrada completamente de ritual para venir a colocar por lo pronto ante cada una de las parejas sentadas el inevitable braserillo de bronce. Estas sirvientes son personas de edad mediana y de aspecto respetable, pálidas, distinguidas, con los cabellos alisados como alas de cuervo; han sacado a relucir los atavíos de color, propios de la gran ceremonia, que son especiales en las fiestas de año nuevo y no deben llevarse más que la primera semana de cada año: vestido de crespón negro, de un negro mate y profundo como el velo de la noche, con un blasón blanco en mitad de la espalda; un vestido que arrastra por detrás, que arrastra por los la-

dos, que arrastra por delante y que, gracias a una combinación de plomos interiores, queda siempre majestuosamente colocado alrededor de la graciosa mujercita.

Y la comida, como de muñecas, comienza dispuesta en el suelo, siendo llevados todos los servicios con mucho orden y en fila por las seis correctas sirvientes, cuya negra teoría avanza cada vez como para el duelo rigurosamente oficial de algún personaje remoto y absurdo.

Es la misma comidica japonesa que se ha probado ya en todas partes: las sopas de algas, las cosas minúsculas y enigmáticas propias de muñecas. Pero todo es de un refinamiento extremado, servido en porcelanas diáfanas, en lacas ligeras, ligeras, casi imponderables. Hay confites maravillosos imitando paisajes, parajes de ensueño nipón, peñascos de azúcar morena, viejos cedros de azúcar verdosa muy delicadamente enmarañados de hojas.

Después de cenar, estas damas, que son reservadísimas y se hacen rogar mucho, consienten en sacar de sus fundas de crespón las largas guitarras con voz de chicharras y las espátulas de marfil que sirven para rasguear. Las damas cantan igual que gatos que maullaran por la noche desde lo alto de una tapia. Y, por último, danzan con diversas caretas: la danza de la bruja, la de la mujerona mofletuda y simple, la danza de las ruedas de flores, el paso del arroyo; todo lo que mi amiga la señorita Lluvia de Abril me ha hecho conocer ya en la «Casa de la Grulla» y que es de

tradición infinitamente remota, se me ha dado por segunda vez aquí en un cuadro más vasto, más distinguido y más desierto todavía.

Estas damas tienen vestidos adorablemente matizados, que pasan desde el azul ceniciento de la noche al rosa del amanecer, y que están sembrados de grandes flores imaginarias o bien cigüeñas volando con el plumaje de oro.

A fuerza de gracia y de artificios parecen casi guapas, y se soportarían sus ficticios encantos si hiciese menos frío. Pero se queda uno helado en estas esterillas, en la sala demasiado grande, donde las ascuas de los esbeltos braserillos nos atufan sin dar calor. Y la luna de enero, de la cual se percibe la palidez espectral a través de las láminas cuadradas del papel de arroz, en competencia con la luz eléctrica, me recuerda que afuera debe comenzar a caer sobre la ciudad dormida la escarcha de la madrugada. Ya es hora de abandonar este lugar de elegancia exótica.

Para remate, un juego infantil ni pizca de divertido. En el suelo, en la sala amplísima, se forma un círculo con los almohadones de terciopelo fúnebre distanciados entre sí, lo que es de alta una musmé; y después comenzamos todos a dar vueltas, corriendo en fila con un paso que acompaña una canción de hace cien años. Los japoneses se entretenían con este juego en la noche de los tiempos: viejas estampas dan fe de ello.

Ha perdido quien no está colocado en el terciopelo de un cojín negro cuando cesa bruscamente la canción; y las guechas entonces dejan oír sus

risitas, que parecen una cascada de perlas falsas.

¡Oh, la tristeza y la estupidez de todo ello en medio de este extremado exotismo, al pie de la pagoda del caballo de jaspe, en el gran silencio de las afueras y en la frigidez de una alta noche de enero!

¡Vámonos! Nuestros remolcadores abajo nos esperan dormidos entre mantas, junto a nuestros zapatos. Una vez que nos hemos vuelto a calzar nos instalamos en nuestros cochecillos y el aire de la noche nos reanima; la oscuridad exterior de la noche nos envuelve, en tanto que las guechas, que están aún en la escalera, en grupo luminoso, deslumbrante de color, se inclinan con encantadoras reverencias. Sobre el cielo, completamente azulado por los rayos de luna, los viejos cedros sagrados del templo vecino recortan en negro las siluetas de las ramas retorcidas con raros grupos de hojas como si fuera un dibujo muy japonés. Poco a poco vamos llevando mayor velocidad a medida que se despabilan nuestros conductores; y henos aquí en marcha, en veloz carrera, iluminada por farolillos, atravesando un Nagasaki azulado, vaporoso y lunar, que duerme todo bañado por la bruma de invierno.

XIV

MARTES, 8 ENERO

Oh, qué estupendos tipos me he encontrado hoy en el campo! Los veía caminar de lejos ante mí, cerca de cincuenta, casi en fila, como un pelotón de soldados, completamente parecidos y absolutamente blancos. Una especie de camisones de indiana blanca—de manga ancha, sujetos al talle por un cinturón, sin corsé—haciéndolas parecer mujeres regordetas, con aspecto de mujer de pueblo zafia y cursi. Unos gorros también de indiana, de lo más sencillo y tiesos, pero harto majestuosos y como inflados de viento, parecían sobre las cabezas grandes campanas invertidas. ¿Qué es lo que podía ser toda esa gente? ¿Japonesas, desaliñadas de tal modo, sin flexibilidad y sin gracia? Imposible.

He apresurado el paso para ver lo que era. Y bajo los cómicos gorros empingorotados, he visto claramente las caras achatadas de musmés o jóvenes niponas; pero estas señoritas tenían un aspecto serio, reflexivo: no reían lo más mínimo; la

cháchara habitual de los encuentros no hubiera sido oportuna evidentemente, y he pasado sin reirme tampoco.

No he tardado en informarme: era la escuela de enfermeras para la Armada, que daba un paseo higiénico de prácticas. Todo está dispuesto para la guerra en estos momentos históricos; todo se vuelven preparativos para esta gran tentativa contra Rusia, que desde luego no ha de constituir más que la manifestación inicial del inmenso peligro amarillo.

Me han asegurado que entre las filas de esas muñequitas empaquetadas con atavíos de hospital se encuentran damas nobles descendientes de esas familias antiguas, entre las cuales nosotros los extranjeros no podemos alternar aún. Y algunos oficiales, camaradas míos, que han sido ya cuidados y vendados por ellas, guardan el mejor recuerdo de sus manos tan pequeñas, dulces y expertas en las infatigables pruebas de paciencia.

Pero ¿quién podía explicarse a qué vienen esas enormes cofias infladas de aire, esa especie de gorros de marmitón?...

XV

SÁBADO, 12 ENERO

En verdad que mi suegra la señora No me olvides hace gala de todas las delicadezas imaginables. A pesar de mi reserva tan marcada hacia mi cuñada la señorita Flor de Saúco, me convidó ayer de nuevo a una comida de familia, la cual hubiera sido, por mi parte, de demasiado mal tono rehusar otra vez. De todos modos, yo esperaba divertirme más allí, y debo reconocer que la actitud general ha sido más bien de cumplido. Se quedaba uno helado descalzo en las esterillas del piso. Se decían cosas rebuscadas y hueras, galantes con reserva y con las cuales se hacía esfuerzo por reir. Las sopitas estaban frías en las minúsculas soperas. Todo estaba frío.

Y todo hubiera permanecido incoloro si hacia el fin del almuerzo una de mis primas, casi recién casada, la señora Flor de Cerezo —mujer muy distinguida, pero que desde la más tierna edad ha sido víctima muchas veces de un temperamento demasiado inflamable—, no se hubiera enamo-

rado perdidamente de Osman, hasta el punto de proponerle olvidar por él todos sus deberes A consecuencia de este incidente, que nunca se sabría deplorar lo bastante, se ha marcado ostensiblemente cierto disgusto en las relaciones con mi familia política.

De todos modos, mi amistad con la señora Endrina no ha sufrido en absoluto; y esta mañana la he acompañado hasta el ara sepulcral del pobre señor Azúcar, donde la viuda había sentido la necesidad de ir a depositar conmigo algunas flores. Es verdaderamente conmovedor su culto por la memoria de aquel dulce esposo, que acaso no satisfacía la fogosidad de su naturaleza, pero al que adornaban tantas cualidades discretas y que poseyó como ninguno el tacto de eclipsarse a tiempo.

Fueron crisantemos tardíos color de herrumbre, graciosamente entremezclados con ramitas de siemprevivas, los que madama Endrina había elegido para su fiel ofrenda.

Me ha parecido algo abandonado el rincón del cementerio donde reposa el señor Azúcar, pero divinamente situado en la montaña con una vista atrayente. En las cuatro esquinas de la tumba, y en unas cañas de bambú, fijas en tierra, formando una especie de floreros primitivos, es donde hemos dispuesto nuestras flores, no sin tratar de arreglarlas un poco. Una breve invocación a los espíritus de los antepasados; algunas partículas de incienso quemadas en el pequeño incensario fúnebre, y la viuda, con un suspiro, se ha alejado del melancólico lugar; era preciso darse prisa, porque

la lluvia amenazaba sorprendernos en mitad de nuestros piadosos deberes.

Este chubasco ha hecho además que sea más íntimo nuestro regreso, porque en los caminos del descenso, muy pronto resbaladizos y peligrosos, madama Endrina, calzada con zapatitos de madera, ha tenido que buscar el amparo de mi brazo y hemos vuelto juntos bajo su gran paraguas.

El paraguas de madama Endrina era muy amplio, con mil radios y guarnecido de papel engomado; todo alrededor, pintadas en transparente, jugueteaban unas cigüeñas interpretadas con algo del estilo del amado difunto, que siempre seguirá siendo el pintor incomparable de esta clase de pájaros.

XVI

16 ENERO

Hoy he hecho una visita con la que he gozado anticipadamente: mi primera visita a la señorita Lluvia de Abril en su domicilio particular. Y he encontrado esa casita de cigarra que no piensa en el mañana, tal como me la imaginé, una casa de criatura que no existe más que por la gracia efímera y el encanto de los adornos, al igual de una mariposa creada para deleitar nuestros ojos. Vive en una calle vieja que sube, no hacia las montañas de los templos y de las tumbas, sino hacia la «Montaña redonda», especie de colina erguida en plena ciudad y donde no existen más que casas de té o casas de placer. Allí, en el primer piso de una construcción según la moda antigua, toda de cedro y de papel, el nido de la menuda danzarina está como colgado por encima de los escasos y discretos transeuntes. Se descalza uno —ni que decir tiene— al pie de la escalera, provista de esterillas blancas, y todo está minuciosamente ordenado en la casita resonante, cuyas

maderas, resecas desde hace cien años, vibran como la caja de una guitarra.

La señorita Lluvia de Abril habita con Swong, un enorme gato de imponente aspecto, bien plantado y peludo, que lleva un collarín encañonado, y la dueña Paloma, una mujer muy vieja, muy vieja, de cabellos blancos, a quien la danzarina llama abuela...: una especie de madama Endrina del tiempo pasado, sin duda, pero que no obstante tiene unos ojos hermosos, un aspecto de anciana buena, dulce y casi respetable.

Despues de mil reverencias, en tanto que se apresuran a prepararme bombones y té, paso revista a este aposento con el rabillo del ojo. Tiene gracia encontrarme en tal sitio; y ¿cómo decir los finos modales de la señorita Lluvia de Abril haciendo los honores de la casa, su actividad y la seriedad de su expresión, que no tiene precio?... Un interior bien modesto: interior como de gente del pueblo, pero cuidadosa. Lo que únicamente llama la atención son los cofres de laca conteniendo los vestidos de danzar, algunos de los cuales, tirados por aquí y por allá, semejan trajes de hadas que se arrastraran en una choza.

En los tabiques, de madera seca y de papel blanco, hay fotografías de la señorita Lluvia de Abril y de algunas de sus camaradas en sus creaciones de más éxito: palmitos de gatitas con faralaes como las princesas niponas de antaño, o con pelucas de viuda noble.

Y, a título de curiosidad exótica, hay también dos imágenes europeas: la emperatriz Eugenia y

el rey Víctor Manuel... Sin embargo, no veo por ninguna parte la mesa de los antepasados, el rinconcillo venerado, siempre algo ennegrecido por el humo de los pebetes de incienso que se encuentra en las casas de los pobres. No: aquí brilla por su ausencia este altar, que es el indicio de toda familia constituída: luego la pequeña danzarina no tiene ningún pariente y no esta acompañada en la vida más que por este gato cazurro y esta abuela de azar.

A propósito: ¿por qué se ha alejado la susodicha abuela, la vieja de los ojos que revelan honradez?... ¿Y por qué Swong, sentado gravemente sobre su trasero, con la gola encañonada a lo Médicis, me observa fijamente con sus ojos verdes? En este ambiente todo es misterioso y todo es posible... Sin embargo, no; no puedo creer que este eclipse de la señora Paloma sea intencionado; semejante suposición me obligaría a variar el concepto formado de este pulcro aposento, de esta delicada criatura, y me avinagraría la colación posada ante mí sobre las esterillas del piso. Desechemos la insana duda y sentémonos por tierra para hacer los honores a la comidita con mil ceremonias, como en sociedad.

Cuando es hora de despedirse de la señorita Lluvia de Abril y Swong, beso a ambos en la mejilla y me acompañan hasta la puerta muy amablemente, muy cordialmente, después de haber expresado la esperanza de volver a verme. Sin duda alguna volveré, porque todo ha resultado como yo deseaba; no ha habido ningún equí-

voco; y en el último peldaño de la vieja escalera la señorita Lluvia de Abril, prosternada, con el abanico en la mano, me sigue con una franca y gentil sonrisa.

Pero ¿qué demonio puede haber dentro de esa minúscula cabecita de bailarina y en su tierno corazón?

Siempre la melancólica pregunta sin respuesta, que tan frecuentemente he planteado, a propósito de seres esencialmente distintos de mí e indescifrables: gatos, monos o niños de razas humanas tan distintas de la nuestra, y cuyas miradas habían penetrado profundamente en la mía... Y luego, ¿qué días le reservará el porvenir a la pobre y qué prostituciones le aguardan? ¿Seguirá siendo bonita cuando se haga mayor, cuando la flor de la infancia se mustie en sus mejillas? Y si entonces ya no es guapa, ¿en qué miseria acabará la chiquilla de los bellos vestidos?

Ensimismado, pensando en los días futuros de la señorita Lluvia de Abril, que encarna aún un sueño del viejo Japón, del Japón de las lacas y de los abanicos, vuelvo a sumergirme poco a poco en el Nagasaki moderno; y he aquí los muelles, los bares a la americana. Es la hora en que la muchedumbre lamentable de obreros sale de las fábricas; rostros ennegrecidos por ese maldito carbón de piedra, que ha sido, acaso más que el alcohol, el azote destructor de nuestra especie. Y allá lejos, en el lado opuesto, al pie de esas montañas que no conocían antes nada más que los cedros, los bambúes y las pagodas, hoy humean y

humean chimeneas, emponzoñan el aire de la tarde, y las máquinas silban, gritan con voces de Guignol: allí está el arsenal marítimo, donde se extenúan los hombres noche y día construyendo las máquinas más ingeniosas para esas grandes matanzas de conjunto desconocidas a nuestros predecesores.

XVII

JUEVES, 17 ENERO

Caía la lluvia copiosa sobre el mar, que, como acribillado por ella, parecía humear al latigazo de los miles de gotas fustigadoras.

En mi camarote del *Temible* —la puerta cerrada para oír menos el perpetuo rumor de los entrepuentes, atestados de marineros—tal diluvio originaba, a deshora, una oscuridad de tarde avanzada. El piano, que acababa yo de abrir, emitía las notas apagadas de los días que llueve, y el pedal sordo, mantenido todo el tiempo a causa de los vecinos, atenuaba también la música de Wagner, como si se la hiciera surgir de un armario cerrado: era un pasaje de *Tristán e Iseo* el que yo ejecutaba, de un modo algo distraído, desde luego, y que mi criado Osman cantaba a media voz. Se veía por la ventana el verdor de la costa en un desvanecimiento gris: verdores húmedos, rocas mojadas, follajes que se abatían bajo el aguacero; se sentía uno rodeado de agua, envuelto en la corriente.

Con la puerta cerrada, la vida, el barullo, el clamoreo contenido de seiscientos hombres, amon-

tonados un día de lluvia en los flancos del navío, aún llegaba el rumor del agua a través de las planchas de hierro; pero era una sinfonía tan habitual, que en rigor no se la oía apenas. Se la iba oyendo menos cada vez, a medida que el canto wagneriano se enseñoreaba, que subía la voz y que se exaltaba el acompañamiento.

Y la letra decía: «...en un reino lejano, en un país donde reina la sombra...» Cuando, de pronto, el cañón ha venido a poner en conmoción nuestra casa blindada... Cañonazos espaciados con intervalos fúnebres, no recordando esos saludos que en una escuadra como la nuestra se oyen todos los días... Y he enviado a Osman para recoger informes.

No ha tardado en volver para decirme, por cierto sin notable alteración en su cara risueña: «¡Es que se ha muerto la reina Victoria!» Y un instante después entraba un timonel, con más corrección, a anunciarme también: «Comandante, los ingleses saludan porque ha muerto la reina Victoria.»

¡Oh! Luego entonces, si es eso, todos los buques van a ponerse a hacer lo propio: y el mismo *Temible;* ya tenemos hasta la noche con las grandes salvas pomposas. Reanudamos, pues, *Tristán e Iseo,* a pesar del estrépito de afuera. Por otra parte, la noticia no interrumpe tampoco el ejercicio gimnástico de los marineros que hacen los movimientos de agilidad en el piso de arriba, ni sus voces alegres, que cuentan todas juntas: ¡una, dos, tres!, sin dárseles un ardite del duelo oficial.

Los cañonazos se propagan, sin embargo, en todos los puntos de la bahía, donde están reuni-

dos tantos buques de combate; y el eco de la montaña también toma parte en ello, y responde como un trueno lejano.

Y así sucesivamente todo alrededor del mundo. No deja de ser raro, si nos detenemos a considerarlo, la repercusión de esta muerte en todo el mundo. Así, pues, una anciana harta de vivir acaba de fallecer allá lejos, muy lejos, en una isla brumosa; otros miles de seres, esparcidos en todas partes, rendían su alma al mismo tiempo, de los cuales nadie se ocupaba lo más mínimo; pero aquélla, por uno de los más antiguos e infantiles convencionalismos humanos, personificaba un pueblo, *el pueblo de presa;* entonces, una red de hilos que entrelaza los países y los mares ha propagado la noticia; y de aquí este ruido inmenso, que turba el reposo de todos; en cada lugar, en cada rincón del mundo donde los hombres han reunido unas máquinas de matar, el estrépito de tormenta retumba, como aquí mismo en esta bahía, tan remota y tan extraña.

Algunos decían de la reina que acababa de morir que era buena y compasiva ante los sufrimientos.

Si es cierto, ¡cuán angustiado ha debido ser su tránsito, por los fantasmas del Transvaal, caso de que haya guardado en su corazón algo de instinto maternal a pesar del orgullo y a través de la embriaguez originada por la adulación y el fausto! Nadie me era más indiferente que ella; y, sin embargo, su fin casi me conmueve en este lluvioso día de invierno; y es que era reina bastantes años antes de mi nacimiento, y desde muy niño oí pro-

nunciar con frecuencia su nombre, simpático a los franceses por aquella época. Muere toda una edad con su interminable reinado y parece que a todos nos arrastra un poco en el pasado, tras de ella.

Pero estaba escrito que en este país no pueda yo tomar nada en serio, ni siquiera un duelo real...

Ved ahora que pienso en la impresión de las musmés, en todas esas casitas como colgadas en la costa, entre la fronda empapada de lluvia, en su sorpresa de oír esas salvas que no acaban nunca; los cuadritos de papel, las sutiles mamparas abriéndose por doquiera en esas mansiones frágiles como juguetes de Nuremberg, y unas cabezas deliciosamente cómicas aventurándose a las iras del chaparrón para preguntarse unas a otras, después de la reverencia obligada: «¿Qué sucede, señorita Tulipán? ¿Pero qué es lo que pasa, señorita Luna?» Entonces, a pesar mío, me asalta una sonrisa, esa sonrisa irreprimible que me producen siempre las caras de las musmés o la de los morrongos...

Al atardecer, cuando el verdadero crepúsculo se suma a la penumbra de la lluvia y de las nubes, va cesando gradualmente el cañoneo. Retumban aún con largos intervalos algunos postreros estampidos, prolongados por el eco. Y después, un infinito silencio cae de lo alto sobre esta muerte, con la noche que llega; la página de la historia está ya vuelta; la orgullosa anciana comienza su eternal descenso, en la paz tal vez, en el polvo y en el olvido seguramente...

XVIII

DOMINGO, 20 ENERO

Los últimos crisantemos, destrozados por las heladas mañaneras, han desaparecido de los vasares de mi florista habitual, la señora Osa, para dejar sitio a las camelias y a ramitas de sauce, engalanadas ya con esos colgajos amarillentos que son floraciones de una extremada novedad. Nuestra estancia indeterminada en este país se prolonga de semana en semana y acabaremos por ver despuntar aquí la primavera.

En su calle vieja, siempre en penumbras, que bordea el flanco de la montaña y los basamentos de los templos, esta tienda de la señora Osa es un punto donde me detengo todos los días antes de ir a aislarme allá arriba, entre los bosques de los muertos. Además, la señora Osa y yo nos hacemos un poquito el oso: era fatal.

Su casita de madera es negruzca, vetusta como la calle entera, enmohecida a la sombra de esas terrazas musgosas que sostienen las pagodas y la necrópolis. En el escaparate están sujetas una

porción de cañas de bambú llenas de agua, donde se remojan flores, hojas, hierbas, helechos... Los japoneses, hasta los de la clase baja —¿quién lo ignora?—, nos han aventajado desde hace siglos en el refinamiento de los ramos, en el arte de componer con las plantas más vulgares ramilletes de una gracia inimitable, dignos de sus floreros de mil formas.

Con la señora Osa —que está en la edad de madama Endrina, que es como decir en la época de la vida en que son más amables las mujeres— discuto siempre largo rato sobre el precio de las flores sólo por el gustazo de regatear, haciéndole la corte un poquito. Entremezclo ciertos madrigales, que le dirijo en honor de su persona y que ella sabe devolverme con una educación perfecta: entonces salen de casitas carcomidas y sombrías otras damas de la vecindad para asistir al galante torneo: es la señora Montaña Ideal, la chamarilera de la esquina de la calle, o la señora Nube, que vende pebetes de incienso para los difuntos, o bien madama Azucena, cuyo esposo, en lo hondo de un tinglado cubierto de polvo, dora los budas centenarios y restaura los altares de los antepasados.

Cuando ya he elegido una plantita y la he pagado, la dejo en depósito en la tienda —lo que es un pretexto para volver— y comienzo mi ascensión, casi cotidiana, a la santa montaña, que parece desplomarse.

Una porción de caminos se ofrecen a mí todo a lo largo de esta calle venerable, donde hace más

fresco debido a la falta del sol. Al punto me dirijo por los estrechos ribazos que trepan entre peñas tapizadas de césped, con musgos de brillo de terciopelo, capilares con tallos como de crin negra, sutiles gotas de agua salpicadas sobre las hojas como si fuesen cuentas de cristal, o bien subo más lentamente por las anchas escaleras de granito y las terrazas de los templos. Pero una vez allí se quiebra la sonrisa, porque súbitamente todo se torna grave y emana de los viejos santuarios oscuros un horror religioso desconocido. Todos los días puede hacerse algún nuevo descubrimiento en estas regiones de silencio y de abandono, situadas dominando la ciudad y precedidas de tantos atrios, terrazas y pórticos severos. En los patios enlosados, los árboles, que han presenciado el transcurso de los siglos, extienden sus grandes ramas desfallecientes, sostenidos acá y allá por puntales de madera o de granito; existen también cycas gigantescas, cuyo tronco múltiple adoptà la forma de un candelabro; cycas que soportan el frío, conllevan a veces la nieve en sus lindos penachos, resisten los inviernos en este país, como ocurre además con otra porción de plantas delicadas; y con los monos de las selvas, con las enormes mariposas parecidas a las de los Trópicos, el Japón parece tener el privilegio de una fauna y de una flora que no son propias de este clima. Unas galerías, techadas con columnas de cedro, rodean de una zona de sombra los santuarios, casi siempre cerrados, donde a través de las verjas de las puertas se ven brillar dorados deslucidos y

relucir las manos y los rostros de los dioses, sentados en fila cómodamente. Esos templos, lo mismo que los árboles, han visto transcurrir cientos y cientos de años, y se acerca el momento en que sus maderámenes y sus lacas se reducirán a escombros y cenizas.

En los altares, en los techos llenos de polvo o en los frisos de las viejas columnas, tras las telarañas, hay misterio; por todas partes existe lo extraño y lo inquietante en las menores formas de las imágenes o de los símbolos. Y se siente entonces aquí que en lo íntimo del alma de esta gente chancera, en el sutil fondo impenetrable para nosotros, debe residir algo más que la frivolidad y la risa; sin duda alguna, una concepción más bien terrible del destino humano, de la vida y del aniquilamiento...

Siempre subiendo, he aquí pronto la población de pequeños budas de granito, muy barbados de liquen, y las innumerables señales funerarias, enlazadas entre sí con plantas de hojas minúsculas; he aquí la red de senderos que se cruzan entre las tumbas bajo los bambúes y las camelias salvajes: he aquí todo el laberinto de los muertos. Y a esta altura hallo casi todas las veces ese sol de la tarde, color de cobre, que, antes de abismarse allá lejos en el mar Amarillo, se retarda tan lánguidamente sobre estas vertientes expuestas al Sur y al Oeste, para aportar un calorcillo artificial y como enfermizo, y darme siempre la misma ilusión de invernadero. De vez en cuando, descansando en alguna terraza mortuoria, una silla

de manos, pequeñísima y hecha de madera blanca muy fina, como para pasear a una muñeca, indica el sitio que ocupa algún muerto recientemente llevado a este alto dominio; dentro del coche han ido las cenizas, y la costumbre estima que se debe dejar en aquel sitio, que el ligero vehículo se pudra con los lotos de papel de plata que sirvieron para el cortejo. ¿Dónde se quema a esos muertos, en qué rincón clandestino y con qué pudor de que se los vea? En la ciudad nunca se los ve sino una vez que están incinerados, completamente reducidos, aligeradísimos y no pesando ya, llevados alegremente en hombros sobre unas andas en pequeños palanquines de madera blanca, de elegante y precisa carpintería; y cuando he interrogado a los japoneses dónde estaban los hornos crematorios, me han respondido todas las veces de un modo evasivo: «En las montañas... Por allá... Allá arriba...»

Aquí, pues, no existe más que polvo humano; nada de cadáveres, ni de descomposiciones, ni de figuras horribles; y todo eso suprime el terror bajo estas frondas.

La hora de la tarde es la hora por excelencia en estos altos cementerios, donde el olor invernal de las hojas muertas y de los musgos se mezcla con el perfume de los pebetes de incienso prendidos en las tumbas. Es también la hora en que concibo mejor la enormidad de las distancias; mirando, desde lo alto de mi tranquilo observatorio, cómo declina el sol del Japón, que se alza sobre mi patria en este mismo momento, tengo como la im-

presión física, un poco vertiginosa, de la redondez de la tierra y de su inmenso ecuador. Y me siento tan lejos, tan lejos, en el crepúsculo que llega, que, de pronto, me invade el calofrío de la nostalgia, el recuerdo de la región vasca o de mi casa natal.

Lo más frecuente es que ya se haya puesto el sol cuando paso ante la casa de la señora Osa; pero me espera antes de correr las viejas persianas de madera que cierran la entrada. Con una mirada llena de comprensiones, no deja nunca de añadir dos o tres flores a la planta mercada, particularmente preciosas para mí, porque son un regalo, una sorpresa que ella me reservaba.

Y ahora, a escape, un cochecillo rápido, un corredor que tenga buenas piernas, a fin de atravesar la ciudad nipona y de no perder el último bote de la tarde. Primero está la larga calle de los Vendedores, donde en los escaparates de los tenduchos de madera relumbran las porcelanas, los abanicos, los esmaltes, las lacas, todas las cosas lindas y estilizadas que los japoneses fabrican a millares y que venden las musmés sonrientes. Por allí desfilan, en el mismo sentido que el mío, una porción de cochecillos apresurados que conducen hacia el mar a oficiales de nuestra escuadra o de los acorazados extranjeros, llevando cada uno unos cuantos paquetes ingeniosamente atados con bramante, cajitas delicadamente construídas: los inevitables cachivaches de los cuales aquí nadie se libra.

A lo largo de los nuevos embarcaderos a la

americana, donde los corredores jadeantes nos dejan, nos encontramos unos y otros: nos vamos ordenando por naciones bajo un vientecillo helado que muy raras veces deja de levantarse y de humedecer con el rocío del mar nuestro regreso a bordo.

Tanto se nos ha tratado de bandidos a todos nosotros, oficiales o soldados de la expedición de China, en ciertos periódicos, que hemos convenido en dar la denominación de *ratería* a todo capricho chino o japonés, por honradamente comprado que haya sido y pagado con moneda contante y sonante. Así que es de rigor en mi barco el que, después de cenar, mientras fumamos unos cigarrillos, cada uno tiene que exhibir su *ratería* de la jornada. La mesa de tertulia se cubre, pues, todas las noches con cosas portentosas, presentadas por su propietario respectivo. ¡Qué bien se está, Dios mío, las noches de invierno en rada tranquila, instalado a bordo del propio barco, entre buenos camaradas, de retorno en esta pequeña Francia flotante que os lleva tan fielmente, pero que confina uno tras otro con los países más extravagantes del mundo!

XIX

LUNES, 21 ENERO

DESDE hace muchos días madama Endrina acariciaba el sueño de venir a verme a bordo, como fué a verme un tiempo en la *Triunfante*, hace quince años, ¡ay!, en la época en que florecían en todo su primer esplendor sus sentimientos por mi persona.

Yo había consentido galantemente; pero como hombre correcto que teme dar que hablar, me presenté en casa de mi suegra la señora No me olvides para rogarle que acompañara a mi visitante. Y, con objeto de quitar todo carácter clandestino a esta entrevista, había convidado también a dos de mis cuñadas y a cuatro jóvenes guechas de mi amistad, recomendándoles que llevaran guitarras.

Fué preciso al punto prevenir a la policía nipona por las razones siguientes: Desde hace varios años el Japón disfrutaba el monopolio de exportar a todas las ciudades marítimas del Extremo Oriente jóvenes de carácter alegre, destinadas espe-

cialmente a hacer olvidar a los navegantes las austeridades del mar: pero el gobierno del Mikado quiere suprimir hoy esta costumbre, que considera como atentatoria contra el buen renombre nacional, y se ha vuelto muy circunspecto cuando se trata de dejar que vayan señoras solas a bordo de los barcos.

La perspectiva de ser presentados a madama Endrina había producido entre mis compañeros una dulce emoción. Habían hecho algunos gastos, y encargado flores pasa la mesa y confites muy originales. Y, en el instante crítico, sus gemelos curioseaban discretamente todas las barcas de la rada, para espiar la llegada de nuestras invitadas. Después de media hora de espera, nadie. Después de una hora entera, nadie tampoco. Y he mandado al embarcadero a que se enteren.

Unos policías—¡ay, muy poco fisonomistas!—se habían opuesto al embarque de las damas, a pesar de la autorización otorgada la víspera, creyendo en la emigración de un equipo de pupilas para ciertas casas de Shangai o de Singapur.

Parece ser que la señora No me olvides, siempre tan dueña de sí, recibió el golpe con la frente alta y se contentó con reconducir a casa a mis cuñadas, llena de dignidad.

Pero, a la idea de ser tomada por una de esas hetairas emigrantes que no temen abandonar el ara de sus antepasados para ir a vender en el extranjero sus sonrisas, la señora Endrina se había desmayado.

XX

MIÉRCOLES, 23 ENERO

PASABA yo tranquilamente, con uno de mis camaradas del *Temible*, por Motokagomachi, la gran calle de las tiendas, mirando los cachivaches extraordinarios de los escaparates y las sonrisas de estas personas graciosas y menudas que tienen los ojos tan rasgados.

En esto, allá, frente a nosotros, se formó muy rápidamente un gran grupo de donde partían agudas vociferaciones, chillidos ásperos, estridentes, como la de los chinos en la guerra. ¡Y en medio de aquel grupo exaltado, dos oficiales franceses, contra quienes parecía descargar el furor general!... No hay que decir que entonces hemos acudido nosotros también.

Eran dos tenientes de navío, llegados ayer a Nagasaki en un crucero. Alrededor de ellos, unos buenos hombres tenían alzados los puños, con los brazos amarillos y cortos, surgiendo desnudos hasta el hombro, por entre las mangas. Conocíamos bien a esos buenos hombres: eran vendedores de macetas de aquel barrio, cuyas casas teníamos la costumbre de frecuentar, gentes de más sonri-

sas y reverencias que nadie, personas de ordinario obsequiosas y marrulleras; pero ¡tan transfiguradas hoy por la cólera! ¡Sus ojillos se habían tornado espantosos, su boca contraída por un rictus de furor! Seres completamente nuevos para nosotros, imprevistos, recordando esas caretas guerreras que tienen la mueca de la muerte, y de las cuales los japoneses han tomado sin duda el modelo entre ellos mismos en alguna parte.

Era sencillamente que los dos franceses habían dado un puntapié al perro de uno de los vendedores, pues el can los quería morder: en el acto, necesidad inmediata de revancha nacional contra los dos extranjeros... La tranquilidad, un poco desdeñosa de los atacados, nuestra llegada también, pues éramos conocidos por ser compradores bastante razonables, impidió el escándalo de llegar hasta los puñetazos: sin todo eso, hubiéramos sido ciegamente maltratados por la turba y no menos ciegamente arrastrados a la prevención por una pareja de seguridad, igual que ocurrió la semana pasada a los oficiales de otra flota europea.

Esta raza, arrogante y llena de misterio, oculta bajo su graciosa apariencia externa un rencor feroz por los hombres de raza blanca.

¿Podría uno imaginarse que uno de los motivos de envidia a los europeos es el no poder usar lentes, a causa de su cara achatada? Así que, los elegantes, entre ellos, se apresuran a llevar lentes, aun cuando no los necesiten, en cuanto sienten en medio de la cara un pequeño indicio de algo que les permita encajárselos allí.

XXI

VIERNES, 25 ENERO

HACE algunos días que el templo del Zorro se ha convertido en uno de mis lugares de peregrinación habitual.

Un camino de verde sombra, en un repliegue de la montaña, os conduce allí, trepando como una escalera, hasta el borde de una pequeña cascada cristalina y caudalosa. Hace quince años se dió el caso de que viviera en Nagasaki todo un verano sin conocer dicho templo, y tampoco esta vez lo hubiera descubierto sin los emblemas religiosos escalonados a diversas alturas entre las ramas, a lo largo del sendero casi clandestino. Estos emblemas son unos zorros blancos, sentados sobre unos zócalos —unos zorros fantásticos, claro es, zorros deformados por la imaginación japonesa y traducidos bajo los rasgos de unos animales flacos con orejas de murciélago, enseñando los dientes con una sonrisa espantosa como las de los muertos, o bien son frágiles pórticos de ebanistería, pintados de rojo y cubiertos de inscripciones negras, a veces espaciados al azar—, y otras, tan

aproximados, que forman una especie de bóveda rojiza bajo la otra bóveda tan verde de la fronda. Algunas casitas se hallan también situadas en el recorrido: humildes tiendas de pebetes de incienso para el templo y de bombones para los niños que suben en peregrinación, o bien unos zorros pequeñitos de escayola, como el dedo de grandes, pero tallados conforme al modelo de los del camino y mostrando el horrendo rictus que es del caso. Por todos lados ramas colgantes, musgos, helechos, bellos naranjos mandarineros plagados de sus frutos de oro, que acaban lentamente de madurarse al sol invernizo. Peñascos pelados, redondeados por la acción del tiempo y que están veteados de imperceptibles líquenes, en la sombra, de suaves y raros matices: verdes cenicientos y grises que tiran a color rosa. Y de trecho en trecho, colocado sobre alguna piedra vetusta, un templo en miniatura del tamaño de un teatro Guignol, muy viejo también, muy roñoso; pero teniendo sus emblemas enigmáticos, sus zorros blancos y las primicias de los arrozales, en manojos portados como ofrenda. La cascada, por lo común oculta en profundas cuencas, os acompaña con su ensordecedora cantata, en tanto que va uno subiendo, bajo la enramada, por el sendero abrupto o por los peldaños desgastados.

Por último, aparece el propio templo delante de un fondo de grandes árboles. Un templo bastante pequeño, pero ¡tan raro! Todo abierto como un túnel, muy sencillo, igual que todos los santuarios de aquel Dios, y desprovisto de todo ídolo

de forma humana. Es de madera vieja, sin duda alguna, pero de una edad indefinible: tan bien se le ha conservado, tan cuidadosamente han sido lavadas sus paredes y sus columnas. En medio, desciende del techo, como una araña de cristal, una enorme campana, también de madera, en la cual llaman los fieles así que llegan, con objeto de que Dios, que acaso esté en disposición de darse un paseo entre las nubes, sea advertido de que alguien está allí y de que se le pide audiencia. Alrededor, los hombres han cuidado esta Naturaleza, casi demasiado bella ya por sí misma, con algo más bonito aún, más complicado sobre todo, añadiendo peñascos a las peñas, creando artificialmente arroyuelos para tender puentes sobre ellos. Las hierbas, muy delicadas; los musgos, toda la exquisita flor salvaje de aquí, aportan su encanto íntimo a estos artificios, que no dejarían de ser pretenciosos en nuestros países. Por lo demás, este templo, esos objetos simbólicos de una sencillez desconcertante que se perciben en lo hondo, sobre el altar, impregnan el jardín desierto de un no sé qué de gusto japonés, indecible y trascendental.

Y por encima de todas esas cosas se yergue la montaña con sus tapices de verdura.

Precisamente en frente del santuario está medio disimulada entre los árboles, gentil y vetusta, una casa de té. Se llega allí por un puente de granito recubierto de liquen, que salva un torrente, y junto al cual, dentro de una amplia jaula, están inmóviles dos grullas blancas, de las gran-

des, con moñete encarnado: sagrados huéspedes del templo, no hay que decir, pero cautivas muy melancólicas.

La propietaria de esta casa de té, más bien modesta y de poca clientela, se llama Cigüeña. Por más que esta dama cuente sin duda unas diez primaveras menos que madama Endrina, es de una madurez contundente; pero no ha abdicado del todo aún, y yo voy día tras día a convencerme de que el tiempo también le ha dejado a ella ciertos atractivos.

Tan pronto como me divisa, al borde del verde sendero, la señora Cigüeña se prosterna y afecta una expresión de éxtasis que parece decir: «¿Daré crédito a mis ojos? ¿Qué favor inesperado me envía el cielo?»

Es para mí un deber saludar a mi vez cumplidísimamente, antes de tomar asiento en las esterillas blancas, en la galería orlada de plantas que se mustian a la sombra de tantos árboles, y donde florecen lánguidamente algunas rosas pálidas de invierno.

Madama Cigüeña, después de nuevas reverencias, me presenta en seguida a la gata de la casa que honro con mi amistad: una tal Sato, damisela gatuna de seis meses y de piel gris, que conserva el carácter retozón de la infancia. En seguida me sirve mi taza de té azucarada siempre en su punto. Y después los bombones que más me gustan y dos finos palillos de madera para cogerlos. Aparte de algunos peregrinos que vienen aquí a reponerse después de las genuflexiones a que les

obligan los ejercicios religiosos, demasiado prolongados en el templo, soy casi siempre el único parroquiano de esta dama, lo cual favorece nuestras largas entrevistas a solas.

En el sendero inmediato no hay nadie tampoco y nadie pasa, si no son algunos aguadores atléticos y medio desnudos que de vez en cuando descienden llevando apoyados sobre el hombro, en la punta de un palo, unos cubos de madera, llenos de agua en los claros manantiales de la montaña. No se oye otro ruido que el de las sutiles cascadas perlinas que bajan brincando entre la hierba; o bien el discreto removerse de los pájaros entre las ramas, entristecidos porque sigue siendo incoloro el sol de enero.

El lugar es apacible, exótico e ignorado. Se aspira el olor de las hojas muertas y de la tierra húmeda. A pesar de la jovial presencia de esta dama, se impregna uno aquí del estilo japonés especial que emana del templo de líneas sencillas, y que es un estilo elevado y sereno.

Se presienten espíritus flúidos totalmente desconocidos, que vagan bajo la bóveda de las frondas, y que discurren en lo mas íntimo de los grandes pedruscos redondeados. Y la caída de la tarde os produce en este rincón del Japón un leve terror lleno de encanto, del cual en vano se busca el sentido inalcanzable.

Al abandonar la casa de té, continúo subiendo, con frecuencia, por el sendero ascensional, hasta el punto donde termina en la espesura. Emergiendo del suelo, sobre piedras musgosas, aún se ven

dos o tres de esos viejos templos como de muñecas, inquietantes de hallar a pesar de su pequeñez de juguete de chiquillos; pero los helechos, las raíces, se enseñorean cada vez más en la noche verde que se intensifica; y no tarda todo en perderse en el fondo de los bosques, donde los capullos de las camelias salvajes, más retrasadas que las de los jardines de allá abajo, apenas empiezan a colorear...

Para hacer un completo examen de conciencia, me veo obligado a confesarme que estoy haciendo un poco el cadete con la señora Cigüeña...

XXII

JUEVES, 31 ENERO

PARECÍA una cosa segura, puesto que se había acabado la guerra, que nuestro gran acorazado iba a emprender la ruta de Francia y que, después de hacer escala en Indo-China, nos retornaría a nuestras casas hacia el hermoso mes de junio. Claro es que existía la ligera tristeza de abandonar bien pronto este buque, esta vida de a bordo con buenos camaradas, este divertido país; ver acabarse para siempre este período especialísimo de nuestra existencia; pero todo eso se anegaba para nosotros en el júbilo del retorno.

Y he aquí que hoy el correo de Francia nos trae una contraorden desoladora: ¡permaneceremos dos años en los mares de la China! Tan pronto como se inicie el deshielo en la entrada de Peïho, nos veremos forzados a retroceder hacia el Norte de China y de reanudar, bajo el sol perjudicial, el duro oficio del pasado otoño; proveer a la repatriación del Cuerpo expedicionario, reembarcar en buques de transporte, probablemen-

te con la mar alborotada, los miles de hombres y el material que tanto trabajo nos costó ya depositar en la costa...

En un minuto, la noticia, escuchada por unos marineros a través de los cortinones de damasco rojo en el aposento del almirante, ha sido propagada en voz confidencial, casi silenciosamente, entre todo el equipo, sembrando la consternación de arriba abajo en el *Temible:* desde los puentecillos donde viven, catalejo en mano, los timoneros encargados de espiar lo más lejos posible las cosas de afuera, hasta los pobres muchachos, pálidos como mineros, que habitan y trabajan bajo el nivel del agua, entre engranajes de hierro, en medio de las recónditas entrañas del barco, en la oscuridad y entre el olor de los aceites de engrase.

¡A errar dos años más por los mares de China! Mandados de Francia a toda prisa, al anuncio de cómo iban las cosas en Pekín, todos pensábamos que la campaña duraría seis meses apenas. Nosotros los oficiales partimos voluntariamente, pero no así los marineros. Forzados a aceptar éstos su destino imprevisto, habían dejado en suspenso sus humildes asuntos: bodas, bautizos, arreglo de intereses, convencidos, por otra parte, como nosotros, de que íbamos a volver pronto.

¡Y ahora salimos con que va a durar esto dos años!

¡Por lo pronto, va a ser preciso pasar todo un mortal verano en las aguas abrasadoras e infectas de la embocadura de Petchili, estar allí encerrados

en un recinto de hierro donde se respira por agujeros, no salir de la asfixiante mansión más que para errar angustiados en medio de las olas, bajo un cielo aplanante! Pronto volverán las disenterías, eso es inevitable, las calenturas; y no hay duda de que más de uno irá a pasarlo, o a morir, a algún hospital de la costa china... Tal es la orden, sin compasión, que nos llega. ¡Adiós el regreso!

Para reflexionar sobre este cambio de mis días venideros e intentar someterme, hubiera querido irme allá arriba, a la cima de la exquisita montaña de los cementerios, mi lugar predilecto de meditación, y sentarme ante el sol poniente. Pero cae una lluvia menuda de invierno muy fría, que barrunta nieve. A falta de cosa mejor, iré a la casa de té, donde mis juguetes acostumbrados, mis dos muñequitas de música, entre las paredes de papel me distraerán con sus caretas y una guitarra.

Nunca me había parecido tan melancólica la sala blanca y desierta de delgadas paredes, donde me encuentro una hora después, con las piernas cruzadas sobre un cojín de terciopelo negro. La señorita Matsuko, la guecha, que no se toma ya el trabajo de acicalarse gran cosa en honor mío, llega pronto, modestamente vestida de crespón gris perla; se sienta en el suelo, gentil y enfurruñada; luego comienza, con aire resignado, a rasguear las cuerdas de su mandolina con una espátula de marfil. En el silencio, en la luz gris, ya crepuscular, una musiquilla brota y llora enton-

ces, tan triste que dan ganas de llorar también, tan rara que da calofríos, esperando que aparezca la otra, la que es medio hada y medio gato, la señorita Lluvia de Abril con su falda larga y sus reverencias.

He hecho mal en venir aquí: esto es más triste que mi cuarto del *Temible*. El son de esta guitarra se diría que es el cántico de un insecto de invierno encerrado en una jaula de papel, un insecto de un país muy lejano, cuya aguda voz evocara un mundo desconocido; la oigo sin prestar atención, pero eso basta para mantener en mí esta noción de exotismo extremado que aviva mi nostalgia.

¡Luego entonces, dos años en los mares de China! Se acabaron, ¡ay!, los días en que yo estaba angustiado durante el curso de la campaña demasiado larga, por el temor de no volver a ver el rostro venerado y querido de aquella con quien, desde la infancia, se relacionan tantas cosas, aquélla que nadie en el mundo podrá suplir... Aquel temor es hoy una certidumbre, sobre la que ha empezado a sobrevenir hasta un poquito de resignación. Desde ese punto de vista, poco importa al presente la duración de la ausencia, puesto que no la volveré a ver nunca en ninguno de mis retornos... Sin embargo, aún me unen a mi hogar estrechos lazos, y por otra parte, los años que cuento ya van siendo muchos para que pierda el resto en destierro...

La guecha, que se aburre visiblemente, se levanta: deja su larga guitarra y se pone a andar, graciosa e indolente, tan ingrávida, que ni siquie-

ra parece percibirla el suelo..., esas tarimas tan delgadas que hace poco gemían bajo las pisadas de las sirvientes cuando nos han servido el refrigerio. Y en el momento en que ha cesado la música monótona, yo pensaba en cierto jardín arcaico que está situado a nuestros pies, al otro lado de la tierra, y que en mi infancia representaba para mí el mundo entero. En el crítico instante en que el insecto de invierno ha cesado de cantar, era aquel jardín lo que yo evocaba, aquel jardín con sus parras, sus vetustos árboles y sobre todo un granado plantado antaño por mi abuelo, y que cada mes de junio, desde hace cien años, esparce la lluvia de sus pétalos rojos sobre la arena de una avenida. No será, pues, la primavera próxima cuando volveré a ver aquella alfombra de flores bermejas, ni siquiera en la primavera siguiente: tal vez no la volveré ya a ver nunca...

La guecha, por hacer algo, entreabre uno de los bastidores de tela y de papel por donde nos llega la luz pálida: «¡Anda —dice—, si hay nieve!» Y vuelve a cerrar aprisa el bastidor transparente, que ha dejado penetrar un soplo de hielo en la sala, ya tan fría de por sí. He tenido tiempo de percibir la nieve durante ese instante en que ha estado entreabierto el bastidor: albos copos que caen con lentitud, haciendo remolinos en un cielo muerto, sobre un tejado japonés de tejas pequeñas y redondas color gris negruzco.

¡Ea, no es posible permanecer aquí; esto es ya inaguantable!

Afortunadamente, he aquí la diversión necesa-

ria: pasos de niño en la escalera, frufrús de seda: ¡mi gatito que viene!

Aparece la diminuta señorita Lluvia de Abril, estupenda como de costumbre, con su faralá, frágil y como inconsútil, empaquetada en sus telas de grandes rameados. Va vestida de dama de otros tiempos y lleva un inmenso abanico de corte. Saluda, da algunos pasos, saluda de nuevo, se adelanta otro poco, y mientras se prosterna, esta vez para hacer una solemne reverencia a la antigua usanza, una imperceptible expresión de picardía pliega el rabillo de sus ojos oblicuos; su boca se entreabre para dejar exhalar el maullido de un gato, tan bien imitado, tan imprevisto, que rompo a reir...

—¡Oh!— indica la señorita Matsuko intencionadamente—. Hace tres días que viene preparándolo para distraer a tu señoría... Ha ensayado varias audiciones con el señor Swong, su gran gato montés.

—No hagas caso, hada menuda... Era lo que hacía falta: has conseguido distraer a quien te paga por eso y es él quien lo agradece.

»Ahora, allá tras de ti, está la luz eléctrica: vuélvete y da luz: estará esto menos lúgubre. Y después comienza alguna de tus danzas o de tus pantomimas...; por ejemplo, la del pescador dormido hace cien años en el fondo del mar: ya sabes cuál: esa que exige en el último cuadro una careta de viejo, lívida y con una barba como hecha con algas blancas.

***

De noche, a bordo, mientras que cae abundantemente la nieve del cielo nocturno, recibo la visita de algunos marineros amigos míos, en demanda de informes más precisos sobre la consternadora noticia y guardando una leve esperanza de que yo acaso la desmienta, de que les tranquilice un poco.

En último término, llega una especie de gigante bretón, con hermosos ojos de una triste dulzura, profundamente sumidos bajo una frente ancha y arrogante. Iba a casarse este hombre dentro de un mes, cuando el buque, que parecía destinado a una larga permanencia en Francia, recibió la orden imprevista de hacer la campaña en China. Al anuncio del regreso, este marinero había empleado sus ahorros en comprar una pieza de crespón blanco para el vestido de novia, y diferentes caprichos japoneses a fin de adornar su vivienda. Pero ahora, en medio de su consternación infantil, una de las cosas que más le atormenta es el temor de que todo eso se estropee, durante dos años, en la bodega húmeda, y me pregunta tímidamente si no podría yo guardar el paquete, caso de que no me estorbe demasiado, en un rincón de mi camarote.

¿Cómo rehusarle este consuelo? Sí, por cierto; aunque ya esté tan aglomerado de cosas hasta el punto de no saber qué hacer con ellas, daré hospitalidad a la linda pieza de seda blanca y a los modestos regalos de boda.

XXIII

1 FEBRERO

Cediendo a las lágrimas de la señora Endrina, me dirigí de nuevo ayer a la policía nipona para hacer presente a los señores agentes que no se trataba en absoluto de una emigración, sino de una sencilla visita de cortesía, y que al cabo de una o dos horas reintegraríamos estas damas, intactas, a sus hogares. En vista de ello se han disculpado por la ofensiva equivocación y hoy hemos tenido el gusto de recibir a nuestras visitantes, bajo un sol primaveral.

Dos barcos, que parecían transformados en dos naves de Citeres, nos las han conducido, radiantes de seducción y de gracia, a cosa de las tres de la tarde, para tomar el té.

La señora No me olvides, no obstante, como madre prudente, ha preferido esta vez no llevar a sus hijas: pero tuvimos a madama Endrina, rodeada de un enjambre de guechas jóvenes. Una dulce alegría del mejor gusto no ha dejado de reinar durante toda la visita de dichas damas. Se habían emperifollado de un modo galante en extre-

mo, y en particular el peinado de la señora Endrina, amplificado a conciencia por hábiles postizos, quedará en todas las memorias. Para dar más sabor picante a esta reunión, mis camaradas se han procurado algunas de esas golosinas japonesas, compuestas con tanto ingenio—podría decirse que de carácter alegórico—, que representan, bien objetos usuales, bien las partes más diversas del organismo humano; las habían elegido especialmente, claro está, para la principal invitada, y con tanta delicadeza por lo demás, como tacto y discreción...

XVIV

2 FEBRERO

Así, pues, nos quedamos aquí hasta primavera, es decir, cerca de dos meses todavía, porque sin duda será menester el sol de invierno para fundir allá lejos los hielos que nos cierran la siniestra entrada de Peïho.

Y la primavera de este año apenas si se anuncia aún en la bahía, tan recogida, tan defendida contra los vientos del Norte, donde se abriga nuestro buque.

Por el contrario, estamos más que nunca en plena temporada de borrascas y de nieves. Luego todo este Japón, tan distraído cuando hace sol, se pone que da lástima en cuanto está transido y lleno de charcos y de barro. Por si es poco, la gente se muere como moscas en Nagasaki estos días: desde que asoma el sol de invierno, las pintorescas comitivas de los señores muertos y de las señoras difuntas se apresuran hacia la necrópolis de la montaña: a veces se encuentra uno con dos o tres a un tiempo que se tropiezan frente a frente

en una explanada y cambian supremos cumplidos como tratando de ver quién es el que pasa el primero; dificultan la circulación y hacen detenerse por docenas los vehículos de mano, salpicados de lodo. Al frente van siempre unos cuantos bonzos con bonete arcáico, traje oscuro y sobrepelliz de viejo brocado de oro. Inmediatamente después va el héroe del desfile, el propio muerto, reducido a su más simple expresión, llevado en hombros dentro de una urna pequeña siempre parecida, trabajada en ebanistería con finas maderas blancas. A hombros, igualmente, van varios jarrones de madera, de donde surjen, dominando a la muchedumbre, fantásticas plantas artificiales: lotos gigantescos de pétalos de plata, sauces del Japón de hojas encarnadas, cerezos o melocotoneros cubiertos de flores. Después, el grupo de las damas o de las musmés vestidas de blanco de la cabeza a los pies en señal de duelo. Y, por último, la parte altamente cómica del cortejo: los hombres con vestidos de seda y sombreros hongos, algunas levitas, muchos anteojos y sobre todo anteojos azules, siempre inestables en estos rostros demasiado chatos. Cuando sobreviene un chaparrón se abren los paraguas, unos paraguas horribles como los que usamos nosotros; y, de trecho en trecho, algunos otros del Japón, hechos de papel encolado, pintarrajeados de flores y cigüeñas alzando el vuelo, en esta nota más alegre que aún conmueve a la señora Endrina recordándole a su muerto.

Todo esto se dirige hacia las pagodas y la montaña: por los senderos húmedos y resbaladizos va

trepando todo este cortejo en medio de viejas tumbas, que ofrecen su encanto en hileras bastante nutridas.

De lo que mueren sobre todo estos pobres hombrecicos es del pecho; los mismos campesinos, esos campesinos japoneses tan fornidos de lomos, tan bien plantados, con músculos de atletas, se van a causa de dicha enfermedad, desde que el americanismo les obliga a vestirse, en lugar de vivir desnudos como sus antepasados.

XXV

3 FEBRERO

Aún hay nieve y el cielo está bajo y plomizo. Esta tarde, en la colina, donde está el barrio europeo, que frecuento poco, he caminado por un camino espolvoreado de blanco, y por lo demás, cuidado, bien derecho, bordeado de consulados; se creería uno en Europa, a la caída de una noche de invierno, si no fuera por unas cuantas musmés extrañamente arrebujadas que se encuentra uno de vez en cuando y que nos recuerdan que estamos en un país remoto.

Iba yo al hospital ruso a visitar a un oficial de un regimiento de Grogno, herido en Mukden. Cerca de su lecho velaba un hombre joven con el traje de enfermo, con quien he hablado desde el comienzo, sin mediar presentación; evidentemente, otro oficial de elegante aspecto y rostro fino muy francés, y hablando nuestra lengua con un imperceptible acento español. Era don Jaime de Borbón, hijo de don Carlos, y pretendiente car-

lista al trono de España. Alistado en la Armada rusa había pedido ir al Extremo Oriente para guerrear, por una humorada francesa, y a la sazón se encontraba allí convaleciente de un grave tifus adquirido en la Mandchuria.

XXVI

5 FEBRERO

En casa de esos chamarileros, que cada día pululan más en Nagasaki, los objetos más extraños se hallan juntos, aun mediando a veces entre ellos un intervalo de mil años; pero se les ve reunidos en anaquelerías muy pulcras bien sacudido el polvo y apenas deslucidos por la cendra de los siglos.

Una porción de restos del palacio imperial de Pekín, cogidos y revendidos por soldados, han venido a parar así a estas tiendas: bronces, jaspes, porcelanas. Y los vendedores, nada más que por el precio que piden, nada más que por su tono respetuoso al decir: «esto viene de China», rinden todos un homenaje involuntario al arte de este país, ese arte típico y primordial de donde deriva el arte japonés como una rama particularmente graciosa, pero frágil y de una pálida tonalidad, que hubiera brotado de un gran árbol exuberante. La profusión y la magnificencia de sus maestros chinos, estos pequeños insulares de enfrente, las

han sustituído con la elegante sencillez y la precisión minuciosa; a la franca orgía de colores, al deslumbramiento de los verdes combinados con los rosas, oponen los matices difuminados graduales y como desvanecidos. Y por último, para los palacios y los templos, en lugar de ese perpetuo refulgir de oros rojos que constituyen la obsesión de un extremo a otro de la China, han adoptado las lacas negras bruñidas como espejos, las maderas sin pintar, finamente unidas como las piezas de un reloj, y los bastidores de impecable papel blanco.

Entre tantas tiendas sorprendentes, las que a mí me dan más que reflexionar, en una calle que apenas conocen los extranjeros, son esa especie de tinglados polvorientos donde se amontonan las armas viejas, las corazas viejas, las antiguas máscaras de acero, todo el atalaje para causar pavor que servía en las antiguas batallas, así como las banderas de los samurais, sus emblemas de contraseñas, sus estandartes. Sobre los fantasmas de unos maniquíes que ni siquiera se tienen ya de pie, reposan armaduras escamosas, medias caras peludas, caretas que se mofan de la muerte. Una balumba de objetos empecatadamente malignos que, a nuestro juicio, no se parecen a nada conocido, de tal suerte que se les creería caídos de algún planeta lejano. Ese Japón, medio fantástico, súbitamente derrumbado después de milenios de duración, yace allí en un revoltijo, y continúa produciendo un vago horror. Así, los padres o los abuelos todo lo más de esos soldaditos de hoy, tan

deliciosamente correctos con sus uniformes de Occidente, se disfrazaban aun de monstruos de pesadilla hace cincuenta años, apenas cuando nadie hablaba de ir a batirse; se ponían estos cuernos, estas crestas, estas antenas; parecían escarabajos, hipocampos, quimeras; por los agujeros de esas máscaras de gestos feroces brillaban sus ojos oblicuos y salían sus gritos de furor o de agonía... Y era en los valles o en los campos de este bello país verde donde tenían lugar aquellas escenas únicas en el mundo: los encuentros y las luchas cuerpo a cuerpo de los ejércitos rivales, vestidos con este arte demoniaco, en tanto que los grandes sables tan afilados, sostenidos con las dos manos, al extremo de los brazos musculosos y cortos, describían en el aire sus remolinos y después hacían por todas partes cortes sangrientos, cercenaban a un tiempo los cascos de cornamenta y las testas enmascaradas.

Sea cual fuere el cambio radical sobrevenido en nuestros días en los trajes y las armas por el influjo de Europa, un pueblo que ayer aún ha soñado y confeccionado tales horrores debe tener de la guerra una concepción horrible, cruel y sin piedad.

XXVII

7 FEBRERO

Ya llevamos dos meses en el Japón, y Nagasaki me ha vuelto a ser familiar como si nunca hubiera dejado de vivir en él. Entre esta estancia y la primera existen lazos que se estrechan cada vez más, que a veces arrojan como en un retroceso, a un segundo término, los quince años de intervalo. Mis compañeros de destierro se japonizan también de día en día sin darse cuenta. Se habitúa uno al acorralamiento de estas montañas y a las desigualdades de sus cimas; no se encuentran ya sus crestérías tan singulares ni tan japonesas. Se habitúa uno a estos bosques suspendidos alrededor, a estos tapices de verdura extendidos por todas las cuestas desde el cielo hasta el mar, a todo este paraje, que es casi demasiado bonito y al que las brumas rosadas de las mañanas de febrero deforman y complican a menudo hasta la más encantadora inverosimilitud. Se circula ya por esta ciudad como en la propia casa de uno, entre esta confusión de casitas de madera y de papel, tan monas como si fueran juguetes de niños.

Al pasar por las calles se recogen de aquí y de allá las sonrisas y las reverencias de una porción de musmés que os conocen; se tienen ya amigos y amigas entre esta gentecita al pronto acogedora y fácil, pero de alma hermética exclusiva, enemiga y vanidosa.

Y nada indica aún la primavera que nos hará abandonar este país para enviarnos a la fuerza a las costas de esa China enorme y fúnebre...

He cometido un error, en verdad, hace quince años no casándome cuanto antes con mi suegra, la señora No me olvides. Cada día aumenta mi pesadumbre de haber sido tan ingrato. Ella misma, si no me engaño, lo deplora secretamente; y hoy que lo irreparable está realizado entre nosotros, no deja en modo alguno de tratarme como yerno, para mantener al menos este lazo a falta de otro mejor.

Con estas frías lluvias de invierno paso en su casa horas nostálgicas oyendo llorar su larga guitarra en el silencio de la mansión, en el eterno crepúsculo de sus bastidores de papel, ante sus peñascos reverdecidos a la sombra, sus árboles enanos que no han debido crecer desde hace un siglo, su jardín de muñecas, entre cuyos muros cae a plomo un día gris... ¡Oh! Este jardín de mi suegra, cuyo sólo aspecto me daba ya el *spleen* tiempo atrás, bajo el sol de agosto. ¿Quién podrá expresar su melancolía bajo la pálida luminosidad de febrero?... En el fondo del aposento donde se está sentado más en la penumbra, oyendo la cantilena de misterio escapada de las delgadas cuerdas, se

percibe desde la galería una especie de lugar salvaje que al primer golpe de vista os desconcierta por lo que tiene de desproporcionado, de poco natural. Se trata de viejos árboles de verdad sobre peñascos; es un verdadero panorama agreste visto a través de un anteojo graduado para las perspectivas.

Sin embargo, se aseguraría que todo es pequeño y que está muy cerca. ¿No será más bien una decoración romántica recortada y pintada para un teatro de fantoches sobre el cual un reflector dejara proyectar una luz verdosa? Ni un rincón del verdadero cielo se descubre por encima de este paisaje reducido; pero el muro del fondo, de un gris difuso, a medida que cae el día acaba por no tener ya el aspecto de un muro; finge a la vista como nubes abigarradas o tenues que se agruparan sobre un mundo marchito a fuer de antigüedad y que hubiera perdido su sol. Todos los jardines de Nagasaki no conducen tanto al fastidio como éste; pero todos ellos son pacientes reducciones de la Naturaleza: árboles enanos deformados durante largo tiempo y montañas enanas con templos de un pie de altos que tienen aspecto secular. ¿Cómo conciliar en el alma japonesa esta predilección atávica por todo lo que es minúsculo, juguetón, pretenciosamente gentil; cómo conciliar, digo, todo esto con ese otro gusto trascendental de lo horrible, esa concepción diabólica de la batalla que ha engendrado las caretas y los cuernos de los combatientes, todas las horripilantes caras de las divinidades y de los guerreros?

¿Y cómo poner de acuerdo este exceso de cortesías, de sonrisas y de saludos, con la aspereza nacional y el rencor orgulloso contra el extranjero?

Los tés de las cinco en casa de mi suegra son muy concurridos y muy selectos. Mientras que el canto de la guitarra brota tristemente o gime hasta desgarrar el alma, unas cuantas vecinas ceremoniosas llegan de puntillas, musmés frágiles como figulinas de porcelana; se sientan en cuclillas, sin ruido, al lado de mis jóvenes cuñadas para escuchar la música o aceptar un dulce, que cogen con el extremo de los palillos. Sus oblicuos ojos de almendra, tan entornados que dan ganas de abrirlos un poco, rasgándolos con un cortaplumas, se asemejan a los de las gatas cuando entornan los párpados en perezoso mimo. Sus hermosos moños compuestos y relucientes hacen que sus cabezas parezcan demasiado grandes en los delgados cuellos, sobre los hombros delicados... Y este es el pueblo extraño que pretende batirse ferozmente con la inmensa Rusia; los maridos, los hermanos de estas porcelanas de Sajonia, quieren afrontar los ejércitos del Zar. No vuelve uno de su asombro ante tanta confianza y audacia, sobre todo cuando en la calle se ven pasar esos soldados, esos marineros japoneses tan pequeñitos y tan atildados, con imberbes caras de bebés amarillos, al lado de los fuertes y robustos mozos rubios que componen las tropas rusas.

Mitad lobos, mitad corderos, ante las tazas de fina porcelana azul y los platos en miniatura, esta

menuda sociedad sigue sentada en el suelo, inmóvil a causa de la guitarra, que la encanta, e hipnotizada por el paisaje artificial cada vez más desvanecido, sobre el cual cae con frecuencia un poco de nieve, nieve de veras cuyos copos parecen demasiado grandes para los árboles que los reciben. La señora No me olvides, la notable guecha de años atrás, recupera durante estas horas grises su energía y su encanto. Como la ocurría a su hija Crisantemo, se verifica un cambio en la expresión de su rostro, que poco a poco se ennoblece; sus ojos ya no son ni pueriles ni están tan entornados: reflejan insondables ensueños de la raza amarilla donde se adivina una energía feroz y que desconciertan vuestras apreciaciones anteriores sobre este pueblo reidor.

En otros tiempos sufrí a modo de un comienzo de iniciacion en esta música lejana, que las primeras veces no me parecía más que una confusión de sonidos incoherentes y discordantes: de noche en noche va adueñándose más de mí: me hace estremecer casi tanto como nuestra música, con un estremecimiento más incomprensible, es verdad, cuando esta mujer, con los ojos en blanco, agita febrilmente sobre las cuerdas la espátula de marfil; se diría que la sombra de los mitos religiosos, mal encerradas en los vecinos templos, viene a rondar en torno nuestro, detrás de esos viejos bastidores de papel que nos sirven de paredes lo bastante seguras; en la antigua casita, cada vez más envuelta en la bruma del crepúsculo y del invierno, se sienten pasar terrores de un orden descono-

cido... También hay momentos en que la melodía desciende a las notas extremadamente graves, se torna de pronto ronca, salvaje y tan primitiva, que sin duda ha debido ser transmitida hasta nosotros, como tantas otras cosas niponas, por los antecesores de nuestros antepasados, establecidos en estas islas en la aurora de los tiempos. Cuando al cabo se esparcen las tinieblas gracias a Dios, cuando no queda ya más que un resto de lívida claridad en la copa de los árboles enanos, para indicarnos aún las líneas del paisaje figurado, ved que la guecha envejecida no quiere que se encienda la luz: se siente acometida de fatiga, se siente mareada. La guitarra, que las damas sentadas continúan oyendo en la oscuridad, no produce más que leves sollozos sordos, entrecortados, notas intermitentes o que van espaciándose en grupos de dos en dos, de tres en tres. La guitarra expirante cesa de evocar los mitos invisibles, cesa de emocionar, de dar miedo: destila sencillamente tristeza, una tristeza indecible, que cae sobre nosotros como la lenta lluvia de un cielo muerto; a mí me habla del destierro, de los dos años de China que tengo por delante de mi camino, de la huída de la juventud y de los días: sobre todo me hace sentir hasta la angustia del aislamiento de mi alma de francés en medio de estas legiones de almas japonesas, extrañas, hostiles, que me tienen preso en este barrio apartado, al pie de las pagodas y de las sepulturas, ahora que llega la noche.

Y es la hora en que me dan ganas de irme. Es la hora en que siento una premura casi pueril, de

emprender mi camino a través de las callejas enlodadas, donde tantos faroles extravagantes, agitados por el viento de nieve, hacen reverberar los charcos: ganas de llegar lo antes posible a los muelles desiertos y lejanos, de meterme en una canoa que no dejará de ser sacudida en la noche por mil olas pérfidas..., de llegar por último a esa especie de islote blindado, a ese navío, que es un rincón de Francia y donde volveré a ver nobles caras de nuestra raza que tienen los ojos bien horizontales y abiertos.

XXVIII

10 FEBRERO

Entre otros encantos contra los cuales ha permanecido impotente la mano del tiempo, la señora Endrina posee de un modo irrefutable el de la nuca, de la caída de hombros y del nacimiento de la espalda.

Es verdaderamente una de esas mujeres que ganan con ser vistas de espaldas, sobre todo después que las pencas de su peinado han alcanzado, tal vez en honor mío, una amplitud que antes no tenían.

Me condujo esta noche a uno de los cuatro o cinco teatros de la ciudad, un vago presentimiento, sin duda de la buena suerte que allí me esperaba: era un teatro del género ligero, y se encontraba ya la sala atestada con motivo de las representaciones dadas por un cómico de moda, especialista incomparable para hacer el papel de maridos heridos por los infortunios. Se me había

hecho sitio, sin embargo, con bastante buena voluntad, a pesar de la actitud cada vez más arrogante que adoptan los nipones de hoy día frente a los extranjeros, y me había yo instalado en medio de la sala entre las compactas filas del público, sentado en el santo suelo.

Jamás se ve decorado alguno en estos teatros, de madera en bruto, de vigas sin cepillar, que apenas sostienen las galerías y el techo: una sencillez rústica de establo. Pero, desde un principio, me había parecido la concurrencia bastante selecta; no se veían por todas partes sino moños muy bien peinados, relucientes y como con barniz.

Poquísimos trajes de americana: los espectadores de ambos sexos iban vestidos, casi todos, con trajes de esos azules oscuros, o de esos grises, que son aquí las tonalidades que más se llevan. (Por el contrario de lo que imaginamos nosotros, no hay nada más severo de color que una multitud japonesa por la noche, salvo en circunstancias especiales de fiesta o de romería.) Cada familia tenía junto a sí una cajita de fumar, con ascuas en un braserillo, y un recipiente de forma graciosa, donde sacudían en común las cenizas de las pipas minúsculas. Había también una porción de chiquillos, de niños de pecho que sostenían las jóvenes mamás sobre las rodillas; tan pequeños, tan menudos, como hijos que eran de criaturas menudas de por sí; tan lindos, tan monos, que se les hubiera tomado por esas muñecas del Japón, tan esparcidas hoy en nuestros bazares de Occidente.

De pronto cautivaron mi atención dos damas instaladas delante de mí y que compartían la misma caja de fumar. Desde el primer vistazo las juzgué de la mejor sociedad: mucha dignidad en la postura y trajes de seda azul marino, que es, por excelencia, el color más en boga.

Una de ellas tenía además en los hombros y en la nuca como una gracia que ya había visto yo antes.

La comedia se desarrollaba en medio de risas aun contenidas y discretas: un ingenioso embrollo al gusto de Renard, una serie de desventuras irreparables que ocurrían a un pobre marido que se pasaba la vida buscando, palmatoria en mano, por todos los rincones de su casa seductores que no encontraba nunca. (Es curioso hacer observar que en ningún país del mundo despierta esta clase de infortunio la seria simpatía que merece.) Mientras que los demás actores se movían y andaban como todo el mundo, el marido de una esposa tan culpable, teniendo encendida su bujía sempiterna, daba saltitos continuamente al alegre compás de un tema siempre igual que la orquesta entonaba desde que dicho actor entraba en escena.

Las dos damas, durante todo el rato, no se removieron lo más mínimo. Pero, de pronto, la que tenía una nuca tan encantadora se puso a sacudir la menuda pipa en que fumaba, contra el reborde de la caja, con mano agitada y nerviosa: *¡tac-tac, tac-tac!* Y este ruido, que un oído poco atento hubiera confundido con los innumerables

tac-tac, tac-tac que producían los otros fumadores de la sala, tenía para mí algo de exclusivo, de cosa ya oída mil veces antes, durante noches de verano y días llenos de languidez. Esta vecina de enfrente me turbaba, pues, cada vez más... En esto, para desahogar mi curiosidad, me aventuré a rozarle ligeramente la columna vertebral con el extremo de un abanico, una de esas anodinas familiaridades que, en el Japón y con la mujer mejor educada, no sería tomada nunca en mal sentido.

¡No me había engañado: era la señora Endrina en persona!

Su compañera era mi suegra, la señora No me olvides. Y sometiéndome a sus amables instancias, me adelanté una fila para sentarme entre ellas dos.

La comedia continuó en medio de una hilaridad creciente, pero siempre de buen tono. El principal actor hacía gestos, que eran verdaderos estudios de gran arte, cada vez que olisqueaba en su hogar una nueva desventura. Yo miraba a menudo tras de mí a toda aquella muchedumbre en cuclillas vestida con trajes oscuros. Bajo el ébano de las cabelleras de pencas relucientes, todas aquellas caras de musmés tan redondas y tan pálidas, que de ordinario apenas tienen abiertos los ojos, parecían carecer de ellos en absoluto esta noche, de tan contraídos como estaban para reir; y los innumerables chiquillos, más pequeños y más monos que de costumbre, continuaban su sueño de muñecos en brazos de sus mamás.

Mi suegra, que en el fondo es una persona sincera, sin otro objeto en la existencia que dar a la patria el mayor número posible de ciudadanos y ciudadanas, se divertía francamente, sin dejarlo traslucir, de todos modos, más de lo que era razonable. Por el contrario, la señora Endrina, que desde su primera juventud se puede asegurar sin ofensa que ha coqueteado como las damas en escena, y casi se ha mofado sobre la cuestión tan seria de poblar el imperio, la señora Endrina parecía melancólica y lastimada. Aquel espectáculo estaba evidentemente mal elegido para ella, según comprendimos la señora No me olvides y yo demasiado tarde; la dama pudo encontrar allí alusiones molestas; además, viuda desde hacía poco tiempo, sin duda sufría en su culto por la memoria del llorado señor Azúcar al ver que el protagonista de la comedia producía aquella inexplicable hilaridad en el público.

El desgraciado esposo, por último, cansado de no encontrar nunca al culpable en el escenario, hizo irrupción en el patio del público, siempre palmatoria en mano, siempre saltando al mismo estribillo de la orquesta, y se puso a mirar en las propias narices, con un aire de feroz sospecha, a todos los espectadores varones sentados en la sala. Entonces aquello fué el delirio, el acabóse. Y todos los muñequitos, molestos por aquel tumulto, comenzaron a berrear abriendo sus ojos de azabache.

Solamente la señora Endrina seguía altiva y no regateaba ni mucho menos las censuras a la

comedia; aquello no estaba inspirado en la vida, no estaba vivido; y luego, seamos claros, ¿es que al señor Azúcar —que sigue siendo a sus ojos el ideal del género—, es que al señor Azúcar se le hubiera ocurrido ir a buscar así por todas partes con un farol?...

XXIX

12 FEBRERO

Nieve, todavía hay nieve, que no dura mucho tiempo en la tierra, es verdad, pero que todos los días durante unas cuantas horas basta para pintar de blanco los árboles, las pagodas, las casas!

Esta tarde, al anochecer, en el barrio europeo, a cien metros de altura, caminaba yo por un bello camino que estaba blanco, que estaba espolvoreado de escarcha como todas las cosas de alrededor. Desde distintos lados se veía desplegarse la lejanía de las montañas, la lontananza del mar, cubierto de barcos de guerra. Ni un soplo de brisa; la atmósfera, apenas fría de puro inmóvil. Un cielo bajo y plúmbeo; las montañas, plomizas también; todas las cosas terrestres cuajadas bajo las tonalidades de plomo y de tinta que da la proximidad demasiado deslumbradora de la nieve. Detrás de mí, la ciudad, en vías de una transformación asombrosa, encendía sus antiguos faroles al lado de sus bombillas eléctricas. En la rada, semejante a un gran espejo incoloro, los navíos, posados como insectos negros, encendían la lum-

bre para la noche; estaban inmóviles como el aire y como todo, pero aquélla parecía una inmovilidad de espera; se hubiera dicho que se recogían para próximos acontecimientos y batallas; tantos acorazados reunidos en el Extremo Oriente; tantos cruceros y torpederos pertenecientes a todas las naciones de Europa, daban a la noche, en medio de aquella calma consciente, el presentimiento de que se aproximaba en la historia del mundo algún suceso grave y decisivo...

Aquella ruta solitaria me conducía al hospital ruso, donde yo iba a recoger a don Jaime de Borbón, y de donde debíamos volver juntos a la ciudad de madera de cedro y de papel de arroz para una pequeña comida japonesa, íntima, con música de guechas y danzas de maikos, a la cual había tenido a bien convidarme su alteza.

Después que he dicho a este príncipe en nuestra segunda entrevista lo poco carlista que soy, me he encontrado con libertad de testimoniarle la verdadera simpatía a la cual tiene derecho en este momento por parte de todos nosotros. Es un francés, en resumidas cuentas; el otro día, a bordo, cuando fué a sentarse tan llanamente a nuestra mesa de marinos en campaña, ninguno de nosotros tuvo la impresión de que pudiera ser un extranjero. Además, en este momento es un francés perdido, como yo, en país amarillo, y un hombre que ha arriesgado por gusto, ante el fuego, su vida; un individuo que ha afrontado también el tifus chino, con el que ha corrido peligro de muerte.

Una hora después, en un gabinete particular de la «Casa del Fénix» —muy recomendada para las cenas delicadas de buena compañía—, nos acomodamos en el suelo don Jaime, otros dos invitados y yo, todos descalzos, con las piernas cruzadas sobre los inevitables cojines de terciopelo negro; y al punto se presentaron las eternas sirvientes, doblado el espinazo por saludos sin fin, para colocar ante nosotros en trípodes de laca tazones preciosos, ligeros como cáscaras de huevo, conteniendo una sopa de líquenes y algas en cantidad como de dos o tres cucharadas aproximadamente. Aquel gabinete particular era, como en todos los establecimientos de verdadero buen tono, un vasto aposento blanco y desmantelado, con alfombrillas impecables, de paredes desmontables hechas de papel pegado; no se veía ni un asiento ni un mueble, nada; solamente en un hueco de la pared, tan blanco como el aposento entero, un ramo raro y delicado, de un metro de alto, desbordándose de un preciado jarrón de bronce antiguo, dos o tres largas ramas, no más, de no sé qué flores exóticas de invierno, colocadas con una habilidad y una gracia como no se ve más que en el Japón.

Al comenzar la cena estábamos ateridos; cada uno intentaba sentarse sobre las puntas de los pies o frotárselos con las manos para evitar el entorpecimiento de los dedos. Poco a poco, sin embargo, los braserillos de bronce, ornados de quimeras y llenos de ascuas odoríferas que las musmés nos habían llevado, han comenzado a

esparcir un poco de calor, causándonos bastante pesadez de cabeza en el encierro tan hermético de los bastidores de papel.

A salto de mata, hablamos de mil cosas sentados sobre nuestros almohadones, de un negro fúnebre: de las provincias vascas, de Madrid, de la Corte de España, hasta de la historia de Francia y, no sé cómo, de la revocación del edicto de Nantes.

—¡Calla, es verdad! —me ha dicho de pronto el príncipe, riéndose—. Mi familia en aquel tiempo ha debido hacer sufrir bastante a la de usted.

Seguramente, en efecto. Pero, ¡eterno cambio de los destinos humanos!, este nieto de Luis XIV y este nieto de oscuros hugonotes que el rey Sol había perseguido desdeñosamente, están reunidos mano a mano, durante una comida elegante en el Japón, en una casa de té...

Esperábamos a las guechas encargadas para los postres. Estábamos ya en el *sakai,* el licor de arroz servido hirviendo en muy delicados jarros de porcelana con el cuello largo. Su alteza me había anunciado una maravilla de danzarina, de la cual no había retenido el nombre por estar él convaleciente desde hacía pocos días y ser aún novato en cosas japonesas.

—Está hecha de espíritu —me había declarado. Cada uno de sus gestos es espiritual.

Y, por aquella definición, me había parecido que tendría muchos puntos de semejanza con la señorita Lluvia de Abril.

Por fin se oyó en la escalera el crujidor revuelo de sus sedas y sus risas infantiles.

Hicieron su entrada y cayeron de rodillas con las naricillas achatadas tocando el suelo. Eran cuatro mujercitas primorosamente engalanadas, dos intérpretes musicales y dos bailarinas. Y la primera figura, la estrella, según acababa yo de adivinar, era la señorita Lluvia de Abril, el micifúz vestido, el juguete favorito de mis horas de murria.

La otra danzarina, una chicuela enclenque de doce años apenas, francamente iniciada en las artes del Conservatorio, se llamaba Jardín Florido; su nariz aguileña, su naricilla insignificante perdida en medio de su cara empolvada de blanco, sus ojos como dos pequeñas hendiduras oblicuas incapaces de abrirse y sus cejas delgadas, tendidas en medio de la frente, realizaban ese tipo ideal de la belleza japonesa, muy rara en la realidad pero divulgada entre nosotros por las estampas. Esta representaba sobre todo el papel de damas nobles de época antigua y llevaba un traje del tiempo antañón.

Danzaron como en una bruma lejana, entre el humo vago de las ascuas adormecidas; hicieron la pantomima de antiguas leyendas, con caretas bufas o terroríficas, al ritmo de la guitarra y de canciones tristes. No hablábamos ya casi nada, dulcemente fascinados por la actuación de aquellas pequeñas sacerdotisas de la danza, por el grupo fantástico y deslumbrante que formaban allí, en la albura desierta de aquel salón demasiado grande.

Sin embargo, al cabo del tiempo volvimos a

sentir frío, acompañado de algo de laxitud y de aburrimiento; había quien tornaba a frotarse los dedos de los pies o a resguardarlos lo mejor posible bajo el terciopelo de los cojines negros; había quien se dormía quizás. El príncipe propuso que se levantara la sesión y que regresáramos en los cochecillos arrastrados por hombres.

Afuera nevaba; una nieve nada cruel, lentos copos que parecían revolotear más que caer.

Para volver a nuestros refúgios fué preciso atravesar un barrio particularísimo que se encuentra siempre en todas las ciudades japonesas y que se llama el Yochivara.

En Nagasaki, el Yochivara es una calle larga, en cuesta tan pronunciada, que los remolques corren el riesgo de estrellarse al descender por ella. Por lo demás, una hermosa calle; a ambos lados y desde el comienzo al fin, nada más que casas muy hospitalarias, de grandes puertas abiertas, con vestíbulos galantemente iluminados con farolillos de colores. En cualquiera de estas moradas se puede estar seguro de percibir desde el primer instante —si dirigimos una ojeada a través de una ligera verja de madera— un salón de irreprochable apariencia, ornamentado con delicadas pinturas murales representando flores o bandadas de grullas volando en cielos de una suave tonalidad: allí, unas cuantas jóvenes con los ojos bajos, sentadas en círculo sobre esterillas, platican en voz queda o fuman inocentemente en pequeñas pipas, la ceniza de las cuales sacuden de vez en cuando, con tanta gracia como precau-

ción, en una linda caja destinada a este uso, haciendo *tac-tac, tac-tac* en el reborde del cenicero. Todas las casas de esta amable calle se parecen tanto por la disposición interior, como por el aspecto tan particularmente hospitalario. Todas, excepto una sola, una inmensa y suntuosa situada en lo más alto de la cuesta, se diría que para coronar el simpático conjunto; dicha casa está cerrada, o no entreabre su puerta más que con extremada circunspección. Excita sumamente la curiosidad aquella casa grande que está en lo alto, que aparenta no ser como las otras y que no obstante tiene todas las trazas de serlo... ¿Qué demonio podrá pasar allá dentro?

El Yochivara es, para decirlo de una vez, el barrio donde la animación y la dulce alegría exteriores se prolongan más por la noche, sobre todo en horas como en la que pasábamos, porque numerosos marineros extranjeros que invernan en Nagasaki han considerado como un agradable deber el hacerse presentar a aquellas damas. A la hora en que pasamos —las once de la noche, sobre poco más o menos— la fiesta cotidiana está en su apogeo, a pesar de la nieve, verdaderamente inofensiva, que nos hace más bien el efecto de que también ella se divierte. Circulan en profusión caballeros japoneses vestidos con trajes de seda o con encantadores trajes de terno, cubiertos, quién con un sombrero hongo, quién con un flexible de fantasía, y protegiendo casi todos su vista delicada bajo anteojos azules, que unos ganchos resistentes, pero casi invisibles, mantienen sujetos

por detrás de los orejas. Se ven también muchos marineros haciendo sus visitas en los típicos cochecillos, agrupados por naciones y transitando en fila: grupos de rusos, grupos de alemanes, etcétera —tengo el sentimiento de hacerlo constar— manifiestan su alegría de un modo quizás demasiado ruidoso, que corre el riesgo de no ser bien apreciado en este ambiente tan cortés y de arrojar un descrédito sobre nuestras educaciones occidentales.

¡Me parece que este grupo que se acerca ahora es de franceses! Una docena de marinos del *Terrible* con permiso para salir de paseo, sus cochecillos alineados como en la escuela de pelotón. ¡Y si no me engaño, el primero, aquel que dirige el cotarro, ojo avizor, examinando los números inscritos sobre los faroles de las puertas, es el 233, fusilero privilegiado: es Legall, mi ordenanza!

A pesar de la pureza de mis intenciones, confieso que me disgusta tal encuentro. ¿Está uno seguro nunca de no ser juzgado por las apariencias, sobre todo cuando se trata de espíritus poco cultivados, como debe de ser el del número 233? Sin embargo, en Nagasaki todo el mundo pasa por el Yochivara: las madres más timoratas atraviesan esta calle con sus hijas; es una arteria de comunicación muy confesable...

—¡Por el flanco derecho! ¡Alto! Manda 233, que, sin duda, ha encontrado al fin la casa amiga.

—Vaya, menos mal: no nos cruzaremos.

Después de apearse ágilmente entran todos, tratando, no sin cierto éxito, de hacer reveren-

cias con el más pronunciado sabor local, y todo esto ocurre en el momento preciso en que nosotros pasamos ante el vestíbulo, abierto de par en par.

Tengo, por consiguiente, la doble satisfacción de guardar mi incógnito y de asegurarme por la calurosa acogida dispensada que mis hombres han sabido crearse serias simpatías en estos salones.

En la primera esquina de la calle debo separarme del príncipe y de otros dos convidados a la comida, que han de regresar al hospital ruso, en tanto que yo me iré solitariamente todo a lo largo de los muelles hasta la escalinata de costumbre. Una vez allí despertaré, para que me conduzca a bordo, a uno de aquellos bateleros nipones que están metidos hasta la mañana en la garita de su barca.

Es cerca de media noche cuando llego a los peldaños de granito que descienden hasta el mar, y la nieve cae con más fuerza; la rada, llena de densas tinieblas entre las montañas de sus costas, parece un abismo de lo más siniestro. Llamo en la oscuridad:

—¡A ver, una barca!

De abajo responde una voz ahogada; después se abre una escotilla en una especie de pequeño sarcófago que flotaba sobre el agua oscura, y la cabeza de un batelero asoma iluminada por un farol.

—¿Para ir adónde?

—Allá, al gran acorazado francés.

Pero en tanto que parlamentamos, distingo una forma humana que yace en el suelo y sobre la cual ha caído algo de polvo de escarcha.

¡Un cuello marinero azul! Tal vez un marinero de los nuestros: a veces les ocurre. No; un aliado solamente. La cerilla, que arde medio segundo y que el viento de nieve me apaga en seguida, me muestra en un fulgor rápido la cara de un ruso con gran bigote rubio, borracho perdido. ¿Qué hacer con este pobre diablo, al que son capaces de ahogar miserables vagabundos japoneses, como ya se ha visto más de una vez, desde la llegada de las escuadras?... ¡Bien! He aquí ahora otras dos siluetas humanas que se dibujan y se acercan. Otros dos grandes cuellos a la marinera. ¡Ah! A esos los conozco: son dos del *Temible*. Van un poco bebidos, ganosos de volver a bordo, y no sabiendo cómo arreglárselas. Está bien; les haré sitio, pero llevarán al ruso, que, de paso, se depositará a bordo de cualquier barco de su nación.

Le descienden cogido uno por los pies y otro por la cabeza, mientras que el batelero, teniendo en la punta de una vara el globito encarnado de su farol, alumbra lo mejor que puede sobre los escalones, por donde se baja al borracho, esta escena de enterramiento.

Metámonos, pues, todos en lo hondo del sarcófago; cerremos sobre nuestras cabezas la escotilla, porque se hiela uno, y andando. ¡A la merced de Dios y del barquero; en marcha sobre las olas inquietas, en esta oscuridad infernal donde voltijean copos blancos!

XXX

FEBRERO

La señora Ichihara, la vendedora de monos, y su hija la señorita Matsumoto, regresaban hoy de un paseo por el campo, vestidas de seda clara, trayendo grandes ramas cuajadas de blancas flores: eran ramas de esos ciruelos silvestres que nosotros llamamos ciruelos de espino, y cuya floración en nuestros cercados y en nuestros bosques precede siempre a la primavera. (Desde hace unos quince días ando de galanteo con la señora Ichihara.)

Estas damas han estado a coger sus graciosas primicias en un valle resguardado, conocido de ellas solas. A sus amables instancias, he aceptado de sus manos algunas de estas novedades de la estación, que he instalado a bordo en jarrones de bronce, esforzándome en dar a los frágiles ramos una gracia japonesa.

En ninguna parte del mundo, las flores de los árboles precoces son esperadas con mas impaciencia que en el Japón: flores de cerezo, flores de

melocotonero o de albaricoquero, que todo el mundo coge a grandes ramos, sin cuidarse de los frutos por nacer, para ponerlas en remojo en floreros y deleitarse los ojos durante un día.

La señora Ichihara, mi nueva amistad, tiene un comercio de macacos domesticados, de esos grandes macacos de la isla Kiu-Siu, que muestran siempre despellejada y en carne viva la parte de su cuerpo sobre la cual se sientan. Esta dama, que debe ser contemporánea de la señora No me olvides, sigue siendo en su madurez una de las mujeres más guapas de Nagasaki: es lamentable que sus amigos tan singulares impregnen su ropa de un olor desagradable: la señora Ichihara huele a mono.

Cada vez que me da la vena de ir hacia la gran pagoda del Caballo de Jaspe, me detengo durante el camino en casa de Ichihara para flirtear un rato. Toda la planta baja de su domicilio está ocupada por sus numerosos huéspedes, los unos en jaulas, los otros simplemente encadenados y jugueteando a diestro y siniestro; al pasar por allí está uno siempre expuesto a cualquier jugarreta: una mano breve, ágil y fría se introduce entre dos barrotes y os atrapa la oreja, o bien un granuja de macaco colgado de una viga en lo alto, os echa en la cara el agua de su bebedero. Mas cuando se ha conseguido llegar al primer piso, por la escalera del fondo, se está a salvo en una especie de gabinete muy confortable, donde reciben estas dos damas.

La señora Ichihara, que se ha enriquecido con

los monos, ha añadido hace poco a su comercio un interesante ramo de antigüedades. Tiene sobre todo viejos marfiles, escabrosos o raros; y mientras la madre se dedica, como el que no hace nada, a prepararos el té, su hija no deja nunca de haceros admirar algunos de aquellos objetos: marfiles articulados, con mecanismos; grupos de personas apenas del tamaño de la última falange del dedo, que se mueven y que se entregan con frecuencia entre sí a actos, ¡ay!, bien reprensibles. Esta señorita Matsumoto, una musmé de dieciséis años, que huele a mono como su madre, pero que es el candor personificado, puede manejar sin inconveniente tales objetos porque no comprende el alcance de ellos; con los ojos bajos y medio cerrados, en los labios una sonrisa púdica, da movimiento a los sutiles mecanismos, más delicados que resortes de reloj, y se las compone a maravilla para hacer resaltar así el valor de menudos objetos de arte que seguramente harían enrojecer en sus jaulas a los pupilos de la planta baja.

Cosas obscenas y macabras, amalgamadas por cerebros tan contrarios de los nuestros, para llegar a producir lo espantoso que ya no tiene nombre: así es como podrían definirse la mayor parte de esos minúsculos marfiles, amarillentos como dientes de octogenario. Figuras de espectros o de duendes tan pequeños, que sería casi preciso un cristal de aumento para coordinar todo el horror: calaveras de donde se escapan serpientes por las cuencas de los ojos: viejos arrugados con la frente hinchada a más no poder por la hidroce-

falia: embriones humanos que tienen tentáculos de pulpo: fragmentos de seres que se estrechan, que rebosan lujuria, y cuyos cuerpos acaban en un amasijo informe de raíces o de vísceras...

Y esta musmé tan agradablemente vestida, junto a un delicado florero donde se han colocado ramos de flores de un modo exquisito; esta musmé de eterna sonrisa, manejando con gracia tantas monstruosidades, que han debido de costar cuando se hicieron meses enteros de trabajo; esta musmé es como una alegoría viviente de su Japón, el de las pueriles gentilezas de la superficie y el de las labores incansables y pacientísimas, con cosas en el alma que no se comprenden, que repugnan o que dan miedo...

XXXI

14 FEBRERO

Esta gran pagoda del Caballo de Jaspe, donde yo iba antes con tanta frecuencia, bajo el esplendor estrellado de las noches de julio, y que es causa hoy de mis paradas en casa de la señora Ichihara, ha tomado un aspecto de vetustez, de abandono; me hace el efecto de que hubiera envejecido dos o tres siglos en estos quince años. Los inmensos peldaños de granito, las escaleras, como hechas por titanes, que allí conducen, en mitad de la montaña; me acuerdo de haber subido en otro tiempo, entre músicas y faroles, entre miles de extraños farolillos, casi arrastrado por la muchedumbre que iba en peregrinación.

Hoy, cuando voy por allí, no percibo apenas otro visitante que yo de arriba abajo de estas soberbias escaleras, donde estoy como perdido. ¡Y cuán desgastado y deslucido está el granito de las losas, el granito de los pórticos religiosos escalonados en el camino: esos pórticos de todas las entradas de los templos, siempre parecidos y siempre tan en discordancia con el Japón, senci-

llos y rudos, grandiosos como pirámides egipcias!

Arriba de todo, en el último patio, ante la enorme pagoda de madera de cedro, que ha tomado un color más gris y más apagado, el caballo de jaspe medita solitariamente sobre su viejo pedestal. La hierba retoña y hasta las losas reverdecen. Todas las veces encuentro cerrado y silencioso el santuario, al fondo del cual me acuerdo de haber percibido antaño a los grandes dioses de oro rodeados de lotos áureos, dominando a la muchedumbre prosternada... ¿Qué va a hacer este Japón, que me parece que está en vías de renegar de todos sus ensueños antiguos, con sus miles de pagodas, algunas de las cuales son tan maravillosas, y que ocupan infinitamente más sitio que nuestras iglesias?

Saliendo por la izquierda de este patio donde el antiguo caballo de jaspe reina aún, se llega, como antes, a las casas de té y a las pequeñas glorietas frondosas, desde donde la vista abarca todo Nagasaki y su amplia bahía. Aún existe la famosa casa de té llamada de los «Sapos», la Donko-Tchaya, donde yo iba con Crisantemo y la flor de las musmés de su edad; los sapos siguen existiendo también, aquellos mismos sapos gigantescos que eran la gloria del establecimiento, y como antaño, sus roncas voces de bajo hacen *croc-croc* entre los peñascos del airoso estanque. Lo que ha cambiado únicamente es el material de la casa; hoy se ven allí veladores de taberna, botellas de whisky en fila, con las de ginebra o ajenjo Pernod, todos los brebajes civilizadores, en

fin, con los que nuestro Occidente ha dotado al mundo. Más alto que la explanada, hay senderos que suben hacia una región de calma o de sombra que tiene trazas de bosque sagrado. Camelias de flores sencillas, casi tan grandes como nuestros olmos, que por el momento están terminando su floración invernal y alfombran el suelo con sus pétalos rojos; otros árboles de hoja perenne, árboles inmensos, que acaso tienen la edad del templo, forman una bóveda por encima de la alfombra de fina hierba o de plantitas raras. A medida que se va subiendo, se ve también elevarse en una semilejanía, más allá de este valle cerrado, donde Nagasaki ha agrupado sus millares de tejados grises, las montañas de enfrente, las que están cubiertas de bosques funerarios, de pagodas y de tumbas, aquellas cuya tierra está tan mezclada de cenizas humanas y de donde se exhala eternamente el perfume de los pebetes quemados en honor de los muertos. Más lejos, la gran planicie azul de la rada se abre entre las escarpaduras y las encantadoras complicaciones de sus costas. Y, por último, allá muy lejos, apenas dibujadas, casi perdidas en el azul que se torna cada vez más soberano, aparecen los islotes que se les creería demasiado confiados en la inmensidad líquida de alrededor y demasiado bellos, con sus cedros de las orillas que se inclinan sobre el mar...

Desde estas cumbres, dominando los templos, se está en un Japón admirable, quintaesenciado, supremamente elegante, recogido, casi religioso; y se deja de sonreir para admirar.

XXXII

15 FEBRERO

REFLEXIONANDO sobre qué sería aquella casa tan austera, en lo alto de la subida de Yochihara, más y más intrigado, me he sincerado por lo pronto a 233, que es un observador sutil:

—¡Pchs!—me ha respondido—. ¡Una casa como las otras!... Solamente son buenas mujeres que se las dan de marquesas y de duquesas; allí no reciben a los pobres marineros.

No habiéndome bastado con esta primera apreciación, he recurrido a las luces de Marouyama, nuestro intérprete oficial, un japonés joven tan erudito como mundano y muy al tanto de las cuestiones galantes.

—Señor—me ha dicho—: es, en efecto, una casa habitada por damas, y donde se permite que los señores vayan por la noche a buscar algunas distracciones pagables.

Pero todas las pupilas son jóvenes de excelente familia y principalmente de raza noble, que reveses momentáneos han obligado a hacerse un modo

de vivir; así que sus salones son casi inaccesibles, y nuestros lamentables prejuicios nacionales se oponen a que los extranjeros sean recibidos allí.

Según la propia confesión de Marouyama, son más bien menos jóvenes que las otras y aún más desprovistas de ojos, pero ¡tan distinguidas! La mayor parte con carrera y hasta poetisas, sabiendo aportar a la conversación, en el coqueteo, en la charla y, en general, en todo lo que concierne a su condición, un tono, una distinción absolutamente singulares.

XXXIII

25 FEBRERO

En la exposición de flores de la señora Osa, y dentro de los tubos de bambú llenos de agua clara, desaparecen las últimas camelias como han desaparecido los crisantemos, y dejan el sitio a ramas de ciruelo cuajadas de flores nevadas, a ramas de melocotonero, todas de color de rosa. A lo largo de la calle, en los escaparates de las tiendas, hasta en los más humildes puestos de artesanos, se ven estas flores tempranas, de verdadera primavera, dispuestas con un gusto delicado en alguna maceta de porcelana o de bronce. (La gente artesana en este país es más artista y más refinada que la mayoría de nuestros burgueses.)

Y las musmés, cuando escampa y luce un poquito el sol, se pasean vestidas de tonos más claros—gris perla, azules tirando a ceniza o a lila—que revelan nuevos aspectos de su gentileza, algo ficticia, pero siempre tan artísticamente adaptada. Creo que hasta tienen un modo de reir apropiado a la estación, una risa de fin de invierno que es

más alegre aún y más contagiosa que la de diciembre o de enero.

Va, pues, a llegar, gracias a Dios, la ansiada primavera que nos hará partir, pero que, felizmente para nosotros, es siempre tardía en el Japón, después de tan bellos otoños de luz. En la montaña, en los templos y en las sepulturas, hay ya una porción de árboles frutales soberbiamente florecidos: parecen manojos de cintas color de rosa o cintas blancas al lado de las pagodas, cuyos grises, por el contrario, se hacen más tristes y más viejos, por contraste, con todo este frescor: se diría una decoración de fiesta artificial, frágil y poco duradera. Por lo demás, los japoneses prefieren pintar estos aspectos efímeros de sus vergeles: hacen de ellas esas estampas que, transportadas a nuestros países, parecen quizás demasiado bellas en una exaltación de color.

XXXIV

26 FEBRERO

La señora Endrina no ha sido nunca madre. Acabo de enterarme, no sin cierta turbación íntima.

Sin duda por eso es por lo que ha debido conservar esta juventud en los sentimientos, y en todo el organismo, esta frescura que yo admiraba sin explicármelo. Durante uno de esos instantes de charla mano a mano y de expansión, que casi no teme ya provocar entre nosotros y que la primavera va a hacer más escabrosos, se ha decidido a hacerme la delicada confidencia.

Pero entonces, ¿qué es la chiquirritina y regordeta Oyuki? ¿Una hija adoptiva, sencillamente?

¡Ay! No... Un desliz pasional del pobre señor Azúcar... Una niña engendrada fuera de los sagrados lazos matrimoniales...

¿Daré crédito a mis oídos, madama Endrina? ¡El señor Azúcar, un artista tan puro, capaz de haberse olvidado de todo, hasta ese extremo!...

¡Qué menosprecio acaba usted de determinar en mí, para su memoria!

¡Y decir que he podido vivir todo un verano bajo el mismo techo que este matrimonio, sin sospechar un secreto tan grave!...

XXXV

1 MARZO

A PESAR de los vestidos primaverales de las musmés, a pesar de la floración prematura de los vergeles y de cómo alargan las tardes, eran siempre los vientos del Norte, la lluvia, la nieve, los que nos hacían un Japón más sombrío, más húmedo y más helado que en el rigor del invierno. Y los naranjos estaban absortos y los grandes cycas arborescentes en los patios de las pagodas parecía decirse que desde hacía un siglo no habían visto tanto polvo blanco sobre sus penachos verdes.

Pero he aquí que la alegría de una primavera súbita ha venido a sorprendernos en este Nagasaki, donde terminamos nuestro cuarto mes de un destierro muy agradable.

Allá arriba, en el barrio de los señores difuntos, la montaña se tapiza de florecillas salvajes desconocidas para nosotros: enredor de los innumerables senderos, el pequeño mundo tembloroso de helechos despliega por doquiera confiadamente sus hojas nuevas de un tinte pálido y raro. En la

verde necrópolis, más grande que la región de los vivos —sitio que yo había abandonado por estos tiempos de nieve, y adonde comienzo a ir de nuevo—, no hay ya aquella atmósfera templada, lánguida y agonizante de fin de otoño, que armonizaba tan bien con las tumbas: es un desbordamiento de sol renovador, una invasora algazara de hierbas locas que no pueden contenerse, que deben amedrentar a los pobres difuntos reducidos a ceniza y hacer desvanecerse más de prisa lo que quedaba aún de sus almas flotantes. Entretanto, las grandes pagodas vigilantes, bajo estos rayos demasiado claros, se revelan más viejas y más melancólicas sus maderas más carcomidas, sus monstruos más caducos.

Abajo, en la ciudad de cedro y de papel, la luz está ahora en continua fiesta: las mil tiendecillas hacen que se reflejen los rayos del sol en sus macetas, en sus lacas o en sus telas con matices de flores.

Y a la tarde, en los largos crepúsculos templados, todas las calles se llenan con miles de niños pequeños, de cabezas redondas y ojos de gato, medio malos, medio mimosos. En ningún país de la tierra se ve tal abundancia de niños. Salen a docenas de cada puerta. Casi todos son guapos, ellos que se volverán tan feos cuando sean mayores; van peinados aún como siempre han ido: con un arte cómico, con una ciencia superior de la gracia, con rabillos de pelo alternando con trozos de cabeza pelados-rabillos que les caen por encima de las orejas, o bien coletas que se empinan

por encima de la nuca, según la cara que tenga el interesado. Sus trajes tienen mucho vuelo y son muy largos, sus mangas pagodas son demasiado anchas: todo eso les hace tener un tipo burdo y poco airoso. No hacen ruido. No se ríen, en este país donde sus hermanas mayores y sus mamás saben reir tan bien. Son la generación próxima que verá cambiar todo en este Imperio del Sol Naciente, invariable en otro tiempo, y ya tienen el aspecto de observar atentamente la vida, con sus pupilas de negro azabache, misteriosas entre sus párpados entornados. Sobre todo se protegen y se ayudan los unos a los otros de un modo amable y conmovedor: no hay entre tanto chiquillo ni uno solo a quien no se haya confiado un hermano menor aún que él y con más pinta de muñeco. Sin embargo, también se ve que se divierten: sostienen con grave empaque el bramante de cualquiera de esas cometas que, a la hora de los murciélagos, se ponen a volar en el cielo por todas partes, teniendo la forma de murciélagos, de mariposa o de quimera.

Ya no hace frío; todo se anima, todo se despeja... Y la gracia de las musmés, que hace quince años yo no había comprendido apenas, se diría que es hoy cuando me ha sido revelada.

Una vez más, después de tantas otras veces, se deja uno caer en este sempiterno engaño de la Naturaleza, que no tiene otro objeto que preparar las hojas muertas y los despojos amarillos de un otoño muy próximo. Se deja uno cautivar, y sin embargo, este año existen dos motivos de triste-

za en sentir que la primavera se avecina: por lo pronto, no es aquí donde se había pensado recibirla; cada uno contaba de fijo estar allá, en el rincón de su tierra natal, cuando llegaran las golondrinas; y en segundo lugar, porque este hermoso tiempo trae consigo la señal de partir para China: los hielos del horrible Petchili deben derretirse ya bajo este sol, y se nos va a llamar más que a escape a nuestros puestos de enervante fatiga...

XXXVI

15 MARZO

APENAS hube puesto hoy pie en tierra, en este esplendor de la primavera, cuando tres musmés que iban por la calle han atraído mi atención. ¿Qué es lo que había en ellas de inusitado que yo no llegaba a ver claro al pronto? Con singulares mohínes y esfuerzos contenidos para no echarse a reir caminaban juntas, aspirando el viento templado, con la traza de *saberse graciosas* y de perpetrar alguna jugarreta... ¡Ah!... Lo raro provenía de sus peinados: se habían peinado a los lados y hecho moños como las abuelas. Y cuando hubieron comprendido, al mirarlas yo, que lo había observado, respondieron con los ojos:

—¿Qué? ¿No es cierto que estamos así la mar de chuscas?

Y siguieron andando, riendo por todo lo alto.

Algunos pasos más allá, dos señoras viejas... ¿Qué tenían también éstas de inusitado? ¡Ah! Su peinado: se habían recogido el pelo y hecho el moño como las muchachas jóvenes, con un ligero

prendido de flores a un lado, como lo lleva la señorita Lluvia de Abril. Y su sonrisa me respondió lo mismo:

—Sí, hombre, sí; así es. ¡No hagas dengues! ¡Oh, si sabemos que estamos la mar de cómicas!

Todo el camino, análoga mascarada, trastrueque general de peinados y de edades. (Claro es que era preciso tener los ojos hechos completamente ya a las cosas del Japón para recibir una impresión de estupor como la mía. Es como si entre nosotros, el mejor día apareciesen todas las abuelas con el pelo suelto y trenzas por la espalda, y todas las muchachas con papalina escarolada.)

Algunos momentos después, en el barrio de Dioudjeudji y cerca de mi antiguo domicilio. Ante mí caminaba una dama de galante aspecto, poseyendo esa línea incomparable de la nuca y los hombros que la distinguiría entre mil. ¡La señora Endrina peinaba hoy como una musmé joven, como una colegiala, con un grupo de rosas reventonas, balanceándose en lo alto de una gran peineta de concha!

Advertida por su olfato, siempre tan fino, se volvió para enseñarme en una sonrisa una de las últimas dentaduras esmaltadas de negro que Nagasaki posee aún.

—¿No es verdad —preguntaban púdicamente sus ojos bajos—, no es verdad, querido, que esto no me cae mal del todo?

—Señora Endrina, iba a decírselo a usted. Pero le ruego que me explique...

Entonces me contó que desde tiempos de sus

lejanos antepasados, era tradición que, en tal día como aquél, las señoras mayores se peinasen como las chicas jóvenes, y las muchachas como las mujeres de edad.

Y todo era bonito en torno nuestro, tan extraordinariamente bello y tan inverosímilmente dispuesto como en una acuarela japonesa. El barrio por donde pasábamos parecía estar en plena embriaguez de primavera. Nuestro sendero dominaba, a sesenta metros de altura, la rada azul, sinuosa entre sus costas pobladas de árboles. Alrededor de las viejas casitas, hechas con bastidores de papel, había árboles completamente blancos y árboles totalmente de color de rosa; había también glicinas, cuyos grandes racimos comenzaban a teñirse de violeta claro; y todo aquello, casitas preciosas como juguetes, árboles, rosas de los jardinillos, glicinas en festones, declinaba bajo nuestros pies hasta el mar en una confusión que parecía inestable e imposible; todo aquello tenía trazas de mantenerse por arte de encantamiento, sin cuidarse del equilibrio ni de la gravedad. Una luz ideal, delicada, deslumbrante, sin llegar a ofuscar, se esparcía igualmente sobre las cosas próximas y sobre las límpidas lejanías. En el cielo destacábanse en punta las cimas muy singulares de las montañas de Kiu-Siu, que se asemejan a conos recubiertos de terciopelo verde. Y allá lejos, por el lado en que la rada se abre sobre el mar de China, ni rastro de viviendas humanas, un manto uniforme de verdor tendido por doquier; de alto a bajo, de escabrosísimas pendientes; nada

más que dos o tres pequeños templos, como colgados en rincones casi inaccesibles, discretos, sin embargo; apenas emergiendo de la frondosidad de las ramas y consagrados a los espíritus de los bosques que deben reinar allí en aquellas costas tan exuberantes.

Una sola mancha en la inmensa decoración sonriente: un poco detrás de nosotros, al otro lado de la bahía, un lugar pelado, horrible y maldito, de donde sale un ruido incesante de hierro golpeado: una boca infernal que exhala un aliento negro por mil chimeneas: el arsenal donde día y noche se fabrican las nuevas máquinas de exterminio.

La señora Endrina, tan coqueta como de costumbre, en tanto que el grupo de rosas se balanceaba sobre su opulento peinado, me arrastraba insensiblemente hacia su domicilio. Y yo, fascinado como siempre por sus dientes esmaltados color de ébano pulido, pude comprobar que acababan de serle puestos de nuevo, en mi honor sin duda; meticulosos especialistas habían incrustado, de trecho en trecho, unos pedacitos de oro que tomaban, en aquel fondo negro, enorme importancia y brillo: exactamente igual que en las lacas de las bandejas o de las cajas.

No puede nadie imaginarse la enormidad de dentistas que hay en Nagasaki; los ganapanes más humildes tienen dientes dorados por los cuidados de los dentistas. Trabajan, además, sin misterio, porque recuerdo haber visto, por unas ventanas abiertas, a unas damas de arquitectónicos peinados, con la cabeza apoyada por la nuca

en una almohadilla y teniendo abiertas sus mandíbulas, que un operador aparentaba perforar con portentosos berbiquíes... Parece ser que han aprendido en América este arte. Una porción de nuestros marineros, seducidos por sus muestrarios ilustrados, se han confiado a ellos y los declaran de una destreza maravillosa.

En todo lo que sea cuestión de maña, de paciencia y de exactitud, estos pequeños japoneses no pueden ser superados. Por esto es por lo que se han asimilado tan pronto el arte de nuestros constructores de máquinas; tan sólo causa asombro que no hayan inventado ellos mismos, miles de años antes que nosotros, todas esas cosas que hoy manejan como peritos.

Y nuestras más modernas máquinas de guerra, que no son en suma sino juguetes de precisión, van a convertirse, ¡ay!, entre sus manos ágiles y certeras, en juguetes sumamente terribles.

¡Dios mío, qué hermoso estaba todo en torno mío aquel día, aparte de la señora Endrina: tanto abajo, a orillas de la rada profunda, como en lo alto, hacia el cielo, de un azul pálido, adonde se erguían enhiestas las extrañas cimas verdes! ¡Y qué adorable es esta isla de Kiu-Siu, que así se delimita, allá a lo lejos, por vertientes escarpadas, prodigiosamente guarnecidas de árboles, riberas abruptas que sustentan templos medio ocultos bajo su follaje y que descienden, como las murallas de alguna fortaleza encantada, hacia la vasta inmensidad del mar, tan luminoso hoy y tan diáfano!...

XXXVII

25 MARZO

Se nos terminan estos días de fines de marzo, apacibles y divertidos, nuestros últimos días en el Japón, que va a ser preciso abandonar bien pronto, dejarlo tal vez mañana o pasado, quién sabe cuándo, al recibo de una orden brusca y sin compasión.

Y yo añoraré los rincones de sombra y de musgo, entre provectas rocas de granito y frescas cascadas, en las vertientes de la montaña, sobre los misteriosos templos...

No volveré a encontrar ya nunca esas horas de silencio y casi de voluptuosa melancolía pasadas allí, en la galería umbrosa y sosegada de la casa de té que tiene la señora Cigüeña, ante el templo del Zorro, los antiguos terrados de la ciudad de los muertos, con sus piedras grises bajo los cedros centenarios, en la verde umbría de los árboles.

Y luego que también tengo una musmé amiga, por la cual daría gustoso a la señora No me olvi-

des y a madama Endrina con la señorita Lluvia de Abril, y que encuentro en el propio corazón de la alta necrópolis, en una especie de soto cercado y rodeado de una multitud de tumbas. ¡Oh! Nuestras entrevistas son como de «a tal señor, tal honor»... Y creo que es esta musmé quien personifica, al presente para mí, Nagasaki y la montaña deliciosa de sus muertos. Es preciso casi siempre contar con una mujer —¿verdad?—, sea donde fuere el sitio donde os haya conducido la suerte, un alma femenina y juvenil —cuya terrenal envoltura tenga algún encanto, porque éste es un señuelo necesario, y que venga en vuestra ayuda en los ratos de enorme soledad—, aunque sea muy honestamente a veces, como una hermanita de paso, para la que se guarda, después de partir, un recuerdo dulce que más tarde se olvida...

No había aún hablado de esta musmé Inamoto. Y, sin embargo, hace ya más de tres meses que hemos trabado conocimiento: era aún por los días de aquellos tranquilos atardeceres de otoño, de sol rojo, sobre la alfombra de hojas secas. Y después, no hemos dejado de sostener nuestras inocentes entrevistas más que en épocas de nieve, siempre allá arriba, en aquel mismo bosque triste y cercado; pero todo ello es tan pueril, que no estoy seguro de que no sea amargamente ridículo. ¿Es a ella a la que echaré de menos el día de partir, o solamente a esta montaña con su misterio y su sombra, con sus cercos de viejas piedras y sus musgos?... Es verdad que yo soy hombre muy dado a las minas en los bosques, a los paredones

grises reverdecidos por el musgo, llenos los resquicios de plantas fungáceas: he vivido en una intimidad cuando era niño, los he adorado y continúan ejerciendo sobre mi un encanto que no sé expresar. Más aún que la paz de todo este maravilloso cementerio, más aún que la amplitud y el magnífico exotismo de las perspectivas que se despliegan en derredor, fué uno de los primeros elementos de seducción para hacerme volver varias veces a esta montaña japonesa, el encontrarla sumamente parecida a la de mi país.

En cuanto a la musmé de quien acabo de hacer referencia, fué una hermosa tarde de un rubor decembrino, *el siglo pasado*, cuando nos encontramos de pronto frente a frente. Yo vagaba solitario en la necrópolis a esa hora color de cobre que anuncia la puesta del sol de otoño, cuando me asaltó la idea de escalar una tapia más alta que las otras para penetrar en la especie de bosquecillo que parecía inabordable por todos lados.

Caí en un antiguo parque abandonado, hoy medio jardín y medio selva, donde una doncella sentada sobre el césped, como quien está en su propia casa, hojeaba un libro de estampas que representaban dioses y diosas en las nubes.

Comenzó, naturalmente, por reir—siendo como era japonesa y musmé— antes de preguntarme: «¿Quién eres, de dónde sales, quién te ha dado permiso para saltar esa tapia?» Tenía los ojos apenas estirados, casi como los ojos de una moza morena de Provenza o de España, con un color de ámbar rosa: respiraba salud, fresca juventud, y

su mirada era tan pura, que prescindí en el acto de ese modo banal de hablar, apropiado siempre en los salones de la señora Endrina o de mi suegra la señora No me olvides.

Supe aquella misma tarde que se llamaba Inamoto, que era hija de un bonzo, o quizás de un guardián sencillamente, de cierta gran pagoda, de la cual percibí la complicada techumbre y los patios de losas fúnebres, a través de las ramas y a unos cincuenta metros más abajo.

—Señorita Inamoto —supliqué ante la tapia que había de salvar para irme—, tendría sumo gusto en volver a verte alguna vez. Pasado mañana, si no llueve ni nieva, volveré aquí, a esta misma hora. Y tú, ¿vendrás?

—Vendré —me dijo —. Vengo todos los días que no llueve.

Añadió con una reverencia: «Sayamara» (te saludo). Y se puso a descender por un atajo hacia el templo, muy cuidadosa de proteger las bellas ondas de sus cabellos de las finas ramas de bambú que, a su paso, le rozaban la cara.

Después de aquel día habré franqueado mis cincuenta veces la misma tapia vieja para ir a este mismo sitio. Inamoto es tan casta como la señorita Lluvia de Abril, pero diferente y más reflexiva: no se trata ya de un gatito con ropa, sino de una muchacha que, a pesar de su risa de musmé, tiene unos ojos cándidos y a veces graves.

¿Cómo ha podido durar la cosa entre nosotros sin cansancio, puesto que la diferencia de idiomas impide toda comunión íntima entre nuestras dos

almas, esencialmente distintas sin duda, y toda vez que por otra parte no ha existido nunca en nuestras entrevistas ni un solo instante equívoco ni de turbación?

Aunque la necrópolis esté solitaria, en determinados días es menester recurrir a estratagemas de *apache* para llegar sin ser descubierto, y hasta esto también es divertido. La musmé tiene cada vez más miedo de que nos observen, de que la regañe su padre, de que se la prohiba volver a ir. Algunas veces es un aguador que desciende de las cumbres quien nos perturba: al otro día es una señora anciana que nos tiene hace tiempo en jaque, ocupada sin cesar en disponer ramos de follaje en cañas de bambú en las cuatro esquinas de la tumba, o bien en quemar granitos de incienso en honor de sus antepasados, o, sencillamente, en mirar bajo sus pies el panorama de las pagodas, de la ciudad y del mar. Y yo permanezco escondido detrás de algún gran cedro, percibiendo detrás del bardal unos cabellos sumamente negros que sobresalen por encima de las piedras, una frente y dos ojos en acecho—jamás ni la punta de la nariz; nada más, nunca—: mi amiguita, que se ha encaramado allí para explorar ella también el desenlace del incidente, siempre puesta a desaparecer al menor peligro, como un donoso personaje de fantoches que volviera a caer dentro de la caja.

Sí, es ridícula e infantil la cosa; y para que todo ello haya podido subsistir, ha sido preciso el exotismo extremo, el encanto de este lugar, único y el encanto de Inamoto combinados a la par.

¿Es a ella a quien añoraré, o a su montaña, o quizás a la vieja tapia gris, protectora de nuestras citas? En verdad que no lo sé, pues de tal suerte toda su gentil personalidad está para mí amalgamada con las cosas ambientes.

XXXVIII

26 MARZO

Noticias llegadas de China dicen que a la entrada de Peïho comienza el deshielo: así, pues, la marcha debe ser ya de un momento a otro, y contamos los días de libertad que nos quedan, sintiéndonos más japoneses de lo que pensábamos en el momento en que hay que abandonarlo todo.

Mi amiguita Lluvia de Abril ha venido hoy a hacerme una visita a bordo, acompañada de la anciana, a quien da el nombre de abuela. Una visita completamente sin malicia y sin ceremonia: se ha puesto un vestido que en ella era casi sencillo, pero en el cual enormes flores de matices fantásticos se abigarraban sobre un fondo marfilino.

Es tan conocida Lluvia de Abril, y por otra parte, tan infantil, que los señores agentes de policía la dejan ir y venir sin reparos. A bordo, los marineros también la conocen y dicen:

—Ahí viene el minino.

Hoy se ha mostrado interesada por nuestros cañones. «¡Quién hubiera podido creer dónde ha ido

a refugiarse la preocupación de la guerra! ¿Es que nuestros barcos japoneses tienen otros rivales? ¿Es que los de los rusos pueden también matar desde tan lejos?» ¡Oh, qué graciosa estaba junto a una de esas enormes piezas del *Terrible*, que dos artilleros se habían complacido en abrir; qué graciosa estaba aventurando adentro su cabecita, con su lindo peinado, para examinar las estrías!

XXXIX

31 MARZO

Por la mañana, a cosa de las diez, se ha cerrado tras nosotros el largo corredor de vegetación, al fondo del cual está situado Nagasaki, rodeado de pagodas y de cementerios. En seguida han desfilado esos pequeños islotes, que son como los centinelas avanzados del Japón, pequeños islotes llenos de encantos, que todo el mundo conoce por haberlos visto pintados tantas veces en tibores y en abanicos. Y después el mar, el ancho mar, ha comenzado a envolvernos con su majestad serena y con su silencio, más sorprendentes por contraste después de tantas zalamerías, serenatas y risas gentiles, a las cuales ya hace mucho que nos hemos acostumbrado.

La orden de partir ha sido muy brusca. Apenas si he tenido tiempo para saludar a mi suegra, toda emocionada. ¡Era ya tan escaso tiempo las dos horas que yo tenía para ir a la montaña y decir adiós a la musmé Inamoto!...

¡Cuidado que he debido escalar con frecuencia

el viejo muro del cercado para que las huellas de mi paso se perciban tan marcadamente sobre el tono gris de las piedras! Nunca lo advertí como en el día de mi partida; la cosa es ya como para hacer entrar en sospecha a cualquiera; así es que a mi regreso será preciso cambiar de camino. En la hierba, también mi paso ha dibujado una senda vaga, como las huellas que dejan los animales en la selva.

Musmé, que no tenía los ojos corrientes de una musmé, flor enigmática y bella, flor de pagoda y de cementerio, ¿qué he sabido comprender de ella y qué ha comprendido ella de mí? Nada que sea capaz de definir uno de nosotros del otro. Sentados muy cerquita en el suelo de aquel bosque, diciendo cosas forzosamente pueriles, debido a este idioma, del cual conozco escasísimas palabras, éramos como dos esfinges que se distrajeran en hacerse los niños a falta de un medio, de una clave para descifrarse, pero que hubiera permanecido cada uno retenido allí por el alma desconocida del otro, vagamente adivinada. Cierto es que entre nosotros comenzaba a afirmarse esa especie de lazo que se llama afecto y que aproxima con frecuencia seres infinitamente desemejantes. Me he vuelto dos veces para mirar cómo asomaban por encima de la tapia aquella linda frente y aquellos ojos juveniles que ayer tarde me acompañaban aún con su mirada durante mi huída a través del dédalo de terrazas funerarias y de tumbas; cuando los he visto desaparecer, hasta creo que me he sentido más solo aún en estos le-

janos países de seres amarillos... Y esa leve congoja del corazón, al alejarme, era como un reflejo muy atenuado —crepuscular, si se le puede llamar así— de aquellas angustias que en la época de mi juventud han acompañado tantas veces mis momentos de partida más importantes. Verdad es que estoy seguro de volver, tan seguro como se puede estarlo de las cosas del futuro, porque hemos de permanecer dos años, ¡ay!, en los mares de la China, en los que Nagasaki será nuestro paraje de aprovisionamiento y de descanso. Y volveré a ver a esta musmé; oiré de nuevo su voz, dulcemente exótica; cómo repite, con un acento que hace sonreir, las palabras francesas que se entretiene en aprender...

En cuanto a la señora Endrina, estaba por esta vez situado muy alto el barrio donde habita. Pero ya volveremos, ya volveremos, y si place así a la diosa de la Gracia, aquel idilio iniciado entre nosotros pronto hará diez y seis años, no ha de desenlazarse aún en modo alguno...

Esta noche, pues, a la hora en que el sol se pone entre amplios velos de bruma, el Japón ha desaparecido; la isla deleitosa se ha desvanecido en la lejanía de una inmensidad totalmente pálida, que reluce como un espejo interminable y que ondula muy lentamente, como con una voluptuosidad mimosa y pérfida. Vamos en ruta hacia el Norte y hacia la China. Hace quince años, después de una temporada enervante en este mismo rincón del Japón, y de unos desposorios, por pasar el rato, con una tal Crisantemo, remontaba de

igual modo el mar Amarillo, con una calma análoga, bajo brumas como éstas, en un atardecer igualmente lívido. Y la inmensidad del mar me envolvía, igual que ahora, en su paz fúnebre.

Me alejaba entonces con menos melancolía, sin duda porque la vida se ofrecía aún ante mis ojos en aquellos días, en tanto que al presente ha quedado más bien tras de mí.

XL

EN SEÚL

I

EN LA CALLE

JUNIO, 1901

Bajo el esplendor de junio, que allí es mucho más radiante y límpido aún que en nuestros países, recuerdo haberme detenido por algunos días en una casita, ya en Seúl, ante el palacio del emperador de Corea, precisamente enfrente de la gran puerta. Al amanecer —naturalmente, muy temprano en esta estación— me despertaban las voces de las trompetas en el relevo matinal de la guardia, una profusa parada militar donde figuraban todas las veces un millar de hombres. Los otros ruidos de Seúl comenzaban en seguida, dominados por el relincho continuo de los caballos, esos caballitos de Corea con la crin revuelta y siempre enfadados, que luchan entre sí y que muerden.

El palacio del emperador se recataba detrás de los muros. Al asomarse a mi ventana no se podía ver nada más que el cerco melancólico y el gran pórtico rojo, decorado al gusto chino con monstruos en el friso. Unos soldados pequeños y extraños, vestidos a la europea, montaban la guardia ante aquella cerrada mansión; los mismos cuyas trompetas sonaban todos los días antes de que el sol despuntase; bajo los kepis, como los lleva nuestra tropa, las caras anchas y amarillas parecían totalmente absortas de aquellos arreos, de tanta novedad para ellos todavía.

Desde mi ventana se percibía también en perspectiva una calle ancha y recta, donde se agitaba una muchedumbre uniformemente vestida de muselina blanca, entre dos filas de casitas muy bajas y estrafalarias, de un gris monótono y de un aspecto casi chinesco.

Una vez que terminaba la parada, era la hora de las audiencias y de los consejos. Entonces, en elegantes sillas de mano hechas de laca, eran conducidos allí una porción de ceremoniosos personajes con vestidos de seda rameados de flores y cubierta la cabeza con ese alto gorro —provisto de dos especies de pabellones, como orejas separadas, igual que antenas— que ha dejado de ser moda en China desde hace cerca de tres siglos. Y mientras que las proximidades del pórtico rojo se veían invadidas de todas aquellas bellas literas y de sus largos agarradores flexibles posadas en tierra, yo miraba a los cortesanos hollar, uno tras otro, los peldaños de la puerta

imperial para desaparecer luego en el palacio: dignatarios antediluvianos que iban a poner en orden las cosas del viejo imperio en ruinas; bajo su traje aparatoso tenían el aspecto de grandes insectos de cabezas complicadas y de élitros tornasolados.

Por doquier el sol de junio se prodigaba en una orgía de luz sobre los tonos grises de Seúl, que sigue siendo la más gris de todas esas antiguas ciudades que subsisten aún en el Asia extrema. Y el sol era ardiente; porque el clima de Corea es extremado, como el de la China, con inviernos casi siberianos, a los que suceden siempre, sin transición, cálidas y maravillosas primaveras.

Desde por la mañana llameaba el sol sobre la inmensa ciudad gris encerrada en sus murallas almenadas y en su cerco de montañas grises. Calles rectas de una legua de largas por cien metros de anchas, de suelo gris, entre miles de casitas polvorientas, poco más o menos todas parecidas, todas iguales, y recubiertas de análogos caparazones hechos con ladrillos color de ceniza. Y dominando estas innumerables pequeñeces, surgía en el cielo, por todos lados, como un terrible muro construído con piedras negruzcas, la cadena de aquellas montañas circundantes, que estaba allí como para aprisionar, mantener, condensar, la tristeza y la inmovilidad de Seul, vieja capital alejada del mar sin siquiera un ancho río por donde les lleguen los navíos, siempre portadores de ideas y de cosas nuevas.

Las calles de esta ciudad son tan anchas y tan

desoladas, que se las ve desde un extremo a otro; se las ve allá lejos, muy lejos, en la extrema lejanía, y entre el polvo, desembocando en las puertas de las murallas que están rematadas como en Pekín por enormes torreones negros y esquinados. Aquella muchedumbre de un conjunto blanco, vestida toda de muselina impecable, paseando como en procesión por las largas calles, evocaban a nosotros, los europeos, un enjambre de doncellas reunidas con motivo de una fiesta estival; pero los paseantes eran casi exclusivamente hombres, con la cara ancha y con la barba rala y desigual, como los bigotes lacios de las focas. Los muchachos, los jóvenes que no se habían casado en justas nupcias, iban sin nada a la cabeza, haciendo gala de una apariencia virginal, con su traje inmaculado, su raya en medio y su larga trenza a la espalda al modo de las muchachas de Occidente. En cuanto a los hombres casados iban irresistiblemente extravagantes, peinados todos según la irreprochable moda, con un nudo de cabellos y cubiertos con una especie de sombrero pequeño imitando nuestro sombrero de copa, hecho con crin negra, provistos de bridas para atar por bajo la barbilla; sombreros tan pequeños, de una pequeñez tan ridícula, que se les creería de esos que se han inventado para nuestros *clowns*. Y como estábamos en junio y hacía mucho calor, gran número de personas llevaban, ciñendo el torso y los brazos, bajo la ligera veste, una especie de armazón de crenolina hecha con juncos trenzados para aislar la muselina del contacto con el cuerpo; lo

que daba a aquellos buenos hombres cierto aspecto de estar inflados como vejigas.

Entre la albura de aquellos miles de trajes, destacaban detonantemente algunos puntos rojos como amapolas: los chiquillos pequeños, vestidos con capa escarlata y capuchón dorado. También se veían algunos toques color de hoja fresca: la dama de calidad, con su gran manto verde claro, llevando en la cabeza un gran doblez de tela blanca como las napolitanas y apoyándose para andar en grandes bastones al modo de cayadas de pastoras del Trianón; trajes por lo demás muy completos, pero con dos aberturas para dejar asomar las puntas de los dos pechos. ¿Y los que iban de luto?... Vestidos de blanco igual que los demás, desaparecían bajo sombreros de paja de arroz, de tres pies de ancho lo menos, que tenían la forma de pantalla, y por si fuera poco, se ocultaban detrás de una especie de cubierta provista de dos agarraderos que asían con las dos manos, de suerte que se la aplicaban herméticamente contra el rostro. Por otra parte, en toda esta extravagancia de trajes, no se advertía la influencia de la China ni del Japón, los dos temibles países vecinos; no, era algo muy diferente que había germinado allí mismo, entre aquellas montañas, al pie de aquellos montones de piedras grisáceas.

Ante las humildes tiendas abiertas a lo largo de las calles, estaban instaladas al sol y al polvo bastantes cosas humildes y parecidas. Una gran cantidad de arneses para esos pérfidos caballitos de revueltas crines y de humor tan belicoso. Infini-

dad de baúles, todos análogos, de laca roja con cerraduras doradas. Y sobre todo, millares de objetos construidos con ese maravilloso cobre de Corea, que es pálido, pálido como la plata sobredorada, pero cuyo brillo no se empaña nunca: copas, pebeteros y candelabros de una gracia exquisita.

Los coreanos de tiempos remotos fueron maestros en diversas invenciones. Ellos fueron quienes antiguamente iniciaron a los japoneses en la fabricación de la porcelana; y en las tumbas de sus soberanos legendarios se encuentran admirables cerámicas, casi siempre grises, color de ratón, cuya sobria originalidad, inspirada en la hoja o en la flor del loto, atestigua un arte ya muy avanzado. También fué debido a ellos, hacia el siglo XI, que el secreto de la brújula marina se revelara a los navegantes árabes, que la aportaron a nuestro bárbaro Occidente. Pero en la actualidad, la inmensa decrepitud asiática se ha extendido por todo este país demasiado viejo, y Corea muere, como muere el Celeste Imperio.

Aquellos miles de caparazones diminutos, largos y estrechos, que servían de techumbre a las casas de Seúl, recuerdo que imitaban de un modo singular las piedras sepulcrales cuando se les percibía a vista de pájaro. La ciudad, contemplada desde lo alto de los grandes miradores que coronaban las puertas, producía un asombroso efecto de cementerio: se hubiera dicho una indefinida sucesión de tumbas en un cerco almenado —con largas calles donde se agitaba una multitud de fan-

tasmas, siempre vestidos con trajes diáfanos—. Al salir de las murallas, tan pronto como se franqueaban las macizas puertas de los torreones, se encontraba uno con un campo infinitamente apacible y melancólico. Un suelo pedregoso, por doquier fragmentos de peñascos grisáceos, análogos a las montañas circundantes. Cedros, sauces, follaje de un verde fresco y nuevo: una maravillosa apoteosis de primavera. A fines de junio, tapices de flores inundados de una luz alegre: un perpetuo susurro de las cigarras. Y personas de aspecto tranquilo, que se daban aire con el abanico —personas vestidas de muselina blanca, ni que decir tiene, y tocadas con el minúsculo sombrero de *clown*, de fieltro negro con bridas, de un modo tímido y delicado— trataban de conversar, con tres palabras francesas o latinas aprendidas en las escuelas. También os brindaban a sentarse junto a ellas, a la orilla del camino, a la sombra de algún tenducho portátil donde se vendían bebidas inofensivas, muy azucaradas y refrescadas con nieve. Todo aquello tenía la apariencia de una borrachería inalterable, y sin embargo, quince días antes, al Sur del Imperio, en la isla de Quelpaert, acababan de efectuarse grandes sacrificios de cristianos, con refinamientos de una atroz crueldad.

¡Los sacrificios! ¡Los sacrificios pasados, presentes o por venir! En el Asia extrema es preciso contar siempre con eso... No es óbice que exista en Seúl una catedral inmensa y vana, como nuestros misioneros sueñan obstinadamente construir en los imperios amarillos, a pesar de la certidum-

bre casi absoluta de que serán saqueados, y que ellos mismos, sacerdotes o monjes, refugiados algún día en este asilo supremo, encontrarán en él una muerte horrible... Estaba situada soberbiamente en la cima de una colina la aventurada iglesia de Seúl, dominando los miles de casitas con tejados en forma de caparazón, que, mirados desde lo alto de su flecha gótica, semejaban una caterva de cucarachas. Y todo alrededor era la misión francesa: un barrio para la hora acogedora y apacible, donde buenas Hermanas de nuestro país educaban a multitud de pequeños coreanos y coreanas con caras de gato, enseñándoles a ejercer prácticas humildes y a hablar un poco nuestra lengua.

Más lejos había también dos o tres calles en donde se hubiera podido uno creer en Nagasaki o en Yeddo; volvía uno a ver allí las musmés risueñas con los peinados bellos y relucientes, las tiendas coquetonas y las deliciosas casas de té adornadas con ramos de flores muy pretenciosos en jarrones de bronce. Y el comienzo de esta penetración japonesa era de los más amenazadores peligros para la existencia de Corea.

***

¡Oh, qué cosa más chusca y más imprevista fué para mí un día de lluvia en Seúl! ¡Qué recuerdo tan regocijado he guardado de él! Aquel día, al abrir por la mañana mi ventana, vi todo ensombrecido y anubarrado el cielo, de ordinario tan

puro. En torno de la ciudad gris, las montañas raras y demasiado aguzadas parecían clavarse en un mismo velo espeso que descendía poco a poco, poco a poco contaminando de bruma las cosas; y unas gotas de agua, al pronto muy leves, habían comenzado a caer: la lluvia, la verdadera lluvia, que el propio emperador había ido a pedir a los dioses de Corea la noche anterior, sacrificando con su mano un cordero, en el campo, sobre una peña. Entonces se verificó un cambio palpable en la absurda apariencia de las muchedumbres: en un abrir y cerrar de ojos, este país se había convertido en el reino de la tela impermeable color amarillo serrín. Ante la entrada imperial, donde se estacionaban como siempre las sillas de manos de tantos grandes personajes, los criados habían dispuesto prontamente más capotas de tela impermeable amarilla sobre todas las bellas literas, hechas de laca negra y de oro. Sobre su sombrerillo de payaso habían puesto en equilibrio todos los transeuntes un inmenso cucurucho de tela impermeable amarilla análoga; los más temerosos del agua se habían también endosado una holgada túnica de la misma tela y de igual color. Amplios paraguas de mil radios, también de tela impermeable amarilla, se habían abierto por encima de las cabezas en todos sitios. Los trajes de muselina blanca, que se remangaban lo más alto posible, ahora arrugados, chorreando agua, se llenaban de lodo. Hasta la noche cayó la lluvia de un cielo cerrado; cayó tranquila e incesantemente. En la calle, enlodada, la muchedumbre circulaba

aprisa, como siempre; solamente que, en vez de ir de blanco como tenían por costumbre, pasaba como con un uniforme amarillo, y los cientos de cabezas con su especie de grandes cucuruchos de astrónomo, encasquetados hasta los ojos, parecían a la sazón como conos puntiagudos sobre los cuales resbalaba el aguacero.

Y por último, guardo el recuerdo de un gorrión incipiente escapado del nido demasiado pronto, que aquel día se había refugiado en mi cuarto por no poder volar ya, efecto de tanta lluvia como había recibido sobre sus pobres plumas nuevas. Al día siguiente, por la mañana, bien seco y reconfortado, se fué por la ventana abierta a juntarse con sus hermanos, gorrioncillos de la misma cría, que piaban enfrente saludando la reaparición de un sol hermoso en su nido, colgado entre las figuras de cemento y porcelana, en el friso del pórtico imperial.

II

EN LA CORTE

En la corte de Corea, cuando pasé por allí, el asunto palpitante del día era el traslado de los restos de la emperatriz, apuñalada por unos asesinos cierta noche en su viejo palacio, siete años antes aproximadamente. Los inmutables ritos exigían que, habiendo muerto de mala muerte, tenía el cuerpo que permanecer dos largos lapsos de tiempo en tierra, y en dos fosas diferen-

tes, con objeto de no llegar a su última morada, entre las cenizas de sus tranquilos antepasados, más que después de haberse desembarazado en las sepulturas provisionales de ciertos espíritus infernales y levantiscos que se refugian siempre en los cadáveres de las personas asesinadas. En esto había llegado el tiempo de realizar el primer traslado. Cada una de estas conducciones requiere un camino enlosado, construído exprofeso; cada una de estas etapas mortuorias exige un palacio especial, construído sobre el lugar del circunstancial reposo; en Seúl, las personas bien documentadas estiman en unos cuarenta millones el gasto total de estos funerales. Antes de cavar la segunda fosa habían sido consultados los tres mejores nigromantes del emperador sobre la elección del terreno, que debe ser friable, exento de piedras y hasta de guijarro menudo; pero he aquí que, apenas a cinco pies de profundidad, se había tocado en piedra. Los tres nigromantes habían sido condenados a muerte en el acto: pena conmutada al día siguiente por la de destierro perpetuo; sin embargo, aquello no reparaba nada: el lugar de la segunda sepultura no seguía siendo menos indeterminado; también, por lo que parecía, se hallaban en gran perplejidad, allí, enfrente de mi casa, tras las paredes imperiales.

¡Oh, el viejo palacio, donde pasada a cuchillo murió esta emperatriz, y que fué después de la noche del crimen abandonado con terror! Una mañana de junio, bajo un espléndido sol impasible, ¡qué curiosa peregrinación me obligaron hacer

bajo la dirección de dos buenos hombres con trajes de muselina blanca y sombreritos de copa, de crin negra! En medio de los parques silenciosos, amurallados, que volvían con sus malezas a ser el matorral primitivo, había una confusión de pesados edificios suntuosos o de graciosos kioscos, todos ellos sumidos en penumbra por grandes estores; algo así como en los barrios de la «ciudad amarilla» en Pekín, con los mismos tejados de porcelana de líneas curvas, las mismas terrazas de mármol; en las escalinatas, monstruos guardianes agrupados como allá, pero teniendo otra cara, con un *rictus* de ferocidad diferente. En los patios enlosados crecía la hierba de los campos entre las anchas piedras blancas; entre estos mármoles, desunidos ya, maduraban las fresas silvestres, que yo recogía al paso y que mostraban sus manchas rojas sobre la blancura de las losas fúnebres.

Había también, entre los muros o entre rocas naturales, algunos jardines muy recogidos para los misteriosos paseos de las princesas de antaño; entre los jarrones de porcelana y los pretenciosos peñascales florecían peonías, rosas, iris, a pesar de la invasión de zarzas y gramíneas salvajes; los madroños, los cerezos semejaban por tierra sus frutos rojos, inútiles, perdidos hasta para los pájaros, que no osaban frecuentar este palacio del miedo. La pequeña habitación del crimen, sombreada también por los estores bajos, mostraba un lastimoso desorden: ensambladuras rotas, ennegrecidas, como si estuviesen ahumadas por el

fuego. El salón de ceremonias tenía una bóveda artesonada del rojo de la sangre, y por todas partes pinturas representando las divinidades y las bestias que pululan en la fantasía de estos hombres; el trono de Corea, del mismo rojo siniestro, se elevaba en medio: se destacaba monumental sobre una extraña pintura crepuscular, desplegada como el telón del foro de una decoración de teatro, donde entre nubes ligeramente doradas un planeta surgía ensangrentado por encima de montañas caóticas.

Así, pues, el emperador, no pudiendo acostumbrarse a este palacio donde veía manos aisladas, tintas en sangre, removerse alrededor de él desde que se hacía de noche, ordenó la construcción de ese pequeño palacio moderno y mezquino, al otro extremo de Seúl, cerca del barrio de los Consulados europeos, allá frente a mi vivienda; y todo se hallaba en ruinas en la casa que habitaron los suntuosos antepasados.

En otro palacio aún más antiguo que el del crimen, hemos sido conducidos esta mañana en cochecillos remolcados por hombres que corrían a grandes zancadas. Estaba muy lejos; cruzamos por barrios sin vida, por largas avenidas desiertas, por puertas coronadas de torreones negros. Los patios, las dependencias, los jardines, los parques, ocupaban un espacio infinito, toda una zona sagrada, privada, siempre inútil y baldía. Más lejos aún había inmensos edificios edificados sobre terrazas de mármol. Había un salón del trono, abandonado después de dos o tres siglos,

donde cientos de pichones, encaramados en la bóveda de laca roja, y que no esperaban nuestra visita, producían por cima de nuestras cabezas un ruido de alas asustadas; y este trono, más venerable, se destacaba también, como el precedente, sobre un paisaje de pesadilla, con bosques, cimas escarpadas y la aparición de una luna gigante o de no sé qué fantasma de astro sin rayos. Las habitaciones de las princesas eran pequeñas, oscuras, sepulcrales, ornadas de pinturas terroríficas, donde uno se preguntaba cómo las bellas de otros tiempos habían podido hacer su tocado, vestir sus luengas galas en aquella oscuridad.

Pero los parques tenían una melancólica grandeza con grupos de cedros centenarios, con lagos llenos de cañas y de lotos, verdaderos sitios de recogimiento, con horizontes casi salvajes en plena ciudad, dentro del cerco de las murallas; las bestias vivían allí como entre matorrales: las garzas reales, los faisanes, los ciervos y las gacelas; y mis dos guías me contaban que durante la noche los tigres —habitantes obstinados de las montañas de alrededor— escalaban los muros del cercado para hacer dentro de ellos su cacería.

***

Tres o cuatro días después de mi llegada a Seúl, nuestro almirante vino con otros oficiales para hacer una visita al emperador. Y una tarde se nos vió a todos, vestidos de gala, franquear el pórtico del palacio nuevo. La decepción había

sido completa para nosotros al entrar allá: ninguna magnificencia, ni siquiera alguna extravagancia propia de estas construcciones modernas. Los nigromantes, consultados sobre el aposento donde convenía recibirnos para que nuestra visita no tuviera funestas consecuencias, habían indicado obstinadamente una especie de tinglado de maderas color verde bronceado, con algunas pinturas bermellón. Se habían extendido unos tapices apresuradamente y llevado un gran biombo admirable, de seda blanca, único lujo de aquel salón al aire libre. Ante dicho fondo, de una blancura marfileña, bordado y recamado con flores, pájaros y mariposas, fué donde aparecieron el emperador y el príncipe heredero, de pie los dos y en una actitud consagrada, apoyando la mano sobre una mesita: el padre, vestido de amarillo imperial; el hijo, de rojo cereza. Sus vestidos suntuosos estaban todos recamados de oro, con faldones como de élitros sostenidos en el talle por cinturones de pedrerías. Algunos personajes oficiales, intérpretes y ministros, se mantenían a sus lados con trajes de seda oscura. Y todos estaban cubiertos con ese alto gorro de antenas de escarabajo que se llevaba antes en Pekín en tiempos de los emperadores remotos, y que es, por lo demás, la única concesión hecha por los coreanos a las modas chinescas. El emperador tenía una cara apergaminada, pálido, muy sonriente, con labios exangües, ojos pequeños, movibles y vivos; aparentaba mucha distinción, inteligencia y bondad. El príncipe, por el contrario, tenía el gesto duro, aire irritado y cruel;

parecía soportar a duras penas nuestra presencia; nos pareció que todo el tiempo su padre se vió obligado a calmarle con una mirada tierna y suplicante, con una frase dulce pronunciada en voz baja o bien con una mano acariciadora que cogía la mano del hijo para apoyarla sobre la mesita y retenerla allí. ¿Quién podrá adivinar los dramas íntimos, acaso, entre estos dos fetiches vestidos de seda amarilla el uno y de seda roja el otro? El emperador, cuya fisonomía se animaba cada vez más, interrogó al almirante sobre la guerra de China que habíamos acabado, sobre nuestros armamentos, nuestros acorazados, nuestros torpederos, y después de una audiencia muy prolongada que parecía interesarle, nos despidió con un cortés saludo.

En una sala muy nueva, edificada especialmente para las recepciones de los europeos, se verificó acto seguido un banquete ofrecido a nuestro almirante y a sus oficiales, al ministro de Francia y a los agregados a su Embajada. Todos los vinos, todos los platos de nuestros países han sido traídos aquí con grandes gastos: una comida que hubiera sido ofrecida por el Elíseo (1). La única nota exótica la daban los altos y extravagantes gorros de algunos personajes de la Corte, en quienes el soberano (que no se hizo visible) había delegado para sentarse silenciosamente entre nosotros.

(1) Una señorita francesa, entrada en años y muy respetable por cierto, está desde hace mucho al servicio del emperador para hacer los encargos a Europa y disponer las comidas.

Pero sabíamos que durante la velada el cuerpo de baile del emperador debía danzar para distraernos; ¡y era una espera tan divertida!

Al aire libre, en la deliciosa noche, se nos sirvió café, licores, cigarros, sobre un gran estrado improvisado, recubierto de alfombras europeas completamente nuevas y colgaduras claveteadas. Entre nuestras mesitas un ancho círculo permanecía vacío, sin duda para las danzarinas esperadas, pero que no aparecían por ninguna parte. La banda de música de nuestra escuadra, llevada por el almirante para distraer un momento al viejo soberano, tocaba ruidosamente cualquier vulgaridad, tal como «Las campanas de Carrión» o «La Mascota». Se hubiera creído uno en alguna fiesta extraña, en cualquier sitio menos en el palacio de altos muros de un emperador de Seúl.

Pero tan pronto como acabó la musiquilla saltarina, una orquesta coreana que no se veía preludió sin transición. El aire se llenó de bramidos siniestros lanzados por trompetas de timbre graves que los tantanes de diferentes tonos acompañaban con su estrépito. Era una cosa brusca, imprevista, desconcertante, pero tan lúgubre de oír, que uno se estremecía más bien que sentía deseos de sonreir. Y durante el primer minuto de sorpresa, dos enormes tigres, surgidos como por un escotillón, habían saltado en medio de nosotros en el espacio circular reservado a las danzarinas. Dos tigres rayados de Mongolia, mucho más grandes que los naturales; monstruos artificiales hechos con peluche negro y amarillo movidos

cada uno interiormente por hombres, cuyas piernas simulaban ser zarpas.

Sus cabezotas redondas, de ojos oscuros, con las crines sedosas, estaban interpretados con esa ciencia del gesto y de la ferocidad, con ese arte trascendental del *rictus,* que es peculiar entre las gentes de la extrema Asia. La orquesta de ellos tocaba algo triste y salvaje que no se parecía a nada conocido, pero en donde se distinguían poco a poco hábiles armonías. Y ellos, los dos tigres, danzaban acompasadamente una danza de osos moviendo de un lado a otro la cara, que denotaba una sonriente ferocidad.

Unos acróbatas aparecieron después asombrosamente rechonchos, con cuellos de toro, con vestidos de muselina blanca que dejaban transparentar el ímpetu de sus músculos macizos. Después de dar volteretas se pusieron en círculo para cantar; vocecillas de pájaro o de cigarra, trinos sinfin ejecutados al unísono con un conjunto perfecto y un virtuosismo raro en las notas extra-altas. De lejos aquello debía parecerse al alegre zumbido que producen los insectos entre el heno en las hermosas noches de verano. Se nos explicó que eran suboficiales de la guardia, que, por esta especial circunstancia, se habían vestido *de paisano*.

Unos servidores trajeron en seguida manojos de peonías artificiales de un tamaño inverosímil; otros vinieron a colocar un pequeño arco de triunfo de cartón pintado; y éstos eran los accesorios de las danzarinas tan deseadas, que aparecieron por último.

¡Una docena de personas tan menudas, tan graciosas, tan traviesas, tan pálidas, con un aspecto tan púdico en sus trajes largos! Minúsculas caras aplastadas, ojos entornados hasta el punto de no poder abrirlos, inverosímiles edificios de cabellos retorcidos, equivaliendo el de cada una al cabello de una docena de mujeres normales; ¡y unos sombreritos pastoriles colocados encima! Algo del siglo XVIII francés se encontraba en estos atavíos, de una moda infinitamente más antigua. Tenían una falsa apariencia de muñecas Luis XVI. Nunca bajo tales aspectos se hubiera imaginado uno danzarinas asiáticas; pero en Corea todo es absurdo e imprevisto.

Con los ojos bajos, la cara inexpresiva, ejecutaron una especie de danza trágica blandiendo cuchillos en sus manos frágiles. En seguida, quitándose su sombrerillo ridículo, hicieron un interminable juego de una puerilidad inocente. Una tras otra, con movimientos lasos y lánguidos, arrojaban una ligera pelota, que debía atravesar el gentil pórtico de cartón por un agujero horadado en el friso; cuando la pelota pasaba bien, las otras muñecas, con gracias prentenciosas, se apresuraban a plantar una peonía monstruo, como recompensa, en la falsa cabellera de la adiestrada personilla; si, por el contrario, la pelota no pasaba, la culpable era castigada con una cruz negra, que una de sus compañeras venía a trazarle con tinta china sobre la mejilla con solícita opresión.

Al final todas estaban pintarrajeadas y todas tenían encima del extravagante moño un edificio

de flores. Era cansada, soporífera, la continuada repetición de las mismas posturas amaneradas y de la misma intencionada lentitud al son de aquella música coreana, no tan terrible y chillona como la de hacía poco, cuando la danza de los tigres, sino misteriosamente tranquila, triste sin ser lastimera, como expresando la resignación del inmenso enojo de la vida. Era fastidioso, y, sin embargo, se mirába, se escuchaba, se experimentaba cierta fascinación; en todo aquello había elegancia, ritmo y arte lejano...

A la mañana siguiente dejamos todos juntos Seúl para reunirnos a la escuadra, cargados de regalos del emperador: una porción de paquetes cuidadosamente envueltos en papel de arroz con nuestro nombre escrito en el idioma del país; para cada uno de nosotros, un cofre de acero esmaltado de plata y otro de mármol verde; estores finísimos, piezas de nipis y pinturas sobre seda blanca, firmadas por artistas conocidos en el país.

***

¿Cuánto tiempo existirá aún la extraña Corea? Apenas acaba de sacudir el yugo indulgente de la China, he aquí que la rodean amenazas por todos lados: el Japon la codicia como una presa fácil al alcance de la mano; y por la parte del Norte, Rusia se acerca a grandes pasos a través de las estepas siberianas y las planicies de la Mandchuria. El viejo emperador, hace tanto tiempo como momificado, comienza a despertar en pleno azora-

miento, a sentirse de día en día más sometido a la dulce civilización del género occidental. Quiere ya ferrocarriles, fábricas que echen humo. Y, a toda prisa, armar soldados, hacer traer fusiles, cañones, todas esas cosas tan peregrinas que nosotros tenemos, *para matar pronto y a distancia*.

XLI

Han pasado tres meses. He vuelto a ver el inmenso Pekín de las ruinas y de la polvareda; he hecho mi gran excursión a caballo hasta las tumbas de Tsin; he visitado al emperador de Seúl y su vieja corte. Ahora estoy de vuelta y veo que aparecen de nuevo los esbeltos islotes anunciadores del Japón. Regresamos fatigados, y nuestro fuerte acorazado, como si tambien sintiese cansancio, tiene el aspecto de arrastrarse sobre las aguas cálidas y bajo el cielo abrumador. Las tormentas del estío se engendran en grandes nubes oscuras con las que está como cubierto todo el país.

Cuando entramos en la bahía de la señora Endrina, en el desfiladero de montañas, parece que se ahoga uno allí. Pero ¡cuán bello está todo! Y luego, no me siento tan extraño como en nuestra precedente llegada; vuelvo a hallar, como hace quince años, el concierto infinito de las cigarras y también las magnificencias de las frondas de junio. ¡Ah, la vegetación anual cómo domina con su frescor el matiz de esos árboles de invierno,

cedros, pinos o camelias, que reinaban únicamente aquí cuando vinimos en diciembre!

Se diría que no son las mismas caras de marineros sanas y regordetas las de éstos que el *Terrible* reconduce a Nagasaki: hay algunas de ellas que verdaderamente ni siquiera se las reconoce. Nuestro equipo ha padecido mucho sobre las aguas revueltas y pestíferas de Taku; ha sufrido, sobre todo, un calor maligno y un verdadero secuestro, más aún que con maniobras penosas y que con el gasto continuo de energías. ¡Bajo el cielo de China, la vida en común de seiscientos o setecientos hombres metidos en un casco de hierro donde enormes hornos de carbón permanecen encendidos día y noche; oír un eterno estrépito aumentado por la resonancia del metal; recibir el aire que ha pasado ya por cientos de pechos, y que una ventilación artificial apenas os envía; respirar por agujeros; estar constantemente bañado de sudor...! Ya era hora de llegar aquí, donde podía uno desperezarse, andar, correr, olvidar todo.

Son cerca de las cuatro de la tade cuando puedo al fin poner pie en tierra. En la calle me parecen guapas todas las musmés; tanto follaje y tantas flores me encantan; después de la China grandiosa y lúgubre, la de rostros herméticos y chabacanos, cada persona menudita de éstas que veo aquí me produce ganas de reir, e igual me pasa con estas casitas, estos sutiles cachivaches y estos jardines enanos. Vamos a reposar un mes en esta isla: Dios mío, ¡qué cosa más alegre es la vida! Es

demasiado tarde para ir a la montaña de Inamoto, que no me espera ni por asomo; iré, pues, por lo pronto, a cumplir mis deberes de familia, a saludar a la señora No me olvides y a mis cuñadas; en seguida me llegaré a casa de mi amiguita Lluvia de Abril, y puede ser, ¡quién sabe!, que a casa de madama Endrina, porque siento en mi espíritu esta tarde un algo extraño y elocuente que me atrae allí.

La calle ascendente que conduce a la casita de la danzarina, está solitaria, como siempre; y esta vez, triste, bajo el cielo tempestuoso y sombrío, con los manojos de hierbas, señales de abandono que el mes de junio ha sembrado aquí y allá entre las losas. Allá en la puerta, ese gato gordo, sentado con dignidad y mirando pasar las golondrinas, es, si no me engaño, Swong-san, con la cabeza pomposamente encuadrada en su gola de muselina, planchada a lo Médicis, sujeta por una lazada bajo la barba. Y detrás de la mampara de papel que acaba de abrirse en el primer piso, aquella muchachita vestida sencillamente, que se remanga los brazos, jabón en mano, para restregar con ahinco en una palangana de porcelana: es Lluvia de Abril, la sutil hada de las casas de té y de los templos, que se halla entregada hoy a los menudos quehaceres caseros, como la última de las musmés.

¡Y qué mona está sorprendida así! Nunca la había visto con este humilde traje de algodón azul, ni me lo había figurado, lavando ella misma sus finas medias de dedos separados, actuando

como una económica mujer de su casa. ¡Pobre saltimbanqui, después de todo, a pesar de su faralá profesional! ¡Pobrecilla, obligada acaso a hacer la mar de cuentas para poder ir tirando aquella familia, compuesta de tres seres: ella, la vieja y el gato!...

Lluvia de Abril quiere irse a vestir, un poco confusa, a ponerse un vestido bonito para ofrecerme el té.

No, te lo suplico; quédate con tu traje de hija del pueblo, hija mia, Lluvia de Abril; te encuentro así más real y más conmovedora. ¡Sigue como estás!

Al dirigirme a casa de la señora Endrina, me asaltó una especie de presentimiento del espectáculo demasiado galante que me estaba reservado allí. Era la hora del baño, que los nipones, las tardes de verano, practican sin misterio. En aquel barrio extremo, donde las costumbres se han conservado más sencillas que en el corazón de la ciudad, la cosa tenía efecto aún, como en los tiempos de Crisantemo; unas cuantas personas, tanto de un sexo como del otro, sin malicia alguna, se refrescaban en grandes tinas de madera o en tinajas de barro colocadas en las puertas o en los jardincillos, y sus caras, emergiendo del agua clara, demostraban un inocente bienestar... ¡Si estuviera también en su baño la señora Endrina!, me dije... Y sí que estaba.

Cuando hice girar el mecanismo secreto de la entrada, percibí al primer golpe de vista una tina que me era ya conocida hacía tiempo, de donde

emergía una nuca encantadora, igual que surgiría una flor de un florero; y la bañista, animosa y espiritual hasta en los sucesos más prosaicos de la vida, gozaba graciosamente a solas con hacer: «¡Blu, blu, blu, brrr!», resoplando fuertemente bajo el agua.

XLII

JULIO

¡Cómo ha cambiado todo en los senderos de la montaña! Una salvaje vegetación herbácea ha invadido todo; ha hecho casi desaparecer las tumbas, como una marea verde, inocente y fresca, que hubiera llegado en silencio por todas partes a la vez. Cuando subo hoy hacia la casa de la musmé Inamoto, bajo un cielo pesado y cargado de nubarrones, se enredan mis pies en los helechos y en las gramas; y a lo largo de la tapia que cerca el bosquecillo, no se ven ya las huellas que hice.

No podía sospechar yo que la musmé Inamoto estuviera allí aguardándome, y me produjo una gran emoción percibir, sobresaliendo tras la tapia gris, su frente y sus ojos, que me miraban llegar.

—¿Es a mí a quien esperas? ¿Luego sabías...?

—Ayer, cuando dispararon los cañones —me dijo—, reconocí el gran barco de guerra francés. No hay ningún barco tan grande y pintado de negro más que el tuyo.

¡Yo, que temía no encontrarla o quedar desen-

cantado al volver a verla! Creo solamente que ha crecido un poco, como los helechos de su parque; pero está hasta más guapa y me gusta más que antes la expresión de sus ojos.

Henos, pues, de nuevo juntos y al amparo del otro lado del muro, instalados en el suelo, entre el herbal, con la cabeza llena de cosas que quisiéramos explicar, pero obligados a atenernos a palabras harto ingenuas, a giros asaz pueriles que en rigor nada dicen; y, apenas me he sentado, cuando *pim*, noto un golpecito sobre la mano izquierda; *pam*, otro golpecito en la mano derecha. ¿Qué es lo que te pasa, pequeña musmé? ¡Tú que antes eras tan formal! ¡Ah! Son los mosquitos... Este invierno no habían nacido aún. Helos aquí en torno nuestro reunidos como una nube, pues han surgido a cientos, y en un instante, de entre la exuberante vegetación; así que todos esos cachetitos amistosos eran para libertarme de ellos. Entonces yo también obraré de igual modo; y *pim*, en las manos de ella; *pam*, en sus brazos desnudos, donde cada picadura levanta al punto una roncha más rosada que el ámbar de su carne. Con la mayor parte de las damas niponas de mi conocimiento, semejante juego degeneraría en seguida; con la señora Endrina, por ejemplo, no me aventuraría de ningún modo a hacerlo; pero con Inamoto eso no pasa de ser un juego casto de chiquillos...

—Mañana —me dice— traeré dos abanicos, uno para ti y otro para mí. Abanicarse muy fuerte es el mejor remedio: de ese modo todos se van.

XLIII

2 JULIO

En cuanto a la señora Osa, no ha crecido, ni mucho menos, como la musmé Inamoto; antes bien, se me figura que se ha ajado más aún y que su sonrisa, siempre prometedora, me enseña dientes cada vez más largos. Sin embargo, sigo frecuentando su viejo tenducho de vigas ennegrecidas y carcomidas por el tiempo: en primer lugar, porque está camino de la empinada necrópolis, casi a su sombra, y en segundo término, porque allí se encuentran ahora esos bellos lotos que son incomparables en los viejos maceteros de mi camarote. Estoy persuadido de que ciertas formas muy antiguas de jarrones de China fueron inventadas exclusivamente para los lotos. Flores de junio y de julio, flores de pleno verano, esos grandes cálices color de rosa, tan prodigados en todas las lacas japonesas, Crisantemo solía ponerlas todas las mañanas en nuestro cuarto; y el olor de las flores, más aún que la guitarra triste de mi suegra, me recuerda los tiempos de mi casa de

muñecas, en el piso de encima al que ocupaban el señor Azúcar y madama Endrina.

Pero ¿disfrutábamos entonces en esta bahía de un calor tan enervante? No guardo memoria de ello ni tampoco de estos aplanantes cielos de tormenta. Se ahoga uno entre estas montañas. Nuestros pobres marineros, cansados, no recuperan su buen semblante: lejos de eso; Nagasaki en esta época es un mal sitio para los anémicos de China, que, aquí como allí, deben continuar viviendo dentro de un recinto de hierro. Entre otros acaban de conducir al hospital al novio bretón que me había confiado el cofrecillo de regalos y la ropa blanca. En cuanto a nuestro Almirante, que el Japón nos había resucitado en nuestro último viaje, nos inquieta de nuevo: él, que a fines de invierno había recuperado su aspecto de jovialidad —y no dejaba nunca, cuando yo regresaba a bordo, de informarse, con un tono de gravedad que no tenía precio, de la salud de la señora Endrina—, no rechista, no se le oye ya bromear ni reir: han vuelto a aparecer en su cara los rictus de cansancio y de sufrimiento.

XLIV

3 JULIO

Una decepción amorosa me aguardaba hoy en el templo del Zorro, en casa de madama Cigüeña, a quien consideré un deber ir sin más dilación a ofrecer mis homenajes de llegada.

Con un tiempo pesado, bajo esas nubes a ras de tierra preñadas de tormenta, que no nos abandonan, había tomado los senderos de la montaña umbría. Estaban completamente cambiados, como los que conducen a casa de Inamoto, invadidos de herbazal salvaje y de grandes helechos; encontraba uno allí singulares mariposas de gran tamaño que se posaban con aire pretencioso sobre los tallos más altos, como para exhibirse; se respiraba una humedad cálida, saturada del aroma de las plantas; bajo la bóveda del follaje, asombrosamente tupida, todo parecía tibio y mojado: se hubiera uno creído un país tropical durante la estación insana.

Al llegar a lo alto, percibí de lejos a la señora Cigüeña como en acecho, bajo la techada galería,

que estaba enguirnaldada con las mismas rosas que en invierno, siempre esas rosas decoloridas a la sombra de los árboles, pero más numerosas en esta época, más abiertas, y deshojándose sobre el sendero como flores que estuvieran en trance de muerte por haberse prodigado en demasía.

El caso es que la dama, al verme aparecer, no manifestó más que frialdad, y se contentó con indicarme que tomara humilde asiento en un rincón.

Sus ojos seguían fijos mirando a lo lejos frente a nosotros, hacia el templo abierto, donde tres damas distinguidas, acompañadas de un chiquillo de cuatro años a lo sumo, acababan de ponerse a rezar después de haber tocado la campanilla de madera de mandrágora, suspendida de la cúpula; después de haberla tocado y vuelto a tocar a más y mejor, como intentando una comunicación urgente con el Dios de lo infinito. Eran visiblemente personas muy acaudaladas, pertenecientes a una sociedad en donde mis relaciones no me han hecho posible hacerme presentar. Frente al altar, arrodilladas y a gatas, se mostraban a nuestra observación vueltas de espaldas, o mejor dicho, de espaldas para abajo; y en sus reverencias hasta tocar la nariz con el suelo, nos enseñaban cada vez unos bajos de una elegancia tan exquisita como no puede pedirse más. Su niño, ataviado como un muñeco, parecía rezar con una convicción conmovedora: pero en él, por el contrario, habían sido suprimidos los faldellines interiores, sin duda debido a la alta temperatura; de suerte que, a cada una de sus inclinaciones, su vestido de seda se le-

vantaba para enseñarnos con inocente candor el culete.

¿Qué tendrían que solicitar del Dios extraño, simbolizado en el altar por dos o tres objetos de formas tan misteriosamente sencillas? ¿Qué concepciones particulares de la divinidad atormentaban sus reducidos cráneos, bajo sus bucles relucientes? ¿Qué angustias del más allá y del gran enigma las retenía tantos minutos de rodillas, ante aquel Dios tan despreocupado, tan arisco y malvado, a quien era preciso llamar constantemente la atención dando palmadas o tocando la campana de mandrágora?...

Una vez terminada su devoción se levantaron por fin, y fué aquél un momento de ansiedad para la señora Cigüeña, que, cada vez más a la expectativa, se adelantó en el camino. ¿Vendrían a tomar algo a la humilde casa de té, tan lindas damas, o bien descenderían sencillamente hacia Nagasaki por el sendero de musgos y de helechos?

¡Oh, alegría! ¡Venían sin vacilar!... Entonces la señora Cigüeña cayó de pronto a cuatro patas, con el rostro extasiado, murmurando a media voz frases de obsequio que manaban como el agua de una fuente.

Por lo demás, era agradable ver llegar a las visitantes y mirarlas franquear la cascada por el viejo puente de granito, bordeado de ramas colgantes. Eran lindas las tres, con los ojos rasgados nada más que lo preciso para imprimir a sus fisonomías el sello de la extrema Asia; finas y

casi incorpóreas, vestidas de sedas raras, que caían sin indicar casi sus contornos, y cuyos vuelos, guarnecidos de cordoncillos de plomo, tenían una rigidez artificial; peinadas y pintadas a las mil maravillas, como las damas que se representan en las estampas de la buena época puramente japonesa. La pagoda abierta formaba detrás de ella un fondo de una religiosidad lejana y extraordinaria. Arriba estaba la penumbra del ramaje, la tupida hojarasca y una parte de la montaña, que atravesaba los grandes nubarrones muy próximos. Abajo se veía el brusco descenso del sendero y del torrente, sumergiéndose ambos, uno junto al otro, en una oscuridad más sombríamente verdosa aún, bajo arbolados más espesos, entre esas rocas peladas, grisáceas, que semejan frentes o lomos de elefantes sumidos en la espesura de los helechos.

Las tres lindas damas avanzaban lentamente con vagas sonrisas, con el alma quizás aún en coloquio con el Dios que aquí reina. Y las esbeltas cascadas, corriendo bajo las hierbas, y los escolopendros, les entonaban una marcha triunfal de entrada, apacible y discreta, como si repicaran en láminas de cristal.

Se sentaron en el puesto de honor; y la señora Cigüeña, siempre a gatas, recibió de parte de ellas un largo encargo nutrido de detalles, confidencial si se quiere, al parecer, y entremezclado de saludos que no acababan de dirigirse ni de devolverse. Observé que no se hablaba más que en *degosarimas*, que es el modo más elegante de ha-

blar, y que consiste, como todo el mundo sabe, en intercalar esta palabra entre cada verbo y su desinencia. Nunca había oído a la señora Cigüeña expresarse con tanta distinción ni conducirse como mujer de tanta sociedad.

¿Pero qué es lo que podrían haber encargado aquellas damas? Madama Cigüeña, la mar de atareada a la sazón, acabó de recogerse las mangas, de lavarse las manos en el saltarín manantial que brotaba del peñasco más próximo, y comenzó a amasar con las dos manos, en un gran cacharro de porcelana, una pasta densa y negruzca que parecía muy consistente.

De aquel amasijo resultaron bien pronto una veintena de bolas oscuras del tamaño de naranjas; la señora Cigüeña, que tanto las había manoseado, pareció entonces no atreverse a tocarlas ni con el extremo de una uña, una vez que estuvieron a punto; para evitar un rozamiento siquiera, las sirvió a las damas con la ayuda de palillos y con precauciones de gata que tiene miedo de quemarse. Y aquellas bolas metían ruido al caer en los platos, como si fueran cosas muy pesadas, como pelotas de mástic o de cemento.

Después de haber gulusmeado algunas golosinas menudas, cada una de aquellas distinguidas damas se engulló con mil melindres hasta media docena de los susodichos objetos negros y compactos. Otras cualesquiera se hubieran muerto en el acto. El niño de los bajos simplificados devoró tres; y cuando se trató de ajustar la cuenta se entabló un diálogo en estos términos:

—¿Cuánto pagar-degosarimas-hemos?

—Pagar-degosarimas-han, dos francos setenta y cinco céntimos.

Pero hay que tener en cuenta que la deficiente traducción que hago no es más que un esfuerzo impotente para conseguir la combinación de adorables entonaciones, todo lo que la señora Cigüeña, nada más que por su modo de pronunciar cada sílaba, supo poner de su parte como un discreto arreglo en la revelación de aquella cifra, y su reverencia, un poco obstinada, bosquejada al final de la frase para agregar a ésta un tantico de gracia, para añadirle un poquitín de picardía.

Las damas, no queriendo por su parte quedarse atrás en tan delicados modales, ofrecieron entonces, una tras otra, sus moneditas con el dedo meñique levantado, imitando la postura traviesa de un mono que presentara a otro un terrón de azúcar haciendo ademán de disputárselo en leve chanza amistosa.

¡Decididamente, no hay más que el Japón en donde se practique el amable y verdadero arte de saber vivir!

En cuanto las bellas se marcharon por fin, la señora Cigüeña, despues de una larga genuflexión final, intentó acercarse a mí y agasajarme con algunas carantoñas. Pero a mí no me la daba ya. Comprendí que yo no era para ella sino uno de esos entretenimientos o amoríos que una mujer así no se atreve casi a confesar ante las personas verdaderamente empingorotadas de la clientela.

XLV

25 JULIO

Las mariposas del sendero de la señora Cigüeña no eran sino unos vulgares insectos comparadas con la que voltijeaba esta tarde en el jardín de mi suegra.

En la media luz habitual de la casa tomábamos el té, a las cuatro, sentados sobre las blancas esterillas, en el santo suelo, y agitando negligentemente los abanicos, tanto para refrescarnos como para espantar algunos mosquitos indiscretos. Madama Endrina —pues estaba allí por haberse dedicado a frecuentar asiduamente de nuevo la casa de la señora No me olvides, desde mi regreso al país—, madama Endrina, tan propensa al sudor durante el período canicular, separaba con una mano los bordes de su corsé con objeto de abanicarse el estómago, y hacía así penetrar en su interior deleitosas, audaces y sutiles ráfagas, que, por estar la cintura oprimida, se veían impedidas púdicamente de aventurarse demasiado abajo. Tres de mis sobrinillos, niños de cinco a seis años, es-

taban sentados con nosotros, listos a todo y luchando contra el sueño. Contemplábamos todos, como siempre, el eterno paisaje artificial, que es el orgullo de las casas; los árboles enanos mirándose en el riachuelo, que parecía momificado con su superficie empañada de polvo. Un rayo de sol pasaba sobre aquellas cosas nostálgicas sin tocarlas, una franja luminosa que ni siquiera rozaba la cima de los peñascos reverdecidos por el musgo, de los cedros contrahechos con aspecto de ancianos; y en aquel sutil paisaje nada podía hacer prever la visita de la mariposa que nos llegó de pronto por encima de la tapia. Era uno de esos seres sorprendentes que hacen brotar a la luz las vegetaciones exóticas, con las alas recortadas y extravagantes, demasiado anchas, demasiado suntuosas para el frágil e imponderable cuerpo, que apenas podía sustentarlas. Volaba torpe y pretenciosamente, juguete de la menor brisa que por casualidad hubiera soplado; quedó un poco intencionadamente en el rayo de sol, que la convertía en una cosa luminosa y resplandeciente, en medio de aquella triste decoración, sumida por entero en la sombra muerta. Y la proximidad de semejante jardín pigmeo, que no era más que una mesa revuelta, para engañar la vista, daba a la mariposa tanta importancia, que parecía aún más grande de lo que en realidad era. Largo tiempo siguió revoloteando por encima de nosotros haciendo monadas y coqueterías, sin posarse en ninguna parte. En otros países, los niños que la hubiesen visto se hubieran puesto a cazarla a

sombrerazos, hasta cogerla; mis sobrinillos niponnes, por el contrario, no se movieron siquiera, limitándose a mirar; todo el tiempo los círculos de ónix de sus pupilas giraban de derecha a izquierda, entre la estrecha hendidura de los párpados, a fin de seguir el vuelo, que les cautivaba; sin duda, iban almacenando en su cerebro documentos para componer más tarde esos dibujos, esas pinturas en que los japoneses descuellan al reproducir, exagerándolas, las actitudes de los insectos y la gracia de las flores. Cuando la mariposa hubo revoloteado bastante entre nosotros, se fué para recrear otros ojos en otro sitio. Y nunca comprendí tan bien como entonces que existen pequeños seres inocentes puramente decorativos creados por el solo encanto de su colorido o de su forma... Pero entonces, puestos a hacer, ¿por qué no haberlos inventado más bonitos aún? Al lado de mariposas o escarabajos, no muy maravillosos que digamos, ¿por qué esos millares de seres iguales, sólo que oscuros e insignificantes, que son como ensayos, buenos sólo para ser destruídos?

Nada es tan desconcertante para el ánimo como advertir en las cosas de la creación un indicio de vacilación o de impotencia. Y más aún de sorprender en ellas la prueba de un pensamiento, de una perspicacia, de un cálculo innegables, pero a la vez ingenuas, torpes y de poco alcance. Así, entre mil ejemplos, las espinas en el tallo de las rosas parecen testimoniarnos con creces que, acaso miles de años antes de la creación del hombre, se había previsto la mano humana, que era la úni-

ca capaz de sentir la tentación de cogerla. Pero entonces, ¿por qué no haber también previsto el cuchillo o las tijeras, que vendrían más tarde a destruir aquel pueril medio de defensa?

Después que se marchó la mariposa, mi suegra sacó de la funda de seda roja su guitarra, que tan pronto me encanta como me angustia. Las cuerdas comenzaron a gemir algo así como un himno a lo desconocido; y las pupilas de ónix de los tres niños, que no podían ya mirar más que al jardín desierto, de nuevo se inmovilizaron; pero se guardaron muy bien de entregarse al sueño; sus cabecitas felinas, reflexivas y sin duda superiormente lúcidas, se interesaban en el enigma de los sones, sintiéndose sin sueño y cautivados sin poder definir bien el porqué...

De todos los misterios entre los cuales transcurre nuestra vida asombrada e inquieta sin comprender nunca nada, el misterio de la música creo que es uno de los que deben confundirnos más: el que una reunión o sucesión de notas apenas diferente de otras, que no es más que una cosa banal, pueda pintarnos épocas, razas, comarcas de la tierra o de otros mundos, sugerirnos las tristezas, las emociones de Dios sabe qué existencias futuras o acaso ya vividas hace innumerables siglos; darnos la visión y casi la seguridad de un más allá celestial, como ocurre con ciertos fragmentos de Bach o de César Franck, por ejemplo; o bien, por último, como lo que me canta la guitarra de esta mujer, hacernos entrever el fondo feroz, pavoroso e incomprensible de todas las cosas japonesas.

XLVI

REPATRIACIÓN DE LOS ZUAVOS

AGOSTO

ALMIRANTE:

»Recibo vuestro despacho y acabo de comunicarlo a mi batallón, que ha lanzado un hurra en honor vuestro.

»No os habíais engañado: el saludo de nuestra bandera era el saludo de la segunda brigada a nuestros hermanos de la flota, que, después de habernos trazado tan bien nuestro deber al comienzo de la campaña, han aceptado a continuación durante largos meses la pesada, penosa e ingrata carga de asegurar nuestro bienestar.

»Pero en el espíritu de todos, ese saludo debía también, y más que a nadie, ir dirigido a vos, Almirante, en quien hemos sentido vibrar el ardiente amor a la Patria; a vos, a quien tanto veneramos todos y a quien tan dichosos hubiéramos sido en servir..., etc.—*El coronel* *** al mando del regimiento de marcha ***.»

Cuando he releído esta carta de espíritu tan

militar, tan sencilla y a la vez tan vibrante, que nuestro Almirante ha guardado entre sus papeles de recuerdos, evoco súbitamente en mi memoria la escena de aquella repatriación de zuavos.

Un cuadro siniestro, ultra-lejano: el golfo de Petchili. Un mar inerte bajo la pesadez de un cielo incoloro que semejaba incubar la fatiga y la fiebre. Y allá, de pronto, en la atmósfera sorda, en medio del silencio aplanante, un clamor magnífico y juvenil: algunos centenares de jóvenes, hijos de Francia, gritando vivamente, en tanto que se inclinaban ante sus ojos, para un grandioso adiós, esos sublimes andrajos que se llaman banderas.

Los que gritaban de aquel modo con toda la fuerza de sus pulmones eran marineros y zuavos. Los zuavos regresaban a su país natal o a su segunda patria argelina. En cuanto a los marineros, se quedaban; durante largos e indeterminados meses debían seguir aún su destierro. Y aquellos hurras de adiós se lanzaban en un golfo asfixiante del mar Amarillo, en la época de las tormentas de julio, durante la horrible canícula china. Nuestro *Temible* —en tanto que su marinería por un momento se embriagaba así de juvenil entusiasmo— languidecía inmóvil, parecía muerto entre las aguas color de cieno y el cielo de plomo; y como cada día sus murallas de hierro condensaban aquel vaho asfixiante, a la larga, se volvía anémica la salud más robusta y palidecían aquellos semblantes de infelices que contaban una veintena de años.

Por el contrario, el paquebot más ligero que iba a conducir a aquel millar de zuavos, evolucionaba en aquel momento con aire de bienestar sobre el mar apacible: maniobraba con intención de pasar a popa de nuestro enorme acorazado para rendir el saludo que deben rendir al Almirante los que han acabado el servicio y se disponen a partir.

Conocíamos desde hacía mucho tiempo a aquellos zuavos, y una especie de particular fraternidad unía a nuestros hombres. Fuímos nosotros quienes el año anterior los habíamos instalado al pie de la Gran Muralla en el fuerte chino, donde habían habitado durante el invierno; fuímos nosotros quienes, a raíz, les procuramos su aprovisionamiento de víveres y sus comunicaciones con el resto del mundo, en quel rincón perdido. Finalmente, cuando algunos de ellos sucumbieron bajo las balas rusas, nosotros asistimos a los funerales, yendo el mismo Almirante presidiendo el duelo —un cortejo que creo volver a ver pasar bajo las nubes lívidas de una mañana de noviembre, en los primeros estremecimientos del otoño, mientras se deshojaban sobre nosotros los tristes sauces de la China...—Y en reconocimiento de todo aquello y de mil cosas más, su batallón se llamaba «el batallón del Almirante Pottier».

Había llegado para ellos la hora de abandonar el terrible Imperio Amarillo.

Aparte de una veintena que dormía en tierra extraña, en el pequeño camposanto improvisado de Ning-Haï, todos los demás regresaban a Euro-

pa. Toda la noche anterior, con una mar revuelta y peligrosa, habían luchado nuestros marineros por embarcar sus municiones, sus equipajes, y lo habían hecho todo con su abnegación habitual, sin un reproche, sin preguntar: ¿Por qué se van los zuavos? ¿Por qué se van todos los soldados, en tanto que no ven el medio de que regresemos nosotros los marineros, fatalmente consagrados, por las condiciones mismas de esta campaña tan particular, a los oscuros menesteres y a las fatigas abrumadoras?

Digo, pues, que el paquebot que conducía al batallón del Almirante Pottier se acercaba tranquilamente al *Temible* mostrando a todos los zuavos sobre el puente en nutridas filas, volviendo hacia nosotros centenares de rostros atezados, cubiertos con la gorra escarlata. Era a la puesta del sol, que no se mostraba ya, pero que difundía rojizos resplandores en el cielo nublado y sobre el mar cenagoso; el arco del horizonte permanecía indefinido, perdido entre los vapores de aquellas tormentas, que siempre amenazaban sin estallar nunca; y aquí y allá fenomenales humaredas negras como el aliento de un volcán, lanzadas por navíos de guerra, completaban la lúgubre fealdad de las perspectivas que nos fueron familiares durante varios meses en el golfo de Taku.

Entretanto, se había hecho subir a cubierta a todos nuestros marineros para que vieran marchar a los zuavos; y cuando en honor de ellos la banda del *Temible* entonó la *Marsellesa,* se vió sobre el paquebot que se aproximaba cómo se le-

vantaban los cientos de gorras bermejas con un movimiento unánime, descubriendo el pelo cortado al rape de las cabezas morenas o rubias; al punto se alzaron los habituales clamores: «¡Vivan los marinos! ¡Viva el Almirante!» Respondiendo los marinos: «¡Vivan los zuavos!»

A una voz de mando o a un silbido de los que dirigían la maniobra, aquellos gritos inmensos estaban regulados, de modo que surgían al unísono y se oían claras las palabras. Y la soberbia algarabía de aquellas voces de hombres sobrepujaba al ruido de los tambores y de las cornetas, rasgaba cada vez la atmósfera, mientras que se humillaban y se erguían lentamente para un saludo las banderas de los dos navíos, sus anchas bandas tricolores, que resaltaban aquella tarde sobre los tristes matices del mar y del cielo.

Pero como todo aquello no traspasaba los límites del ceremonial acostumbrado en las despedidas, el comandante de los zuavos improvisó una cosa nunca vista: al pasar por debajo de nuestro acorazado, bajo la galería donde estaba nuestro Almirante, hizo desplegar la bandera del batallón, su bandera de Africa, e inclinarla ante él.

Entonces, ante aquella inesperada aparición de la vieja reliquia de tres colores, los hurras más formidables surgieron de nuevo de los pechos de aquellos mil desterrados, que habían ido allí, a aquel golfo estéril, a sacrificar, sin una protesta, años enteros de juventud y a correr el riesgo de morirse.

Y todo aquello era belleza, era vida: entusiasmo

de jóvenes, de valientes, de gente sencilla, con ideas sencillas también, pero soberbiamente generosos, y sin duda alguna eternas a pesar del esfuerzo de una secta moderna para destruirlas...

Morían los gritos, que apenas si retumbaban ya en el silencio, cuando fuí advertido por un timonel de que el Almirante me llamaba.

—Quería saber —me dijo— si ha estado usted sobre el puente, si ha presenciado usted esto. ¿No es verdad que fué hermoso?

Y mientras seguía saludando y sonriendo al barco de zuavos, que se alejaba, vi que tenía los ojos nublados de lágrimas.

No tardó en disminuir de tamaño a nuestra vista el paquebot, llevando su negra humareda hacia las lejanías de aquella planicie sin límites, de un matiz indefinido, que era el mar. Parecía imposible que aquella insignificancia, perdida en el infinito, debiera algún día llegar a Francia, porque aquella tarde se la comprendía más que nunca a distancias que daban vértigo detrás de tantos mares y continentes; sin embargo, se sabía que al cabo de un mes, de cinco o de seis semanas llegaría; entonces algunos de aquellos marineros que gritaban tan alegremente hacía poco, miraban allá lejos —en lo hondo de las brumas de la tarde— la desaparición de aquel átomo, con una expresión de rostro trasmutada y en los ojos una tristeza de chiquillos.

XLVII

23 SEPTIEMBRE

Hacia mediados de julio el *Temible* había dejado Nagasaki para regresar a Taku, en China, el punto de sus fatigas. Después de dos meses de penosos trabajos, y una vez terminado el reembarco del Cuerpo expedicionario, hemos emprendido el rumbo hacia el Norte del Japón sin pérdida de tiempo, con objeto de que todo el equipo pueda respirar un poco de aire fresco y saludable antes de retornar hacia la Cochinchina, tan enervante y cálida.

Y hoy hemos tocado en aguas de Yokohama con un tiempo fresco, de esos que devuelven la vida a los anémicos. Hubiéramos preferido, sin embargo, Nagasaki; pero no entra en el programa de este invierno y acaso no lo volvamos a ver ya, cosa que sería sumamente sensible.

Hace quince años Yokohama era ya la ciudad más europea del Japón. Y luego, el bienhechor progreso ha marchado allí de un modo tan acelerado, que no hay quien lo conozca. En las calles,

¡qué de hilos eléctricos la envuelven en la actualidad como las desmesuradas redes de una telaraña inmensa! ¡Qué lamentable mascarada! Sombreros hongos de todos los estilos, ternos color de pulga, color de rata, todos los depósitos de trajes invendibles en Europa prodigados a más y mejor sobre estos señores, que aún no hace mucho se vestían de seda. Importantes almacenes modernos donde se liquidan en gran escala, para ser exportadas a América, imitaciones, reproducciones habilidosas de esos objetos de arte, demasiado amanerados para mi gusto, pero singulares y graciosos, que los japoneses componían antaño con tanta paciencia e ilusión.

Por todas partes soldados y más soldados de los regimientos en maniobra, en parada, como en plena guerra.

Para colmo, al volver una esquina me veo interrumpido e interrogado vivamente en correcto inglés por un periodista de faz amarilla que lleva chaqué y sombrero de copa... Entonces me vuelvo a bordo, no queriendo saber ya nada más del dichoso Japón.

XLVIII

5 OCTUBRE

Y me he privado de ver esta ciudad y los alrededores hasta el instante de nuestra partida.

Algunos de mis camaradas han ido a visitar el gran arsenal próximo; han encontrado allí actividad, nubes de humo negro como a orillas del Támesis, y han vuelto estupefactos de la gran cantidad de navíos y de máquinas de guerra que se preparan allí febrilmente durante noche y día.

Otros han ido a Tokío para acompañar a nuestro Almirante a una recepción de Sus Majestades niponas. En las calles se han cruzado con grupos de estudiantes que protestaban en manifestación contra el extranjero; y un oficial, volcado de su carricoche de manos por mala intención, se ha fracturado el brazo. Han visto a la Emperatriz, que hoy día aparenta ser una pobre mujer insignificante — vestida en París por algún buen creador de modas—, elegante a pesar del disfraz, guapa aún, hasta joven si se quiere, bajo el colorete y

los polvos y conservando la prestancia que siempre tuvo, ese aspecto de diosa ofendida de que alguien se atreva a mirarla.

Pero ¡cuánto más prefiero no haberla visto de nuevo y conservar la impresión de la exquisita imagen primera! Aquella emperatriz Primavera, en medio de sus jardines, rodeada de crisantemos salvajes y en paisajes nunca vistos, no pareciéndose a ninguna criatura terrenal.

Así, pues, no he vuelto a poner pie en tierra en este Japón modernizado, mientras ha durado nuestra escala.

Por el momento nos dirigimos hacia el Sur, mansamente, por el mar interior; y esta tarde, al entrarse la noche, acabamos de anclar por dos días ante Miyasima, la isla sagrada en la que rigen leyes extrañas y especiales. La isla se nos aparece en este momento como un lugar de misterio que no quiere dejarse ver demasiado. Debe de ser un bloque de elevadas montañas cubiertas de selvas; pero nosotros percibimos tan sólo la base deliciosamente verde, la parte que toca con las playas y el mar; todo lo demás queda desvanecido por nubes vigilantes y celosas que, a poco más, descenderían hasta arrastrarse al nivel de las aguas.

Contra lo que se esperaba, parece decidido que nos detendremos en Nagasaki, al pasar, durante dos o tres semanas, con objeto de verificar algunas reparaciones en el barco; y es ya casi una fiesta volver a ver toda esa gente femenina en aquella bahía tan bella. ¡Allí, por lo menos, perdu-

ran aún tantos recovecos del pasado! Y llenaremos, por última vez, nuestros ojos y nuestra inteligencia de mil cosas perecederas que se desvanecerán mañana para dejar paso a la más fea vulgaridad.

Porque, al fin y al cabo, no tenía más que su gracia y el encanto incomparable de sus sitios maravillosos. Una vez desvanecido todo esto al soplo del bienhechor progreso, ¿qué es lo que quedará? La gente más fea de la tierra, físicamente hablando. Una raza agitada, reñidora, henchida de orgullo, envidiosa del bien del prójimo, que maneja con una crueldad y una destreza de mono esas máquinas y esos explosivos, de los cuales hemos tenido la incalificable imprevisión de descubrirle los secretos. Un pueblo completamente ruin que será, al frente de la gran familia amarilla, el fermento de odio contra nuestras razas blancas y el excitador de las matanzas y de las invasiones futuras.

XLIX

DOMINGO, 6 OCTUBRE

En verdad que los japoneses a veces os confunden, os obligan de pronto a admirarlos sin reserva por alguna pura e ideal concepción de arte; entonces se olvidan por un momento sus ridiculeces, sus rarezas, su vanidosa petulancia; os tienen sometidos bajo su encanto.

¡Por ejemplo: esta isla sagrada de Miyasima, ese refugio paradisíaco donde no se permite matar a un animal ni talar un árbol, donde nadie tiene el derecho *de nacer ni de morir!*...

Ningún lugar del mundo le es comparable, y los hombres que en otros tiempos imaginaron preservarla con semejantes leyes, eran unos maravillosos soñadores.

Desde ayer, desde que echamos ancla frente a la isla santa, no cesa de gravitar sobre ésta el mismo cielo bajo y oscuro; en parte nos la disimula, nos recata todas sus selvas de la parte alta como lo haría un velo extendido sobre un santuario, y eso hace mayor aún la impresión que causa:

se diría que comunica por la cumbre con el dios de las nubes.

Una lluvia sutil y tibia, que apenas moja y que parece perfumada con los aromas de plantas extrañas, comienza a caer, cuando me dirijo hoy en ballenera hacia la tranquila playa de Miyasima. Y veo en primer lugar vetustos templos, o mejor dicho, viejos pórticos de templos que avanzan hasta el agua, pórticos religiosos construídos sobre cimientos pilares y reflejados en este mar minúsculo y cerrado que nunca tiene serias crisis de furor. Veo también un pueblo; pero no parece de veras, según están las casitas de coquetonamente colocadas entre vergeles de plantas raras; se diría un pueblo sin utilidad, inventado y construído para el sólo placer de los ojos. Y más arriba comienza en seguida el espeso boscaje, la inviolable selva secular que va a perderse entre las nubes grises.

¡Una isla de donde se ha querido desterrar todo sufrimiento, hasta para los animales, hasta para los árboles, y donde ningún ser tiene el derecho de nacer ni de morir! Cuando alguno está enfermo, cuando una mujer está próxima a ser madre, se les traslada con toda prisa en una embarcación a una de las grandes islas de alrededor, que son tierras de dolor como el resto del mundo. Pero aquí no: nada de llantos, nada de gritos, nada de penas. Paz y seguridad también para los pájaros de los aires, para los corzos y las gacelas del bosque...

Heme ya sobre la playa de fina arena, donde me

rodea por todas partes el follaje, húmedas enramadas que casi tocan con el cielo bajo, por encima de mi cabeza, y que se sumergen al punto en el misterio de las nubes. A cada lado de la umbrosa avenida que se presenta ante mí, se ven abiertas al público casas de té. Alternan con tiendecillas minúsculas para uso de los peregrinos que afluyen aquí de todas partes del archipiélago nipón: se venden en ellas idolillos, emblemas menudos, tallados en la madera de algún árbol —muerto de muerte natural, claro es, sin lo cual nadie hubiera osado cortarlo—. A continuación hay una calle que me conduce a la bahía próxima, la cual hace las veces de tabernáculo en este inmenso lugar de adoración, que es en realidad la isla toda. Asoma otra calle tan recogida, tan serena y tan tranquila, que le choca a uno encontrar allí transeuntes, algunos nipones parecidos a aquellos otros, algunas musmés que sonríen, todo como en una calle cualquiera. Del lado del mar está bordeada por una fila de pequeños edificios religiosos, de granito, que se suceden como la balaustrada de una pendiente: siempre estos mismos edificios pequeños, de tejado esquinado, de una forma invariable a pesar de los tiempos y que, de un lado a otro del Japón, anuncian la proximidad de templos o de necrópolis, despertando en los iniciados el sentimiento de lo desconocido o de la muerte. Del lado de la montaña se está dominado por las ramas que se inclinan, los helechos que cuelgan; árboles cuya edad se ignora extienden sus ramas demasiado largas y fatigosas, que se han sosteni-

do piadosamente con muletas de madera o de piedra; cycas que serían altos como palmeras de Africa, pero que se inclinan, se encorvan de puro viejos, tienen soportes de bambú, apoyos hechos con cuerdas trenzadas para prolongar lo más posible sus existencias indefinidas. Y vagos senderos suben verticalmente a través de este reino de plantas, van a perderse en la oscuridad de lo alto, entre el arbolado demasiado espeso, entre las lluvias, las tempestades siempre suspendidas; senderos donde acaso hay huellas de esos animales de los bosques, que son inofensivos aquí, y a los cuales nadie hace mal.

Templos, propiamente hablando, no hay ninguno; la isla es el templo, y como decía antes, la bahía es el tabernáculo. Para cerrarla a los profanos, esta bahía de la gran serenidad umbrosa, de pórticos religiosos, tiene muchos arcos guardando la entrada; avanzan como imponentes y mudos centinelas, bastante lejos del mar; son muy altos, de más puro estilo antiguo, con partes que comienzan a crujir por vetustas, sobre todo por la base, por donde reciben la eterna caricia húmeda de Benten, diosa de este lugar. Por encima de su reflejada imagen, eternamente invertida, que les alarga otra mitad, parecen inmensos y demasiado esbeltos para ser reales.

Se puede, si se quiere, dar la vuelta a la bahía; pero el camino de peregrinos la atraviesa sobre un puente sagrado, sostenido por estacas y que está recubierto en toda su longitud por un tejado de tablas de cedro. A cada lado de este cami-

no, en equilibrio, sobre el agua en calma, los emblemas y las pinturas mitológicas se suceden como si fuesen las estaciones de un *Via-Crucis*; hay allí un arcaísmo que estremece; se ve sobre todo Benten, la pálida y delgada diosa del mar, envuelta en sus largos cabellos como chorros de agua marina.

Siguiendo la línea de grava, encuentro una pradera de césped aterciopelado, que se extiende entre la playa y la montaña en pico, con su manto de verdor. Una aldea de pescadores hay allí, de una tranquilidad paradisíaca, rodeada de malvaviscos con flores rosadas. Ante la puerta de sus cabañas, hombres medio desnudos, con musculaturas soberbias, repasan sus redes: se diría una escena de la edad de oro. (Unicamente los pescados no gozan del privilegio general: los pescan y se los comen. Constituyen, por otra parte, el principal alimento de los japoneses, que no sabrían pasarse sin ellos.)

Más lejos, un manantial arroja agua en un pilón natural; y he aquí un tropel de ciervas, con sus cervatillos, que descienden del bosque para beber. Por temor de asustarlos yo, había moderado el paso; pero comprendí bien pronto que no se espantaban. Así, que un instante después caminábamos juntos por el mismo sendero de sombra, tan cerca ellas de mí, que yo sentía su aliento sobre mi mano.

A la tarde, cuando vuelvo por la bahía guardada por los grandes pórticos reflejados en el agua, veo otra manada de ciervas que se entre-

tienen en atravesar el frágil puente sagrado entre las imágenes de dioses y diosas. Y una vez que llegan al final, se las ve emprender una súbita y fantástica carrera en que el temor no existe ciertamente, ni mucho menos; desfilan entonces raudas como el viento; después desaparecen en los senderos de la montaña enhiesta, y bien pronto sin duda en las nubes próximas, donde alguna divinidad de aquí ha debido llamarlas.

L

LUNES, 7 OCTUBRE

REGRESAMOS esta mañana sin haber visto la cima de la isla de los bosques —la cúpula podría decirse de este inmenso templo verde—, porque el mismo dosel de nubes persiste en envolverla. Al instante desaparece la abrupta ribera, tan magníficamente tapizada de verde; desaparecen los pórticos religiosos siempre como centinelas en las orillas, con sus largos reflejos en el agua.

Marchamos tranquilamente sobre este mar interior, que es como un lago inmenso de riberas deliciosas. Las grandes embarcaciones antiguas, con velas semejantes a estores tapizados, circulan en todos sentidos empujadas hoy por una brisa muy suave, templada como las de estío. Acá y allá, en el fondo de las lindas bahías, se perciben pueblos aseados, cuyas casitas de tablas de cedro están casi siempre protegidas por alguna vieja pagoda encaramada allá arriba en un rincón de sombra y de grandes árboles. De trecho en trecho, un

castillo de Samurais: fortaleza de murallas blancas con torreón negro; alguno de estos torreones chinescos tienen muchos pisos de tejados y dan en el acto la nota de la extrema Asia. Y en este Japón, los cultivos no afean el campo como en nuestros países; las tierras de cultivo, los arrozales, son millares de terrazas superpuestas; en el flanco de los ribazos se diría, vistos desde lejos, que eran innumerables tapices verdes.

Para un pueblo es ya un raro privilegio y una garantía de larga vida ser *pueblo insular*; pero sobre todo es una suerte única tener un mar interior, un mar completamente propio donde se puede con seguridad absoluta abrir sus arsenales y pasear sus escuadras.

LI

JUEVES, 10 OCTUBRE

ANTES de salir esta mañana del mar interior, nos habíamos detenido los últimos días en algunos pueblos próximos. Pueblos muy semejantes entre sí, donde parecía reinar la misma actividad física y la misma tranquilidad en los espíritus. Puertas pequeñas obstruídas por barcas donde se percibía el acre olor de la salmuera. Casas construídas con fino y delicado trabajo de ebanistería de un primor ideal, conservando el brillo de la madera nueva. Una población alerta y vigorosa, singularmente diferente de la de las ciudades, bronceada por el aire marino, educada en la fuerza, en resistencia, con sangre bermeja en las mejillas. Hombres desnudos como los antiguos, con frecuencia admirables a pesar de su poca talla, con musculatura excesiva, semejantes a reducciones del Hércules de Farnesio. A decir verdad, mujeres sin gracia, no obstante su saludable color y sus cabellos alisados, demasiado fuertes, demasiado obesas, con enormes manos coloradas.

E innumerables niños; chiquillos por todas partes, llenando los senderos, divirtiéndose en la arena, sentándose en fila al borde de las embarcaciones como bandadas de pajarillos. Este pueblo no tardará en sentirse como ahogado en sus islas y fatalmente le será preciso extenderse a otra parte.

En el campo, alejándose de la costa, se halla la misma gente laboriosa y resistente; no es en la pesca en lo que se gastan aquí las energías de los hombres, sino en trabajos de la tierra japonesa, donde cada parcela es aprovechada con solicitud. Los millares de arrozales, en terrazas que se perciben en toda la extensión, se mantienen frescos por medio de enrejados sin fin hechos con pequeños conductos de bambú, con regadíos ingeniosos; todo esto ha debido costar una cantidad de trabajo enorme, y atestigua la paciencia hereditaria de muchas generaciones de agricultores, de brazos infatigables.

En estos campos tranquilos es donde el Mikado piensa encontrar, cuando llegue la hora, reservas para su ejército. Harán unos soldados asombrosos estos aldeanos de superior musculatura, frente ancha, baja y obstinada, con la mirada oblicua de gato, sobrios de padres a hijos desde sus orígenes, sin nerviosidad y por consiguiente sin temblar ante el derramamiento rojo de la sangre, no teniendo por otra parte más que dos sueños, dos cultos: el de su tierra natal y el de sus humildes antepasados.

Eran seres privilegiados y felices en este mundo, dichos aldeanos, hasta el día en que la locura

contagiosa —como se ha convenido en llamar al progreso— ha hecho su aparición en este país. Ya en la actualidad es el alcohol, que se filtra entre sus pueblos en calma; son los impuestos exorbitantes y aumentados cada año, para pagar los nuevos cañones, los nuevos acorazados, todas las infernales máquinas; ya se quejan de no poder vivir. Y pronto se les verá por miles y cientos de miles sembrar con sus cadáveres estas llanuras de la Mandchuria, donde debe desarrollarse la guerra inevitable y próxima... ¡Pobres aldeanos japoneses!...

Así, pues, nosotros hemos dejado hoy por la mañana este delicioso lago de viejos tiempos, que es el mar interior. Y esta tarde, al cerrar la noche, hemos anclado en la bahía, entre miles de luces, ante la ciudad de la señora Endrina, que vale tanto como decir ante nuestra casa, porque, a la larga, no es preciso decir que nos consideramos casi como naturales de Nagasaki.

Una buena noticia nos esperaba además a la llegada. Un despacho anunciando que el *Iemible* regresará a Francia en el mes de enero próximo, después de veinte meses de campaña. Y todo el mundo, oficiales y marineros, se ha dormido con esta alegría.

LII

MARTES, 15 OCTUBRE

Después de muchos circunloquios, de muchas contraórdenes, henos aquí, sin embargo, de regreso a Nagasaki, que yo no pensaba volver a ver nunca; me dije esto por la mañana al despertar, y con antelación gozo tanto por ello. Por lo menos hay que permanecer aquí tres semanas y durante la estación del año más deliciosa, con los jardines llenos de flores, con el templado sol de octubre, que madura las mandarinas y los kakis de oro desde lo alto de un cielo siempre azul.

Mi apresuramiento gozoso en arreglarme para echar a correr, es como un remozamiento de lo que yo experimentaba cuando niño siempre que acababa de llegar a casa de mis primos del Mediodía donde pasaba mis vacaciones; no veía el momento, la primera mañana, en mis prisas, de ir a reunirme con mis pequeños camaradas del otro verano y ver los rincones del bosque donde había jugado tanto, los rincones de las viñas donde tanto había reído en las vendimias de otras veces.

Hoy me siento igual, lo que prueba decididamente que el Japón posee todavía un encanto único y una gracia hechicera. De prisa tomo una embarcación, en seguida un veloz cochecillo, y por último me hallo en las lindas calles, recogiendo al paso reverencias de algunas amiguitas musmés, guechas, mercaderes de quisicosas, que ríen bajo el sol, en medio de una orgía general de colores y de luz.

La tienda de la señora Osa resplandece de lejos como un enorme y fresco ramo sobre fondo oscuro; toda su exposición de flores es de rosas y de crisantemos amarillos. Enfrente, los basamentos enormes de la necrópolis y de los templos, muros donde rocas primitivas tienen guarniciones como volantes de encajes verdes, líquenes, y de trecho en trecho ramas colgantes de campánulas.

En los dominios de la musmé Inamoto es donde me encuentro ahora; no es menester decirlo.

Para ser visto por ella, que no me espera, tengo que aventurarme hasta el patio de la pagoda donde habita, y apostarme en acecho detrás del tronco de un cedro de quinientos años. Nunca había hecho una espera tan larga, oculto y observando todo en este lugar venerable donde vive Inamoto, este lugar donde su alma se ha ido desarrollando, singularmente respetuosa de todos los antiguos símbolos de aquí. La hierba brota entre las anchas losas de este patio, donde los fieles no deben venir mucho; unos cycas se yerguen en medio, sobre troncos gigantescos, y el árbol que me cobija extiende sus ramas horizontales asombrosamente

largas, que se hubieran desgajado hace ya un siglo si unas estacas terminadas en forma de horquilla no las sostuvieran de trecho en trecho. Se está rodeado de terrazas que soportan budas de granito y tumbas: se está dominado por toda la mole de la montaña, llena de sepulturas. Precisamente enfrente de mí está el antiguo templo de cedro, antes coloreado, dorado, maqueado, hoy todo carcomido y polvoriento; a cada lado de la puerta cerrada, los dos guardianes del dintel, encerrados en sus jaulas como bestias peligrosas, lanzan desde hace siglos las miradas feroces de sus enormes ojos y conservan su gesto de furia.

Avizoro como un cazador en el bosque. En el Japón no puede pasar nada terrible, bien lo sé; ¡sentiría tanto causar el menor enojo a esta pobre inocente a quien he venido a perturbar! ¡Nadie!... Ningún ruido, salvo el de la caída de las hojas de octubre. Y tanta calma a mi alrededor, tanta calma, que la actitud de esos dos basiliscos en sus jaulas no se explica. Este silencio comienza a inquietarme. ¿Será que todo está desierto? ¿Habrá volado mi amiguita?

Después de un quejido de la cerradura, la puerta del templo se abre al fin y es la propia Inamoto quien aparece en traje sencillo, las mangas recogidas, una escoba en la mano, barriendo las hojas muertas que alfombran los peldaños. ¡Oh, qué bonita está entre las dos muecas feroces de las divinidades del dintel, que parecen apretar los dientes tras los barrotes de sus rejas!

De pronto aparece una nube rosada sobre las

mejillas de Inamoto; en menos de un segundo ha tirado la escoba al suelo, ha bajado una después de otra sus dos mangas perdidas para correr hacia mí en un impulso de infantil y franca amistad.

Pero ¡cómo me choca que no tenga miedo, ella, que es tan temerosa de ordinario!...

Parece ser que he caído en un momento escogido, como de milagro. Los hermanillos están en la escuela, su sirviente en la ciudad, su padre, que no sale nunca, nunca, partió hace un momento para conducir a su última morada a un amigo bonzo. Echado el cerrojo del portal por si algún peregrino hubiera podido venir; así, pues, existe la completa seguridad de que estamos solos.

He traído para ella de la Isla Sagrada una diosa del mar labrada en marfil que Inamoto oculta en su vestido. Y se ríe, con su risa divina de musmé, que no es nada banal como la de otras; se ríe porque está contenta, emocionada, porque es joven, porque el sol está claro y el tiempo límpido y adormecedor.

—¿Quieres venir a nuestro templo? —propone.

Y penetramos en el viejo santuario oscuro, lleno de símbolos confusos, de formas retorcidas, de gestos amenazadores, que se emboscan en la sombra. Un poco de paz solamente hacia el fondo, en donde se hallan colocados en grandes jarrones unos lotos de oro y cuelgan con una gracia de flores naturales ante una especie de tabernáculo velado por un brocado antiguo. Pero a los lados, dioses de aspecto humano, alineados contra los muros, gesticulan con furor. Y en el techo, em-

boscados entre las vigas, seres raros, mitad reptiles, mitad raíces o vísceras, nos miran con grandes ojos estrábicos.

—¿Quieres venir a ver mi casa? —díceme en seguida.

Y entro, después de haberme descalzado cortésmente, en una vivienda centenaria pero aseada y blanca, donde la desnudez de las paredes y la elegancia de un jarrón de bronce testimonian la distinción de los moradores.

El altar de los antepasados, hecho de laca roja y de oro, perfumado por el incienso, está aún muy hermoso y son muy largas las genealogías inscritas sobre las santas tablas.

Espantada de repente como de algún sacrilegio cometido al mostrarme todo aquello, mi amiguita me mira en el fondo de los ojos con una interrogación ardiente. Mas no; mis ojos no expresan ninguna ironía; al contrario, respeto; y no sonrío. Entonces su conciencia se calma, inmediatamente abre unos cofres en forma de armario, que encierran cada uno una divinidad dorada que ella venera. Pronto llega el momento de tener que abrir la puerta del patio, por ser hora de que vuelvan de la escuela sus hermanos. E Inamoto me conduce por el sendero casi vertical con escalones de tierra, hasta el cercado de allá arriba, donde tenían lugar antes nuestras entrevistas, y por donde yo me iré furtivamente lo mismo que he llegado.

Por consiguiente, nos hemos encontrado juntos en este mismo bosque que nos reunirá casi todas

las tardes durante tres semanas lo menos. Cuando ya había yo creído que todo estaba acabado, que entre nosotros había caído el cortinón de plomo de una separación sin retorno, sin cartas posibles, agravada de un inmediato y eterno silencio.

—¡Que lástima —me dice una hora más tarde la señorita Lluvia de Abril, sentada sobre las esterillas blancas de su habitación, con el gato Swong en brazos—, qué lástima que no hayas venido derecho a nuestra casa esta mañana! Mi abuela te hubiera informado... Habrías ido inmediatamente a la pagoda del Caballo de Jaspe, donde se celebraba una gran fiesta y danzas religiosas; hemos estado casi todas las mejores danzarinas de Nagasaki y yo me mantenía en lo alto, como sobre una nube; hacía el papel de diosa y lanzaba flechas de oro. Pero —añade— mañana, pasado el mediodía, ya me entiendes, es la fiesta de las guechas y de las maïkos, que no se celebra más que una vez al año. Saldremos todas con preciosos trajes, por grupos, bajo doseles magníficos, y representaremos escenas de la historia, sobre estrados que se nos habrán preparado en las calles. ¡A esto no faltarás por lo menos!

Al acercarme a la casa de la señora No me olvides, yo hacía laudables esfuerzos por estar emocionado. La verdad es que iba allá para encontrar a los esposos Colibrí, por haberme anunciado mi suegra que vendrían para el otoño a vivir con ella.

Trabajo en balde, inútil ansiedad; a continuación de una peregrinación eficaz a cierto templo

muy recomendado para casos rebeldes como el suyo, la señora Crisantemo, después de catorce años de matrimonio, se había sentido de pronto en un estado interesante muy avanzado que no le había permitido pensar en un largo viaje. Y así fué, no sin un dejo de orgullo maternal, cómo la señora No me olvides me dió cuenta de tales esperanzas.

Entonces no hay remedio; no nos veremos más. Después de todo, esto es lo más correcto. Al fin y al cabo, es preciso ponerse en el caso de nuestro prójimo. ¿No habría sentido el señor Colibrí cierto disgusto de serme presentado?

¡Dios mio!, ¿qué es lo que pasa en casa de madama Endrina? ¿Será el mismo incidente de la señora Crisantemo, las consecuencias de una peregrinación demasiado eficaz?... No; francamente, me resisto a creerlo. Sin embargo, veo salir de su casa a un médico; después dos comadres oficiosas que tienen cara de circunstancias. Y yo apresuro el paso muy perplejo.

La amable dama está tumbada sobre un colchón ligero; las formas, disimuladas por un *fton*, que es una cubierta con dos agujeros con mangas para pasar los brazos. La cabeza, que reposa sobre un pequeño caballete de madera de ébano, me parece más bien grasienta, pero con un no sé qué de calma, de menos provocador en la mirada.

Dos señoras, arrodilladas, se ocupan en hacerla tragar una oración escrita en papel de arroz, que endurecen en forma de bola como si fuese una píldora. Y, de pie, está una persona que yo no

había visto hacía quince años, pero que no me es desconocida, y que un lunar situado en la parte izquierda de la nariz me permite identificarla al primer golpe de vista: es la señorita Dedé, la antigua sirviente de la casa de Azúcar y Endrina, convertida hoy en una imponente matrona, un poco arrugada, pero agradable aún.

Con una sonrisa especial llena de confidencias íntimas, la señorita Dedé, que ha visto mi emoción, me da entonces a entender que no se trata de nada grave.

En el jardín, donde me conduce en seguida —porque yo no prolongo una visita que parece agradar poco—, me explica cómo la señora Endrina, después de una juventud interminable, acaba de pasar victoriosamente cierta crisis, cierto trastorno de la vida por el que pasan todas las mujeres, aunque por regla general lo pasan muchos años antes.

Me contó también que ella misma, Dedé-San, después de haber consagrado catorce años de su juventud a una de las casas más frecuentadas de Yochivara, se ve hoy día tan desilusionada, tanto, tanto, que ha resuelto retirarse con su pequeño peculio bajo la protección indulgente de la señora Endrina.

LIII

MIÉRCOLES, 16 OCTUBRE

AL menos a eso no ha de faltar.., me había dicho ayer la señorita Lluvia de Abril, hablándome de la fiesta de hoy.

Y el hermoso sol de la una de la tarde me sorprende callejeando por donde las pequeñas hadas deben de pasar.

Por allá lejos, un primer palio avanza lentamente seguido de un cortejo de curiosos. Es redondo, parece una inmensa sombrilla ancha. Por encima, tiembla una vegetación de lotos rosados más grandes que los naturales. Está rodeado de una ancha franja de terciopelo fúnebre, donde se puede apreciar el gusto de este pueblo por el color negro, y también por la precisión en los contornos. Un solo hombre carga penosamente con todo el edificio, sujetándolo por una vara central, como si fuese el mango de un quitasol. Pabellones de brocados de oro, que caen en forma de cortinas a medio cerrar, dejan entrever por debajo cinco o seis damas nobles de antaño, de unos doce

años cada una, con caras que parecen aún más infantiles, encuadradas por soberbias pelucas, y pintadas y aderezadas con un arte estupendo y remoto. Pero yo no conozco a nadie en este pequeño mundo. Adelante.

Un cuarto de hora después me sale al paso otro palio, también rodeado de terciopelo negro como el precedente, pero por encima del cual, ramas de árboles de hojas rojas, en lugar de lotos, simulan zarzas y malezas del bosque. Se me sonríe desde dentro; dos o tres mujercitas inverosímiles que se perciben entre los cortinones de brocado, me dicen buenos días: danzarinas que he conocido vagamente en alguna casa de té. Mas no es esto lo que busco. Sigamos aún.

Tercer palio, que aparece a lo lejos, también con su guarnición negra. Tiene encima un cerezo en flor y cada rama parece nevada de frescos pétalos blancos; un cerezo tan bien imitado, que da una impresión de primavera en medio de este tibio otoño. Por lo demás, es el palio más rico y el más seguido por la gente. Detrás camina un centenar de chiquillos o de musmés, que sin duda acaban de escaparse de la escuela, porque aún llevan sobre la espalda la cartera y los libros... ¡Oh! Pero ¿qué es aquello que hay allá abajo? ¡Qué seres tan extraños! Son pequeños guerreros de antaño, armados de pies a cabeza, con aspecto bello y feroz, pero liliputienses, y aún parecen más cómicos tras de aquel muchachote fuerte que sostiene en el hombro el mango del suntuoso dosel.

Y uno de estos pequeños personajes, que parece el gato con botas, pasa entre las cortinas su cabeza, cubierta con un casco, para hacerme señas y más señas con una singular insistencia. ¿Es posible?... ¡Lluvia de Abril vestida de samurai con dos sables! No, nunca la había visto yo tan deslumbradora y tan graciosa: una coraza, toda una armadura, un casco y cuernos; sobre el rostro varias pinceladas para darle el aire terrible que tienen los guerreros de las viejas imágenes, y por no sé qué procedimiento especial, unas cejas arqueadas hasta la mitad de la frente. Junto a ella su amiga Matsuko, también disfrazada de samurai, con la cara pintarrajeada en un estilo feroz y con las cejas cambiadas de sitio. Y después, tres o cuatro nobles pensionistas de doce o trece años, muy blasonadas y vistiendo trajes de cola.

Esta vez paso a formar parte del cortejo. En una plaza, la más frecuentada de la ciudad, se había levantado un estrado, sobre el cual todos estos selectos fantoches se acomodan con dignidad.

Entonces comienza una escena histórica de altos vuelos. Lluvia de Abril, que tiene el primer papel y blande su espada con bellos gestos de tragedia, declama durante todo el rato con su voz ronca de gata colérica. Una voz que saca, no se sabe cómo, del fondo de su garganta diminuta. Una voz que algunas veces cambia, se trueca en el sonido de una flauta, en un falsete de niño; entonces es cuando está más adorable mi actriz trágica, con una seriedad que no tiene precio.

LIV

JUEVES, 16 OCTUBRE

Al gabinete particular de la casa de té, donde las he citado hoy para ofrecerles mis simpatías, llegan lánguidas y con íntima negligencia mis dos amiguitas Lluvia de Abril y Matsuko, que no rechista.

No traen ni caretas ni guitarras, pues saben bien que no es por sus cánticos o por sus danzas por lo que sigo yendo a verlas, sino por ellas mismas, como antiguos amigos que somos ya.

Pero ¡qué cambiadas están! No solamente las altera la fatiga de ayer: es algo más... ¡Ah, les faltan las cejas! Las muy brutas se las habían afeitado para ponerse unas cejas postizas dos centímetros más arriba. Así que están casi feas, hasta que les vuelvan a crecer. Y luego ningún adorno en la cabeza; nada de moños elegantes ni de prendidos de flores. Con los cabellos pegados aún y aplastados como la víspera bajo los pesados cascos, parecen dos pobres gatas que se hubieran caído al agua y conservaran mojado el pelo. Es-

tán feas, sí; pero al menos, graciosas y monísimas.

Me han traído las fotografías prometidas, en las cuales se disponen a escribir una dedicatoria. Y a su indicación, unas musmés que ofician de sirvientes esparcen por el suelo a su lado una caja de laca con útiles de escribir: con pinceles delicados, tinta China, cazoletas, todos los accesorios precisos.

También es en el suelo donde ellas están sentadas y también por tierra, naturalmente, donde va a verificarse todo esto. Por lo pronto discuten gravemente sobre los términos que han de emplear y sospecho que también sobre algún punto oscuro de caligrafía. Después, a pulso, con mano diestra, con mano segura, trazan de arriba abajo, sobre los cartoncitos donde está su imagen, unos signos cabalísticos, sin duda muy amables, que luego me haré traducir.

Por ahora dejémoslas descansar, tanto más cuanto que el sol de otoño irradia melancólico y dulce, y que Inamoto me espera en la deliciosa montaña, donde los helechos que hay por todas partes están ya altos, altos, en su último desarrollo de fin de verano, y donde los senderos se adornan con un tapiz color oro viejo a la caída de las hojas secas.

¡Qué pronto han pasado estas tres últimas semanas en la ciudad de la señora Endrina! ¿Es posible que estén ya para acabarse?

Hoy, verdadero domingo de otoño, primer día sombrío, frío; las montañas, alrededor, como aplastadas bajo un cielo bajo y lúgubre.

Y después, los eternos cambios de la vida marítima; ayer estábamos, bajo la alegría de ese despacho, anunciando la vuelta del *Temible* a Francia; hoy, desaliento sin límites en presencia de una nueva contraorden que mantiene el navío y su equipaje un tercer año en los mares de la China.

Algunos camaradas y yo volveremos al menos en la primavera próxima, en algún barco, con nuestro Almirante, puesto que formamos su acompañamiento; pero nuestros pobres marineros permanecerán a bordo desterrados un año más, entre ellos el melancólico marinero que estaba para casarse, con su cofrecillo de regalos y su pieza de seda blanca para el vestido de boda.

De todos modos, si el *Temible* vuelve a Nagasaki algún día, no estaré ya en él; por tanto, cuando el miércoles próximo parta de este país con rumbo a Annam, me será preciso dar un adiós para siempre a todas las cosas del Japón.

Hoy tengo una suprema cita en la montaña con Inamoto, mi gentil amiga, a quien su padre lleva mañana no sé dónde, al interior de una isla, muy lejos de aquí. Bajo el cielo oscuro me encamino, pues, por última vez, hacia el viejo parque abandonado allá en lo alto, en pleno cementerio. Debido a este tiempo gris, otoñal, por primera vez en esta estación vuelvo a sentir entre los caminos trepadores, entre los largos helechos suntuosos, mis nostalgias del otoño pasado. ¡Qué familiares me son las menores cosas de estos parajes, cada recodo de los senderos, cada tumba enlaza-

da de yedra japonesa, de hojas diminutas, y los viejos y pequeños budas de granito, con su sonrisa de niño muerto, y los líquenes verde-pálido sobre el tronco de los grandes cedros!... Verdaderamente no llego a figurarme que todo esto no lo volveré a ver nunca, nunca más.

Al otro lado del muro, recubierto de finos musgos, Inamoto me esperaba, agitada, inquieta, diciendo que yo no había ido a la hora citada, que su padre la iba a llamar, que apenas si teníamos tiempo para vernos. ¿Es posible que en el fondo de su almita exista un poco de sincera amistad hacia mí? Sin duda alguna, al parecer, porque ha estado viniendo todo el tiempo a verme. Por otra parte, yo no creo que el afecto tenga necesidad de palabras, de conocimiento profundo, ni de ninguna causa razonable; puede surgir, como éste, de una mirada, de una expresión de ojos, de algo más insignificante aún que escapa al análisis.

Y ahora va a ser preciso separarse de una manera brusca y absoluta, sin ninguna carta que nos recuerde el uno al otro, sin comunicación posible. Es como un brutal sablazo entre nuestras dos existencias, aproximadas desde hace un año.

La llaman abajo, desde el patio de la pagoda, con un tono autoritario. Ella responde: «Sí, padre, ya voy.» Nunca había oído yo vibrar su voz tan lejos, una voz clara y bella. Vamos, es preciso decirse adiós. Y la abrazo, lo que nunca había osado hacer aún; un abrazo de buena amistad atribulada. Cree un deber darme un beso, y lo hace con tan gentil torpeza como un bebé que no

supiera... Se diría que en su vida ha besado a nadie.

En realidad, ¿se besan entre sí los japoneses? Nunca los he visto. Hasta las mismas mamás niponas, que son tan efusivas, no han puesto jamás en mi presencia un beso sobre la mejilla de su crío.

Llaman de nuevo, desde abajo. Inamoto va a dejar Nagasaki ahora mismo; su pequeño equipaje está dispuesto, sus zapatos de madera, su paraguas; imposible seguir... Y el instante de la separación se ilumina de repente, como con una especie de luz de bengala, como para un efecto de teatro; es el sol poniente, que, tras el horizonte, acaba de aparecer por la desgarradura de una gran nube cerrada como una bóveda; entonces los miles de cañas de bambú tienen la apariencia de haber sido pintados súbitamente de color oro rojizo. Y huye la musmé, que hoy no podrá, como en las demás tardes, aventurar los ojos por encima del cercado para vigilar mi huída por entre las tumbas. Y, escalando el muro, arranco esta vez un puñado de líquenes, que guardo.

Ahora hay un reflejo de incendio sobre la montaña de los muertos, que el sol ilumina por completo; la necrópolis donde me gustaba tanto venir, se pone de gala por ser mi última tarde.

Me alejaba lentamente por los pequeños senderos, colmados de helechos, y habiéndome vuelto por casualidad, he aquí que veo allá lejos, por encima del muro, los cabellos negros, la linda frente y los dos ojos que tenían por costumbre

verme descender. ¡Ha vuelto sobre sus pasos la musmé! Y el sentimiento que la ha llevado allá me conmueve infinitamente más que todo lo que hubiera podido decirme. Trato de volver a subir. Pero me hace señas: no; es demasiado tarde y además hay un peligro. ¡Adiós!...

Sin embargo, es seguro que la olvidaré dentro de unos días. En cuanto a estos musgos que he cogido por instinto, recordando mi costumbre de otras veces, no sabré dentro de poco de dónde provienen y los arrojaré, como tantas otras flores cogidas así, en diferentes rincones del mundo, en las horas de partida, con la misma ilusión de juventud que conservaré hasta el fin de mis días.

LV

LUNES, 28 OCTUBRE

Hay aún nubes bajas y oscuras con una de esas primeras brumas que anuncian el invierno. Para mí, el alma de este país se ha alejado desde ayer con la musmé Inamoto, lo comprendo bien.

He preferido no volver solo a su antiguo parque ni a la necrópolis de alrededor, y mi paseo de hoy, sin objeto, sobre una montaña poco menos que desierta, que no conocía, me ha hecho encontrar por casualidad el sendero de los cadáveres. Pasaban ante mí mientras yo estaba sentado al borde del camino, bajo la galería de una casa de té aislada, miserable y de mal aspecto, donde se sorprendieron de verme. Pasaba cada muerto en una especie de cuba grande, envuelta en un paño blanco y atada a un palo, que dos mozos de cuerda, de traza especial, sostenían sobre el hombro. Sin cortejo, solos y callados, marchaban a hacerse quemar un poco más arriba entre la maleza, rozándome casi con el paño que los envolvía. A mí,

que no sabía nada; a mí, que encontraba un poco extrañas e inquietantes estas cubas envueltas, marchando todas hacia el mismo lugar como a una cita. Cuando pasó la quinta, una brusca suposición me hizo estremecer; había sentido un olor a podredumbre humana.

—¿Qué es lo que llevan esos hombres? —pregunté a la pobre vieja que me echaba el té.

—¡Cómo! ¿No sabes?

Y acabó su respuesta con una humorada macabra, cerrando los ojos, abriendo su boca desdentada y dejando reposar la cabeza entre las manos. ¡Oh, no! Yo hubiera preferido no sé qué palabras a esta mímica espantosa... ¡Horror! ¡Estaba a dos pasos de los hornos crematorios, en la casa de té de los incineradores y sepultureros!

Huyendo por el sendero de descenso me crucé aún con otro difunto que subía la cuesta con su hijo. Su cuba era enorme y debía pesar mucho a juzgar por la expresión angustiosa de los dos esportilleros bañados en sudor; en cuanto a su hijo, un niño pequeño sin duda, iba en una cuba igualmente envuelta en lienzo blanco, que uno de los dos enterradores llevaba colgada a la cintura. Y era el camino tan estrecho, que tuve que arrojarme entre los espinos y los helechos para no rozarme con ellos. ¿Qué cara podría tener el que estaba acurrucado en la cuba, qué mueca podría hacer a la señora Muerte?

Así resultó que yo había vivido en Nagasaki repetidas veces, sin descubrir dónde se quemaban todos esos cadáveres antes de pasearlos tan ale-

gremente por la ciudad en su preciosa urna, con cortejo de flores artificiales y de musmés con traje blanco. No; no fué más que hoy, con este tiempo brumoso de invierno que vuelve lúgubres todas las cosas, y en víspera de marcharme para siempre, cuando había de caer por azar en el lugar clandestino de semejante cocina.

LVI

MARTES, 29 OCTUBRE

AÚN disfruto una de las mañanas encantadoras de aquí; mañana, a primera hora, será la partida. Un alba rosada y adorablemente confusa sobre las grandes montañas que rodean el *Temible* y sobre el preparativo silencioso de los barcos de pesca con las velas apenas tendidas, deslizándose por toda la extensión como esos barcos de las comedias de magia que son ingrávidos y que se hacen deslizar dulcemente sobre el agua imitada.

Es raro; me siento más triste por esta partida que por la de hace quince años, sin duda porque todo lo desconocido de la vida no se ofrece ya ante mi camino y estoy hoy casi seguro de no volver nunca.

Mañana, pues, se habrá acabado el Japón para mí; la gran extensión del mar nos volverá a acoger, la vasta planicie apacible y azul que hace olvidar todo. E iremos en la dirección del sol. En cinco o seis días estaremos en las países de un calor eterno, de una eterna luz...

¡Tengo que hacer hoy tantas despedidas, por haberme sabido crear en esta ciudad tan brillantes relaciones: la señora Osa, la señora Ichihara, la señora Nube, la señora Cigüeña!

Hace un tiempo... a pedir de boca: un suave sol de otoño que ilumina mi último día. Verdaderamente, no hay país más hermoso que éste; no hay país donde las cosas, como las mujeres, sepan mostrarse mejor compuestas, con más donaire y más naturalidad para recrear los ojos. Es, sin duda, el país lo que más echaré de menos, aún más que a mi pequeña musmé, a la pobre Inamoto: son las montañas, los templos, las frondas, los bambúes, los helechos... Y siento deseos de volver a ver aún esta tarde todos los rincones que me gustan.

Al ir a despedirme de la señora Osa, paso por delante de una pagoda donde se celebra fiesta y romería; desde hacía quince años no había yo vuelto a presenciar aquella clase de fiestas, tanto, que creí habían caído en desuso. Es uno de esos lugares de adoración situado en la falda de una montaña, a donde se sube por escaleras de granito de unas proporciones colosales. Siguiendo el uso, el viejo santuario de madera de cedro que se ve allá arriba está envuelto —debido a ser este día— por un toldo blanco, sobre el cual resaltan anchos blasones negros de un dibujo más que estrafalario, pero sencillo, preciso e impecable. Y la puerta abierta deja ver desde abajo mismo los dorados de los dioses o diosas sentados en el fondo del tabernáculo.

Mendigos zarrapastrosos, idiotas roídos de lepra, han tomado sitio bajo el sol de otoño a los dos lados de la escalera para recibir las ofrendas de los peregrinos. Y un pobre gatito sarnoso y enlodado ha venido también por instinto a alinearse en este marco de miserias.

¡Pero cuán pocos fieles hay! Decididamente la fe muere en este imperio del Sol Naciente. Algunos viejos, algunas viejas que se preparan a fijar bien pronto, en esta montaña, su residencia eterna, suben con esfuerzo, con pasos menudos, encorvados, con su paraguas bajo el brazo; tienen aspecto sumamente sencillo y respetable; conducen de la mano a chiquillos, y los zuecos de madera de estas buenas gentes, niños o viejos, hacen *clac-clac* sobre el granito de los peldaños.

En el primer rellano se estaciona un grupo de pequeñas musmés encantadoras, de una docena de años, que salen de la escuela con su cartera bajo el brazo. ¿Qué miran con tanta atención y estupor estas pequeñas beldades del día de mañana? ¡Oh! Una cosa horrible: un viejo pordiosero de ojos obscenos y picarescos que está allá tumbado y que coloca ante sí con complacencia un montón inconmensurable de carne hipertrofiada del tamaño de un pernil.

No puede ser más japonés este conjunto: estas graciosas colegialas al lado de esa monstruosidad, que, en nuestros países, hubiera sido encerrada en seguida por decoro de las costumbres.

Poco después llego a casa de la señora No me olvides. Muy correcto, muy fino, con la dosis

exacta de emoción que conviene al caso, digo adiós a mi suegra y a su jardincito, que estoy seguro de volver a ver en mis sueños y en los ratos de hastío.

Más amable aún mi despedida a mi pequeña Lluvia de Abril, que queda prosternada en el umbral de su puerta con el gato Swong en brazos, mientras se me ve aún en el extremo de la calle solitaria. ¡Pobre criatura, pobre saltimbanqui! Obligada por profesión a ser como esas gatas jóvenes que hacen *ron-ron* a todo el mundo, creo, sin embargo, que a mí me guarda un poco más de amistad que a tantos otros.

He reservado para lo último a la señora Endrina y sus efusiones probables. Desde aquella visita del mes pasado en que la encontré acongojada y atendida por el médico, pueden creerse que no he vuelto a pensar en informarme de ella.

Comienzo, pues, la ascensión de Diondjendji, y por este sendero de escalones tan empinados es por donde, en otros tiempos, arranqué tantos suspiros a la señorita Crisantemo cuando regresábamos por la noche, con nuestros farolillos comprados en casa de la señora Hora, después de habernos entretenido inocentemente en cualquier casa de té. Me parece que nada ha cambiado aquí, ni las casitas, ni los árboles, ni las piedras.

El aire es templado, y un vientecillo inofensivo trae y lleva en mi derredor las hojas secas. Madama Endrina —¿lo confesaré?— está bien lejos de mi pensamiento; si subo a su tranquilo barrio, es por decir adiós a las cosas, a los lugares, pers-

pectivas de mar y siluetas de montaña, donde algunos recuerdos de mi pasado viven aún. Estoy por completo entregado a la melancolía de decirme que esta vez no volveré más; y este sentimiento de *nunca más* presta siempre a la Muerte un poco de su terror y de su grandeza.

Allá arriba, en el jardincito de mi antigua morada, cuya puerta abro como el que está acostumbrado a ello, una señora anciana de aspecto beato está sentada tomando el sol de la tarde y fumando su pipa. Traje de casa muy sencillo, de algodón azul. Nada de emperejilada la cabeza. Ni aderezos ni postizos en el cabello: dos pequeñas coletas canosas anudadas en la nuca, a la buena de Dios. En fin, una persona que ha abdicado completamente, según salta a primera vista, por lo que no salgo de mi asombro.

—Madama Endrina —le digo—: ha llegado la hora de mi despedida definitiva.

Pequeño saludo indiferente a guisa de respuesta.

De pie, tras ella, gorda también, bobalicona y algo maliciosa, está la señorita Dedé.

—Madama Endrina —insisto yo, creyendo que no me ha comprendido—, me vuelvo a mi país; entre nosotros la eternidad comienza.

Segundo saludo de simple cortesía y, para invitarme a sentar, un ademán amable pero sin calor.

¡Cómo, tanta calma en presencia de la separación definitiva!... Luego entonces es que sólo mi cuerpo perecedero había tenido el don de emocionar a esta dama puesto que hoy ella, libertada al

fin de una imaginación harto romántica, no encuentra en su corazón un solo impulso hacia el mío.

—¡Ah, bien! No, señora Endrina; si es así, no me siento; yo creía que vuestros sentimientos eran más elevados. La decepción es demasiado cruel. Me voy.

La cerradura secreta del portal, que he hecho girar de nuevo para salir, produce su ruido acostumbrado, su rechinamiento de siempre, que oigo esta tarde por última vez. Al echar en seguida una ojeada hacia atrás, sobre esta casita donde pasé en otro tiempo un verano sin preocupaciones bajo el cántico de las cigarras, percibo aún la viejecilla tan oronda, tan satisfecha, tan contenta y hecha un ovillo, que sacude la pipa contra el borde del cenicero —un *tac-tac* que no volveré a escuchar nunca — y que me contempla alejarme con la mayor indiferencia. No: decididamente, no vibra ya nada en este organismo que durante años y años fué la sensibilidad misma; ¡el tiempo ha realizado su obra!

Así acabó bruscamente esta tercera juventud de madama Endrina, juventud que la diosa de la Gracia creo que había prolongado algo más de lo razonable.

FIN

B.P. de Soria
61163365
DR 387

DR
387